

Fermento en la masa

A religious painting depicting Jesus Christ kneeling on a rocky, arid hillside. He is dressed in a white robe and sandals, with his hands clasped in prayer. The background features a vast, rugged landscape with steep, eroded rock formations under a dramatic, cloudy sky. The overall color palette is dominated by warm, golden-brown tones, suggesting a sunset or sunrise.

José Gea
Escolano

FERMENTO EN LA MASA

JOSÉ GEA ESCOLANO

Editorial Letras Digitales
Colección Cruz Verde

Fermento en la masa

© José Gea Escolano, 2015

Primera edición: diciembre de 2015

Coordinación editorial: Rafael Manuel Barbudo González

Editorial Letras Digitales

Colección Cruz Verde

Volumen 9

C/Zigia, 12-3ªA. 28027 Madrid

manuel@letrasdigitales.es

INDICE

EL AUTOR.....	14
INTRODUCCIÓN.....	17
CAPÍTULO I: SECULARIDAD CONSAGRADA.....	19
VOCACION	25
CONSAGRACIÓN.....	30
SECULARIDAD.....	36
CAPÍTULO II: VIRGINIDAD.....	56
LA VIRGINIDAD DE CRISTO.....	56
LA VIRGINIDAD DE LA IGLESIA.....	61
MARÍA, MODELO DE VIRGINIDAD.....	66
LA VIRGINIDAD CRISTIANA.....	68
SER SIGNO.....	82
VIRGINIDAD Y VOTOS.....	89

CAPÍTULO III: CASTIDAD VIRGINAL	100
DIMENSIÓN PROFÉTICA.....	101
FUERZA TESTIMONIAL.....	103
¿DON O RENUNCIA?.....	106
OPCIÓN POR LA VIDA	111
AMISTAD PERSONALIZADA.....	112
¿PERSONALIDAD INMADURA?.....	119
CAPÍTULO IV: POBREZA VIRGINAL	123
RAÍCES DE LA POBREZA.....	124
BIENAVENTURADOS LOS POBRES.....	130
LOS POBRES DE ESPÍRITU	133
LAS DOS POBREZAS	140
LA POBREZA COMO IMITACIÓN DE JESÚS ...	143
SENTIDO DE LA POBREZA.....	149
RELACIÓN CON OTRAS VIRTUDES	155
SU VIVENCIA EN LOS INSTITUTOS SECULARES	161
CAPÍTULO V: OBEDIENCIA VIRGINAL	173
OBEDIENCIA DE CRISTO.....	176

LA OBEDIENCIA DE LA IGLESIA	179
LA OBEDIENCIA EN LAS COMUNIDADES ECLESIALES	184
TU OBEDIENCIA.....	190

CAPÍTULO VI: APOSTOLADO	204
IDEOLOGÍAS	213
APOSTOLADO ESPECÍFICO DE LOS INSTITUTOS SECULARES	216
COMPROMISO CRISTIANO.....	227
EL COMPROMISO POLÍTICO	233
LA CATEQUESIS.....	237
FORMACIÓN.....	239

CAPÍTULO VII: ECLESIALIDAD	242
AMOR A ESTA IGLESIA.....	249

CAPÍTULO VIII: ESPIRITUALIDAD	263
ESPIRITUALIDAD CRISTIANA.....	263
ORACIÓN	267
LA ORACIÓN DE JESÚS	268

LA ORACIÓN DE LA IGLESIA.....	269
CRUZ Y RESURRECCIÓN	279
ESPIRITUALIDAD SECULAR	286
CONSAGRADA.....	286

INTRODUCCIÓN

“Fermento en la masa” nace con un título netamente evangélico. El libro podría haberse titulado “Consagrados seculares ¡donde las papas queman! Vida de los Institutos Seculares”, o también “¡Corazón de la Iglesia en el mundo! ¡Corazón del mundo en la Iglesia!” O “El laboratorio experimental en el que la Iglesia examina su relación con el mundo”, o “El ala avanzada de la Iglesia”, o “La semilla de santidad arrojada en el surco de la historia”.

En todas las fórmulas hay algo de contradicción aparente: estar en el mundo sin ser del mundo, contemplativos en la acción y acción contemplativa, consagrados pero seculares. Y es que los Institutos Seculares son todavía una institución joven dentro de la Iglesia, pues cuentan apenas con algo más de cincuenta años de vida y, sin embargo, ya han escrito de gloria en la historia contemporánea del cristianismo.

Resulta una paradoja llamativa y curiosa el hecho de que, por una parte, aparecen en gran medida ignorados por muchos cristianos y, por otro lado, se difunden por todo el mundo, llegando hasta los confines de la humanidad.

Esta nueva forma de consagración en la Iglesia ha sido desde su inicio signo de contradicción. Ha sido tan grande la novedad suscitada por el Espíritu Santo en ella que, a duras penas, ha sido comprendida por no pocos autores, por otra parte muy beneméritos y competentes.

El nacimiento de los Institutos se dio el 2 de febrero de 1947, cuando el papa Pío XII reconoce oficialmente a los Institutos Seculares por medio de la constitución apostólica *Provida Mater Ecclesia*. Constituyen una nueva forma de consagración a Dios en el antiguo, y siempre fecundo, árbol de la Iglesia.

Su identidad se precisa en ser Institutos de vida consagrada formados por personas que quieren comprometer radicalmente su vida en el seguimiento de Jesucristo, viviendo su entrega a Dios y a los hombres en el mundo como lugar propio.

Su misión radica en trabajar por la transformación del mundo, actuando dentro de él como LEVADURA Y FERMENTO. *Porque no es el Evangelio el que debe de cambiar al contacto con el mundo, sino el mundo el que debe de cambiar al contacto con el Evangelio.*

Es estar insertos en las tareas civiles de todo tipo: en casa, en la escuela, en la universidad, en las empresas, en el mundo rural, en los hospitales, en los medios de comunicación, en las oficinas, en las obras asistenciales, en todo el inmenso y comprometido panorama del mundo...

Su estilo de vida se desenvuelve en las circunstancias ordinarias, ya solos, ya en su propia familia, ya en grupos de vida fraterna. Va viviendo día a día sus votos de pobreza, castidad y obediencia a imitación de Cristo.

Su espiritualidad la sintetiza el Papa: *“Los miembros de los institutos seculares, viviendo su vida cotidiana en medio de los diversos grupos sociales, tiene en María el ejemplo [...], el testimonio [...] y la prueba de que las realidades temporales vividas con la fuerza del Evangelio, pueden vivificar la sociedad*

haciéndola más libre y más justa, en beneficio de todos los hijos de Dios, Señor del universo y dador de todo bien” (Juan Pablo II).

El actual director mundial, Fernando Martín, en la clausura de la Asamblea de la CMIS, en Guadalajara (México) en noviembre del 2008, habló de “*el sentido de los institutos seculares en la iglesia y en el mundo hoy*”, refiriéndose al discurso del Papa dirigido a los Institutos Seculares con motivo del Congreso sobre los 60 años de la Provida Mater. Subraya que no fue un discurso de circunstancias, sino que ha ido a lo medular, destacando dos detalles. En primer lugar ha subrayado el fundamento teológico que sustenta esta vocación, que no es otro que el misterio de la Encarnación. Así ha precisado el que podemos llamar gran dogma de la consagración secular: “*La obra de la salvación no se llevó a cabo en contraposición con la historia de los hombres, sino dentro y a través de ella*”. Y en segundo lugar, el Papa ha dicho que el carisma propio de los Institutos Seculares es el discernimiento de los signos de los tiempos, para ser laboratorio de diálogo con el mundo. De ahí la actualidad y necesidad de esta vocación en la Iglesia”.

Termina con unos párrafos entresacados del discurso: *“Personas autorizadas han considerado muchas veces que precisamente este discernimiento es vuestro carisma, para que podáis ser laboratorio de diálogo con el mundo, el «laboratorio experimental» en el que la Iglesia verifique las modalidades concretas de sus relaciones con el mundo”* (Pablo VI, Discurso a los responsables generales de los institutos seculares, 25 de agosto de 1976: L’Osservatore Romano, edición en lengua española, 5 de septiembre de 1976, p. 1).

“De aquí deriva precisamente la continua actualidad de vuestro carisma, porque este discernimiento no debe realizarse desde fuera de la realidad, sino desde dentro, mediante una plena implicación. Eso se lleva a cabo por medio de las relaciones ordinarias que podéis entablar en el ámbito familiar y social, así como en la actividad profesional, en el entramado de las comunidades civil y eclesial.

A vosotros no se os pide instituir formas particulares de vida, de compromiso apostólico, de intervenciones sociales, salvo las que pueden surgir en las relaciones personales, fuentes de riqueza profética. Ojalá que, como la levadura que hace fermentar toda

la harina (cf. Mt 13, 33), así sea vuestra vida, a veces silenciosa y oculta, pero siempre positiva y estimulante, capaz de generar esperanza. La Iglesia os necesita también a vosotros para cumplir plenamente su misión. Sed semilla de santidad arrojada a manos llenas en los surcos de la historia”.

El texto de Monseñor Gea nos resulta en el día de hoy de suma actualidad y utilidad para conocernos y proyectarnos cuantos hemos recibido la responsabilidad gozosa de ser consagrados seculares, **“fermento en la masa”**.

José Antonio Benito

EL AUTOR

Monseñor José Gea nació el 14 de junio de 1929, por lo que está a punto de cumplir 81 años¹, aunque no los aparenta para nada. Natural de Real de Gandía (Valencia)

Cursó estudios eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Valencia. Ordenado sacerdote el 29 de junio de 1953. Coadjutor de San Jaime Apóstol de Moncada en 1955. Párroco de Nuestra Señora de Fátima de Valencia en 1959. Profesor de Religión en bachillerato (1955-59). Profesor de Teología Moral en el Teologado Sagrada Familia (1960-66). Doctorado en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca en 1957. Párroco de San Jaime Apóstol de Moncada en 1967. Profesor de Teología Pastoral (1970-71). Ordenación episcopal el 8 de mayo de 1971 en la S.I.

1 Actualmente tiene 86 años.

Catedral de Valencia. Obispo auxiliar de Valencia de 1971 a 1976. Obispo de Ibiza de 1976 a 1987. Obispo de Mondoñedo-Ferrol desde 1987 a 2005. Como obispo, fue miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral, Comisión Episcopal del Clero, Comisión Mixta del Episcopado y presidente de Pastoral del Turismo.

Prolífico escritor, es autor —entre otros— de los libros: “*Ser sacerdote en el mundo de hoy y mañana*”, Ed. PPC, 200 págs (1991); “*Joven, ¿y tu vocación?*”; “*Stop, Cristo en tu camino*”; “*El desafío vocacional de las parábolas*”; “*De tú a tú con Jesús*”; “*Soy Jesús, ¿me conoces?*”; “*Cristianos del mañana*”; “*Catecismo básico*”; “*El Catecismo de los catequistas*” y “*A grandes retos, grandes testigos*”.

Actualmente es misionero en la diócesis de Carabayllo (Perú) donde despliega un fecundo apostolado en la parroquia Santa María de la Providencia, Las Palmeras, junto a cursos y conferencias teológicas, catequéticas y espirituales por todo el Perú.

Los libros que más le han marcado en su vida, además de la Biblia, son “*La vida de Teresa de Jesús*” e “*Historia de un alma*” de santa Teresita de Lisieux, y “*La suma teológica*”.

En cine, sus favoritos son Spencer Tracy (“*Capitanes Intrépidos*” y “*El padre es abuelo*”) y Charles Chaplin (“*El gran dictador*”). Ha escrito 25 libros, sobre todo, catequéticos y vocacionales.

Tiene un blog (<http://unobispoenmision.wordpress.com>) en el que se expresa como siempre: con sencillez, simpatía, hondura y coraje. Aunque a veces duelan sus palabras, se necesitan como nunca.

Participa en un blog de España <http://www.religionenlibertad.com> en que trata cuestiones sobre la moral política aplicables sobre todo, a España

INTRODUCCIÓN

Hace ya algún tiempo, miembros de Institutos Seculares con quienes me había relacionado en encuentros y reuniones, me pidieron que escribiese algo específico para ellos. Había escrito algún librito para sacerdotes y para religiosas y no queríais ser menos, sobre todo porque desde la Comisión Mixta me habían responsabilizado de atenderos pastoralmente. Y como Ibiza no es una diócesis grande ni tiene la conflictividad que tienen otras, tuve la posibilidad de ir escribiendo alguna cosa que pueda ayudar a la acción evangelizadora en nuestra patria.

Este es el motivo de haber escrito el texto que tienes en tus manos. No es un estudio canónico ni de investigación y documentación; ni siquiera trato de los Institutos seculares de los sacerdotes. Sólo he intentado ofrecerte algunas consideraciones en plan de diálogo sencillo y fraternal para animarte a vivir con radica-

lidad evangélica tu espiritualidad secular consagrada.

Está abierto también a jóvenes que puedan estar planteándose su vocación de consagración, pero que no ven su puesto en la consagración religiosa y no conocen suficientemente esta nueva realidad de consagración secular. La lectura de este libro les podría ayudar a ir definiendo su vocación como respuesta a la llamada del Señor.

Por tanto, si su lectura os sirve para algo, estupendo; y si no, ya sabéis que entre vuestras bibliotecas siempre hay libros que no se usan para nada, le hacéis un huequecito entre ellos y lo dejáis descansar y reposar.

Es posible que encontréis algunas imprecisiones: no soy especialista en la materia; pasadlas por alto y fijaos en todo aquello que os pueda servir para una mayor vivencia de vuestra consagración secular. Pero de lo que no podréis dudar es del cariño y aprecio que os tengo al veros iniciar un nuevo camino en la vida consagrada, camino un tanto desconocido pero que, indudablemente, está abriendo nuevas esperanzas para la acción evangelizadora de la Iglesia.

CAPÍTULO I: SECULARIDAD CONSAGRADA

En este mundo concreto nos guste más o menos, tenemos los cristianos una tarea que cumplir y un testimonio que ofrecer. Testimoniar a Jesús es el punto clave de toda acción apostólica. Hemos de ser muy conscientes de que es Jesús quien va realizando la obra de la salvación a través de todos nosotros. Es el encuentro del hombre con Él lo que realmente salva; y es Él quien, a través de los distintos ministerios y carismas, va construyendo su Iglesia en el amor y en la caridad. A pesar del relieve que podamos tener en la Iglesia y en el mundo, somos siempre instrumentos en sus manos con los que Él, no nosotros, va realizando la misión que el Padre le encomendó.

A esta obra hemos sido llamados todos los cristianos; en ella tenemos todos una tarea que cumplir; se trata de tareas distintas y complementarias que el Señor nos ha confiado, dándonos a cada uno nuestro propio carisma.

En nuestra actuación dentro de la Iglesia, hemos de distinguir dos aspectos fundamentales que nunca podemos perder de vista si queremos que tanto nuestra identidad cristiana como nuestra actuación apostólica sean correctas.

En primer lugar está nuestra adhesión personal a Jesús con todas las exigencias que la vivencia de las Bienaventuranzas lleva consigo. Y está también la exigencia de nuestra fe en cuanto a la reordenación de todas las realidades de nuestro mundo según el espíritu del Evangelio. Ambos aspectos son siempre complementarios y nunca los podemos separar so pena de falsificarlos.

Nuestra adhesión personal a Jesús ha de estar en la raíz de toda vida cristiana. Nadie en la Iglesia puede dispensarse de tener con Jesús la amistad más sincera y auténtica. En esto consiste la santidad a la que somos invitados por el Señor.

Y en cuanto a la manera concreta de vivir esta amistad, es decir, en cuanto a la reordenación de las realidades temporales o en cuanto a plasmar esta amistad en realidades concretas, hay y debe haber una gran variedad en la Iglesia, como hay también

distintas maneras de vivir la amistad entre nosotros. La raíz de la amistad está en el cariño y el amor desinteresado y gratuito que se tienen entre sí los amigos; pero hay también diferentes maneras de manifestar y de actualizar nuestra amistad en el amor entre hermanos, entre novios, entre compañeros de trabajo, entre alumnos. También en la Iglesia hay distintas maneras de manifestar y de actualizar nuestra amistad con el Señor, realizando cada cual la tarea concreta que tenemos en ella.

Tenemos en la Iglesia tres sectores fundamentales con sus respectivos campos de responsabilidad y con sus propias competencias: la jerarquía; los religiosos; y los seculares. Todos destinados a la misma santidad, pero llamados a realizarla de manera distinta o con servicios distintos. El servicio de la jerarquía consiste en ofrecer con garantía la verdad del Evangelio, ofrecer a través de los sacramentos la santidad de Jesús y regir a su Iglesia en la unidad y en la caridad. El servicio de los religiosos consiste en hacer visible ante el mundo la vivencia de las Bienaventuranzas, viviéndolas ellos con radicalidad evangélica. El de los seculares, en actuar dentro mismo de las realidades temporales

para impregnarlas del Espíritu evangélico. Tres funciones distintas y complementarias.

Tanto en la jerarquía como en los religiosos apareció desde antiguo la consagración. Y no es que la consagración añada algún distintivo cualitativo a la misión que cada uno tiene en la Iglesia, pero sí le da un relieve especial. Me refiero no a la consagración inherente al sacramento del Orden o al del Bautismo, sino a la opción personal por la que uno se dedica, en exclusiva y definitivamente, a la vivencia del propio carisma para bien de la Iglesia. Hasta hace poco no había jurídicamente consagración para la dedicación exclusiva y definitiva de la secularidad dentro de la Iglesia: no había la consagración de la secularidad. La consagración equivalía prácticamente a optar por el sacerdocio o por la vida religiosa.

Como dentro de la Iglesia no había un espacio estructural y jurídico para el seglar consagrado, ese vacío lo iban ocupando los sacerdotes y los religiosos. Incluso se ejercía una influencia muy acentuada en la espiritualidad, que los seglares iban copiando especialmente de los religiosos. Esto hacía que los seglares dependiesen demasiado de los sacerdotes y religiosos,

es decir, de las personas consagradas. Esto ha hecho que los seglares, en el ejercicio de su propia actuación seglar, fuesen siempre a remolque de quienes estaban ocupando su puesto, en plan de suplencia, pero ocupando su puesto.

Esta situación ha tenido, lógicamente, sus repercusiones en la manera de vivir la secularidad con una cierta minoría de edad. Normalmente eran colaboradores de las obras que llevaban entre manos los sacerdotes y religiosos. Por otra parte, los sacerdotes y religiosos entraban en un campo que no era el propio, lo cual ha repercutido también en que algunos sacerdotes y religiosos, con muy buena voluntad, pero con poco acierto, iniciasen una serie de actividades temporales propias de los seglares, creando con ello diversas tensiones y crisis con repercusiones negativas dentro de la Iglesia.

La Iglesia durante los últimos años ha ido tomando conciencia de la complejidad de la nueva sociedad que se ha ido formando y de la problemática, sobre todo social y cultural, que ha ido tomando cuerpo en una serie de instituciones y actividades que rebasan el campo pequeño y reducido de los ambientes rurales.

La Iglesia ha sido consciente de que debía responder adecuadamente a la nueva situación histórica que se estaba creando. Y como sucede en todo ser vivo, la necesidad fue creando el órgano. No quiero decir con esto que haya estado ausente la actuación del seglar en la Iglesia, pero sí es cierto que estaba un poco atrofiada.

Los seglares no tenían en la Iglesia el protagonismo que debían tener dentro de su propio campo. Había que reordenar evangélicamente todo este mundo nuevo que se estaba manifestando. Es el momento en que aparece la consagración del seglar como tal, es decir, con el compromiso total y definitivo para actuar dentro del mundo como fermento que lo fuese estructurando según el espíritu del Evangelio. Es cuando aparece en la Iglesia la triple consagración: la sacerdotal; la religiosa. La secular; las tres son complementarias y tienen como punto de coincidencia la dedicación a continuar, en el tiempo, la obra de Jesús; cada cual ocupa en la Iglesia su propio puesto, con sus responsabilidades y sus iniciativas, sin suplencias innecesarias.

He ahí cómo, bajo la acción del Espíritu, que es quien dirige y conduce a la Iglesia, han aparecido

los Institutos Seculares. Se ha estructurado con ello el carisma de la secularidad consagrada como vocación específica y distinta de la vocación a la vida religiosa. Ambos carismas coinciden en la consagración para un seguimiento total y radical de Cristo; y se diferencian en sus respectivos campos de actuación y en el estilo peculiar de cada uno de ellos. Ambos carismas suponen una previa vocación, pues es Dios quien llama a cada uno a ocupar un determinado puesto en su Iglesia.

VOCACION

Hablar de vocación supone hablar de una elección de Dios, no de una opción que hacemos nosotros ante una serie de proyectos que tenemos por delante y de los que elegimos el que mejor nos va o el que más nos gusta. Algo así como cuando elegimos una carrera determinada al acabar los estudios medios. Pero en cuanto a nuestro puesto en la Iglesia es Dios quien siempre toma la iniciativa y quien nos llama a un determinado modelo de vida cristiana.

Somos llamados por el Señor. De ahí la trascendencia que tiene para todos nosotros descubrir cuál es esa llamada, cuál es nuestro puesto en la Iglesia. Por-

que somos llamados y destinados a dicho puesto desde que hemos entrado en la vida. Es posible que hayan pasado muchos años sin que hayamos sido conscientes de nuestra vocación. Es posible que hayamos estado, incluso, al margen de lo que cualquier vocación pueda suponer. Es posible que hayamos sido golpeados duramente por la vida antes de descubrir nuestro puesto en la Iglesia.

Pero si Dios llama personalmente a cada uno de nosotros, somos nosotros, también personalmente, quienes hemos de descubrir nuestra propia vocación. A veces tendremos que acudir a otras personas que nos podrán aconsejar, animar o disuadir, pero hemos de ser nosotros quienes habremos de percibir su llamada con una gran dosis de buena voluntad, de rectitud de intención y de sincera actitud de escucha ante el designio de Dios sobre nosotros. Desde luego, hemos de tener muy presente que si Dios llama personalmente, lo primero que desea es dejarse oír. Y le podemos oír a pesar de que ni nos manda ningún mensajero para que nos comunique de parte suya cuál es nuestra vocación, ni nos pone por delante como un acertijo a ver si con un poco de suerte lo descubrimos. La fe y la buena voluntad

son suficientes para poder leer, a través de los acontecimientos y en diálogo con El por la oración, cuál es nuestra vocación.

La vocación, por otra parte, es una llamada a la responsabilidad. No es cuestión de tener una vocación concreta, sino de fidelidad a la misma. Jesús eligió a los doce, pero no todos fueron fieles. La vocación pide una respuesta de fidelidad, pues Dios nos está llamando cada día y en cada momento. Es una semilla que hay que cuidar hasta que dé fruto. Por eso debemos pedir el don de la novedad cotidiana porque cada día es nueva nuestra vocación.

La conciencia religiosa, bajo el influjo de la gracia, nos va manifestando la vocación. Te cito unas palabras de Pablo VI a los participantes del encuentro internacional de los Institutos Seculares, el 26 de septiembre de 1970, en que hace una descripción maravillosa de cómo surge y se percibe la vocación. Hablando de la conciencia dice: *“Llamamos aquí la atención sobre aquel momento especial conocido de todos vosotros en que la conciencia psicológica, es decir, la percepción interior que el hombre tiene de sí mismo, se convierte en conciencia moral, en el acto en que la*

conciencia psicológica advierte la exigencia de obrar según una ley pronunciada dentro del hombre. Que obliga con responsabilidad trascendente y, en la cumbre, queda relacionada con Dios; por lo cual se hace conciencia religiosa". En esta primera fase del acto reflejo que llamamos conciencia surge en el hombre el sentimiento de responsabilidad y de personalidad, el darse cuenta de los principios existenciales y de su desarrollo lógico del cual nace el compromiso de todo cristiano a la santidad, a la plenitud de vida cristiana, a la perfección de la caridad.

"Esta conciencia —sigue diciendo el Papa en el núm. 9—, este compromiso, en un momento dado, no sin un rayo fulgurante de la gracia, se ilumina interiormente y se hace vocación. Vocación a una respuesta total. Vocación a una verdadera y completa profesión de los consejos evangélicos para unos, vocación sacerdotal para otros. Vocación a la perfección para todo aquel que percibe el hechizo interior. Vocación a una consagración, mediante la cual el alma se da a Dios, en un acto supremo de voluntad y a la vez de abandono, de entrega de sí mismo. La conciencia se erige en altar de inmolación".

Es como el “*fiat*” de la Virgen en la anunciación del ángel.

“Estamos aún en la zona de los actos reflejos — continúa el Papa en el núm. 10—. Es la zona que llamamos vida interior que, desde este momento, desemboca en diálogo; el Señor está presente. La conversación se dirige al Señor; pero en busca de determinaciones prácticas; como San Pablo en el camino de Damasco: «Señor, ¿qué quieres que haga?». Ahora la consagración bautismal de la gracia se hace consciente y se expresa en consagración moral, querida y ampliada a los consejos evangélicos, dirigida a la perfección cristiana y ésta es la decisión primera, la capital, la que cualificará toda la vida”.

Es una cita un poco larga, pero ¿verdad que es preciosa? Describe maravillosamente el proceso vocacional desde el momento en que el hombre ve a Dios en el horizonte de su vida y trata de relacionarse con Él. A medida que va penetrando en el misterio del amor de Dios, va descubriendo la necesidad imperiosa de amarle como se siente amado. Se va sintiendo comprometido en el amor. Y aquí es cuando entra en juego la gracia y cuando ese compromiso se hace vocación. Todo este

proceso desemboca en un diálogo con el Señor en busca de determinaciones prácticas. Como Saulo de Tarso. Y a empezar a vivir de nuevo, después de encontrar el sentido de nuestra vida, el sentido que Dios le ha dado.

La pregunta de San Pablo: “¿Señor, qué quieres que haga?” es la misma que también nosotros le hacemos en el momento de aceptar su llamada. Es cuando optamos por no pertenecernos a nosotros para pertenecerle a Él en exclusiva; el momento de nuestra consagración interior; el momento de nuestra expropiación de nosotros mismos. Es cuando pasamos a ser pertenencia del Señor para el Reino.

CONSAGRACIÓN

La consagración supone pasar a ser pertenencia del Señor para su obra. Este paso se da bien por el carácter sacramental, como es el caso del sacerdote, bien por el voto, juramento o promesa, como es tu caso. Los consagrados somos asumidos para su obra: nos dejamos expropiar por el Señor de una manera plena y total para hacer presente a Cristo en medio del mundo y nos ponemos incondicionalmente a su servicio para que continúe a través de nosotros su obra salvífica.

A partir de ese momento, tenemos por delante toda una vida para hacer realidad nuestro compromiso de dedicación al Señor en exclusiva. De poco te va a servir tu título de consagración si no tratas de hacerlo realidad en tu vida.

Dejarte expropiar de ti supone una vivencia tan radical de las Bienaventuranzas que llegues hasta el desprendimiento total de todo y de todos, para poder dedicarte por completo a una acción evangelizadora tan abierta que no tenga otros límites ni otros horizontes que la universalidad del mundo en que vives. Se trata de que seas, con tu testimonio, una presencia de Jesús ante cualquiera que pueda necesitar de Él. Esto es lo que realmente cuesta y lo que nos permite a todos los consagrados cumplir debidamente con la misión a la que el Señor nos ha destinado.

Suelo decir que el dejarse expropiar por Dios es algo parecido a cederle a Dios el volante en nuestra vida. No sé si sabrás conducir. Pero cuando uno sabe conducir y conduce otro, se siente bastante incómodo. Y es que cada uno tenemos nuestro punto de reacción ante los obstáculos que surgen durante cualquier re-

corrido. Y cuando quien conduce no reacciona como nosotros, tememos un accidente.

Las reacciones de Dios no son las nuestras, y como no vemos las cosas y las situaciones de la misma manera que Él, nos resulta incómodo su modo de conducir. Ciertamente que nos fiamos, que sabemos que conduce mejor de lo que nosotros podamos conducir, pero nos resulta incómodo, tenemos tendencia a reaccionar a nuestro estilo. Pero, a medida que nos vamos dejando conducir, va desapareciendo la incomodidad porque vamos haciendo coincidir nuestro punto de reacción con el punto de reacción de Dios, nos vamos compenetrando con Él; vamos dejando cada día más de ser nosotros para ir siendo Él. Esto es lo que podemos llamar dimensión oblativa de tu consagración. Te recuerdo unas palabras de Pablo VI que te acabo de citar, cuando dice que mediante la consagración, *“el alma se da a Dios, en un acto supremo de la voluntad y a la vez de abandono, de entrega de sí mismo. La conciencia se erige en altar de inmolación”*.

Se trata sencillamente de participar en la dimensión sacrificial de la vida de Cristo. Esto no es algo privativo de la vida contemplativa. Es una dimensión

que has de asimilar y vivir si quieres que tu consagración sea auténtica. La oblación no es “una acción para” sino “una acción por”. Y esta dimensión la estamos perdiendo un poco de vista en nuestra espiritualidad.

Incluso cuando hablamos de la eucaristía, nos fijamos más en el aspecto de banquete que en el de sacrificio, a pesar de que el sacrificio es lo que da sentido al banquete. En el banquete se participa de lo que se ha ofrecido. En la comunión participamos de Cristo porque se ha sacrificado.

Y está muy bien que hablemos de que la Eucaristía nos compromete en el servicio de los hermanos. Pero en tanto seremos de los hermanos en cuanto nos hayamos ofrecido a Dios como sacrificio, en cuanto seamos donación gratuita, en cuanto seamos capaces de desaparecer, de morir como el grano de trigo que se ha sembrado. Psicológicamente nos resistimos a desaparecer, a no ver el fruto de nuestra donación y de nuestra entrega al Señor, de ponernos incondicionalmente en sus manos. Pero ser sacrificio, ser donación, es lo nuestro porque fue lo de Cristo.

Nos llama la atención y tiene gran atractivo lo que se nos cuenta de algunas personas que se han ofre-

cido como oblación al Señor y Él ha aceptado. Normalmente el fruto se ha visto después, pero esa vida, como la de Cristo, ha acabado siendo muy fructífera, aunque hayan sido otros quienes han visto el fruto. ¿Qué más da ver o no ver el fruto si lo que importa es que el fruto se dé?

Ser sacrificio, ser oblación, equivale a participar en la Pascua del Señor. Esta participación es tanto más intensa cuanto más se deja uno expropiar hasta llegar al total ofrecimiento y a la total oblación. Lo cual se corresponde con el total desprendimiento: uno es capaz de darse en la medida en que es capaz de desprenderse de sí. Por eso podemos participar plenamente de Cristo, porque se ha dado plenamente. Y esa donación de Cristo en favor de los hombres, como sacrificio ofrecido al Padre, es el modelo que debemos imitar quienes nos hemos consagrado incondicionalmente a Él.

Cristo es comunión porque es víctima. De Cristo podemos participar todos porque se ha victimado por todos. De Cristo podemos participar plenamente porque se ha dado plenamente. Estas actitudes de Cristo deben estar muy vivas en nosotros para que nuestra

oblación por el bien de todos nos permita encontrar a Cristo en nosotros.

Y esto es lo que realmente nos cuesta, ser sacrificio, ser oblación totalmente gratuita. Hasta cierto punto podemos estar dispuestos a sacrificar nuestras cosas, o al menos, algunas de ellas, sobre todo cuando se trata de sacrificarse por personas afines o queridas. Pero ya no lo estamos tanto cuando se trata de hacerlo por personas que no nos son conocidas o por personas que sabemos que no nos quieren, y menos, cuando se trata del ofrecimiento de nuestra propia vida, del sacrificio de nuestro corazón. Y es precisamente en esto en lo que consiste el sacrificio de la nueva Ley, es esto lo que hizo Cristo durante su vida y en la cruz.

Hacia ahí has de apuntar si quieres vivir con altura y con autenticidad tu consagración. Es precisamente esta dimensión oblativa por cualquiera lo que da sentido a cualquier tipo de vida consagrada y lo que nos permite ser testigos de Cristo en medio del mundo.

Claro que, como miembro de un Instituto secular, tu oblación en favor de los hombres ha de tener unas características distintas a las de otras personas consagradas como pueden ser los sacerdotes y los reli-

giosos. Está muy bien que aparezca claro vuestro carisma como distinto del de los religiosos; está muy bien que vayáis clarificando vuestra propia identidad dentro de la Iglesia. Pero todo esto discurriría por los cauces de la pura oficialidad si no pusieseis el mayor empeño en vivir con la mayor intensidad posible, la dimensión oblativa de vuestro corazón. Y te repito que no se trata de una oblación de cosas o de actividades, como era el caso del Antiguo Testamento, sino de la oblación de la propia vida con todos sus proyectos e ilusiones. Al estilo de Cristo. A este respecto, merecen recordarse las palabras de Pablo VI a los Responsables Generales de los Institutos Seculares en septiembre de 1972: *“No sois religiosos, pero vuestra opción concuerda, en cierto modo, con la de los religiosos, porque la consagración que habéis hecho os sitúa en el mundo como testigos de la supremacía de los valores espirituales y escatológicos”*.

SECULARIDAD

Cuando has decidido responder positivamente a la llamada del Señor, por la consagración has pasado a ser pertenencia exclusiva suya. Él acepta la oblación que

le has hecho de tu vida y te envía al mundo con una misión determinada, complementaria de las demás misiones, todas ellas, participación de la misión que Cristo ha recibido del Padre.

La misión está en la base de todo este proceso, es lo que le da sentido. La misión que Cristo ha recibido del Padre es el norte que guía toda su vida dedicada totalmente a su cumplimiento. La razón de su presencia en el mundo es precisamente llevar a cabo este proyecto de salvación de todos los hombres. Esta misión no es algo añadido a su realidad de Hombre-Dios. Por eso no hay una llamada ni una consagración para su misión, sino que está ya consagrado y dedicado desde el principio.

Esta misión que ha recibido del Padre nos la comunica a nosotros y es por eso que somos elegidos y consagrados en un momento determinado de nuestra vida para llevar a cabo una misión que no es nuestra, sino que es suya.

Por el sacramento del Bautismo somos llamados y consagrados a la fe y a la salvación. Esto conlleva unas exigencias de fidelidad en cuanto a aceptarla y comunicarla a los demás. Pero en cuanto al modo de

expresar la vivencia de esta consagración bautismal, hay distintas maneras de hacerlo, todas radicadas en la consagración bautismal, pero sin que se siga por esta consagración la necesidad de optar por una determinada. Y así, aparecen los distintos carismas que hay en la Iglesia y que Dios distribuye según su libre voluntad. De este sacramento arranca la vocación universal a la santidad, pero los distintos modos de su realización suponen una nueva vocación, pues son distintos los modos de realización de la misma.

Aquí radica la diversidad de vocaciones que hay dentro de la Iglesia. Cada uno de nosotros somos llamados a realizar nuestra común vocación cristiana de un modo concreto. Se trata de distintas maneras de colaborar con Cristo en la salvación de todos los hombres. Una de ellas, la secularidad consagrada, y consagrada no sólo por los sacramentos del bautismo y de la confirmación, sino por una aceptación de la llamada de Cristo a participar más íntimamente y más radicalmente en la obra de salvación universal, y esto se puede hacer desde distintos ángulos. Uno de ellos es el de la secularidad.

Esta nueva consagración, como dice el Vaticano II *“radicada en la consagración bautismal, la expresa*

más plenamente” (Perf. Char. 5). Y es que la consagración, tanto religiosa como secular, supone un intento de vivir con radicalidad las exigencias del bautismo en cuanto al seguimiento e imitación de Cristo. Su radicalidad está basada en la plena disponibilidad y dedicación a trabajar por el Reino sin otras dependencias ni vinculaciones que puedan empañar su dimensión de universalidad.

Tanto la vivencia personal de la consagración como su más plena expresión en su actuación apostólica sobre el mundo, se puede realizar tomando cierta distancia del mundo, como es el caso de los religiosos, o incrustándose en las mismas estructuras del mundo, que es lo propio de los Institutos Seculares. Tanto una consagración como otra expresan más claramente la consagración bautismal, aunque se diversifiquen en su realización.

Es lo que dice el Código de Derecho Canónico en el canon 577: *“En la Iglesia hay muchos institutos de vida consagrada, siguen más de cerca a Cristo ya cuando ora, ya cuando anuncia el Reino de Dios, ya cuando hace el bien a los hombres, ya cuando convive con ellos en el mundo, aunque cumpliendo siempre la*

voluntad del Padre". A los Institutos Seculares dedica el Código 21 cánones, del 710 al 730. Con ello entran de lleno en la codificación jurídica de la Iglesia. Antes de la *Provida Mater* no resultaba fácil compaginar con la secularidad la pertenencia a un estado de perfección. Y es que dependemos mucho del contexto en que nos movemos y nos resulta difícil abrir nuevos caminos. Lo normal, hace unos años, era que la vida consagrada se estructurase dentro del ámbito de la vida religiosa. No era fácil pensar en un estado de perfección en que no hubiese ni votos públicos ni, al mismo tiempo, vida comunitaria.

Pío XII, en la *Provida Mater*, uno de los documentos más importantes de su pontificado, es quien les da a los Institutos Seculares carta de ciudadanía en la Iglesia, como estados de perfección. Son tan estados de perfección como los Institutos Religiosos. Y dice expresamente en II. 1 que "*ni admiten los tres votos públicos de religión, ni imponen a todos sus miembros la vida común o morada bajo el mismo techo*". En *Primo Feliciter* dice: "*Los Institutos Seculares se encuentran con pleno derecho entre los estados de perfección*".

La novedad de esta intuición viene a romper viejos esquemas y es lógico que hubiese ciertas dudas e imprecisiones a la hora de la reglamentación de los Institutos Seculares. Incluso ha habido fundadores de Institutos que, teniendo claro que no querían que fuesen religiosos, a la hora de estructurarlos no acabaron de superar el peso muerto que para los Institutos Seculares suponía el calcar de los religiosos la vida comunitaria. Y así hemos sido testigos de varios choques entre intuición y mentalidad. Incluso en nuestros días hay algún Instituto que no ha acabado de estructurarse al margen de la vida comunitaria y cuyos miembros “externos” no acaban de tener los mismos derechos que los “internos”. En algunos casos, no sé si sería bien visto que la máxima responsabilidad del Instituto recayese en uno de los miembros externos. Adaptar nuestra mentalidad a la nueva situación no es cosa fácil, ni mucho menos, y requiere, al mismo tiempo una gran fidelidad a la Iglesia y al espíritu de los fundadores, la mayor rectitud de intención en la clarificación del carisma; y requiere también tiempo y diálogo para asumir dentro, de la Iglesia las propias responsabilidades.

Y es que en algunos ambientes sigue latente en el subconsciente la idea de que los Institutos Religiosos son el modelo de estructuración de los estados de perfección. Cuando es en función de la finalidad propia de cada Instituto como éstos deben estructurarse. El que un Instituto esté bien estructurado depende no de que haya muchas o pocas reglamentaciones o determinaciones, sino de que las que haya, muchas o pocas, estén en función de que sus miembros puedan tener las máximas posibilidades para alcanzar la santidad según la vocación recibida y para poder actuar con la mayor perfección el propio carisma.

La vida comunitaria, como una de las diferenciaciones entre los Institutos Religiosos y los Institutos Seculares, exige en los primeros unas determinaciones que no se exigen en los segundos. Por lo que puede darse la sensación de que los primeros están más completos y acabados y los segundos un poco más en el aire. El que unos u otros estén mejor o peor acabados depende de que estén mejor o peor adaptados a la finalidad propia de cada uno de ellos. Y la finalidad de los Institutos Seculares no está en la separación del mundo y en la vivencia de la vida comunitaria, sino en la

inserción en la actuación apostólica dentro mismo del mundo, viviendo y ejerciendo su secularidad cristiana que es su propio carisma.

Esto exige una estructuración completamente distinta a la que pueda tener, por ejemplo, una comunidad de vida contemplativa. La vida comunitaria religiosa es, por ejemplo, incompatible con la estructuración que requiere un Instituto Secular en el que un miembro es policía, otro, médico, otro, empleado de banca y otro mujer de limpieza. Las determinaciones del Instituto Secular habrán de estar en función de aunar la espiritualidad de sus miembros y de permitirles, al mismo tiempo, las mayores facilidades para desarrollar en sus propios ambientes su actividad social y apostólica secular. Cuanto más favorezca esto, mejor estructurado estará un Instituto, sean muchas o pocas las determinaciones y concreciones que pueda haber en sus estatutos.

Por eso dice el *Primo Felicitar II*, refiriéndose a los Institutos Seculares: “*En la ordenación de todos los Institutos se ha de tener siempre presente que debe resplandecer bien patente en todos ellos el propio y peculiar carácter de estos Institutos, es de-*

cir, el secular, en el cual radica toda la razón de su existencia”.

Permíteme tres observaciones sobre el carácter secular de los Institutos:

Primera: se da este carácter secular porque vivís en el siglo. De ahí el apelativo secular, y vivís como vive cualquier otro cristiano. Por eso conviene que os adaptéis *“a la vida secular en todo lo que sea lícito y pueda compaginarse con los trabajos y deberes de la perfección”* (Pr. Fel. II).

Segunda: porque ejercéis vuestro apostolado en el siglo, esto merece destacarse en primer lugar, pues significa que ejercéis vuestro apostolado en el mundo, no a través de una asociación o agrupación, sino con responsabilidad propia y personal, no en nombre de vuestro Instituto, sin implicarlo en vuestras actuaciones. Y lo hacéis *“en lugares tiempos y circunstancias prohibidos o inaccesibles a los sacerdotes y religiosos”* (Prov. Mat. 10).

Tercera: lo ejercéis por medio del siglo, es decir, por medio de las estructuras, profesiones, asociaciones netamente seculares. Como dice el *Pr. Fel. II*, actuáis *“desde el siglo y, por consiguiente, en las pro-*

fesiones, formas, actividades, lugares, circunstancias correspondientes a esta condición secular”.

Te recuerdo unas palabras de Pablo VI el 26 de septiembre de 1970 en el encuentro internacional de Institutos Seculares: “¿Abandonaremos o podremos conservar nuestra forma secular de vida? Esta es vuestra pregunta; la Iglesia ya ha respondido; sois libres para elegir; podéis continuar siendo seculares. Y tendréis así un campo propio e inmenso en que dar cumplimiento a vuestra tarea doble: vuestra santificación personal, vuestra alma, y aquella «*consecratio mundi*», cuyo *delicado compromiso, delicado y atrayente, conocéis, es decir, el campo del mundo, del mundo humano, tal como es, con su inquieta y seductora actualidad, con sus virtudes y sus pasiones, con sus posibilidades para el bien y con su gravitación hacia el mal, con sus magníficas realizaciones modernas y con sus secretas deficiencias e inevitables sufrimientos: el mundo. Es un camino difícil, de alpinista del espíritu”.*

Ante un mundo que cree poder absolutizar, e intenta absolutizarlos, ciertos valores del progreso humano prescindiendo de Dios, te presentas con su secularidad consagrada como testigo de la trascendencia y

actuando ante estas realidades con un estilo nuevo, el estilo evangélico. Se trata de actuar en el mundo desde dentro de la realidad misma del mundo. Se trata de que los seculares vayan también descubriendo en tu actuación que la secularidad es una manera de ir haciendo Iglesia actuando con estilo cristiano sobre el mundo.

En septiembre de 1972 seguía diciendo Pablo VI a los responsables de los Institutos Seculares: “*Secularidad debe significar, ante todo, toma de conciencia de estar en el mundo como «lugar propio vuestro de responsabilidad cristiana»*”.

En febrero de 1972, con motivo del XXV Aniversario de la *Provida Mater*, había dicho que la secularidad “*no sólo representa una condición sociológica, un hecho externo, sino también una actitud: estar en el mundo, saberse responsable para servirlo, para configurarlo según el designio divino en un orden más justo y más humano con el fin de santificarlo desde dentro*”.

Por tanto, la secularidad hay que entenderla desde la existencia dentro de este mundo, reordenando las realidades temporales con una actitud de presencia y de compromiso apostólico.

Concretando este campo de las realidades temporales, Pablo VI os invita a escuchar, como dirigida especialmente a los Institutos Seculares, las siguientes palabras de la *Evangelii Nuntiandi*, 70: “*Su tarea primera es el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas*”. De estas palabras se hace también eco Juan Pablo II en su discurso del 28 de agosto de 1980 a los Institutos Seculares.

Fíjate cómo tanto la *Provida Mater*, calificada por Pablo VI de verdadera *Carta Magna* de los Institutos Seculares que vieron en ella su partida de nacimiento, cómo las posteriores intervenciones de los Papas están haciéndonos descubrir la sintonía de los Institutos Seculares con el nuevo estilo de evangelización del mundo moderno.

Estoy convencido de que los Institutos Seculares están llamados a una extraordinaria fecundidad

apostólica, con una incidencia en la vida de la Iglesia no menor que la que tuvieron las órdenes y congregaciones religiosas durante tantos siglos. Y no es que las vayan a sustituir, pero sí a complementar en la labor apostólica de las otras instituciones de la Iglesia. Pablo VI alude a este futuro prometedor cuando, dirigiéndose a los Institutos Seculares en el XXV Aniversario de la *Provida Mater*, dice: “*No puede menos de verse la profunda y providencial coincidencia entre el carisma de los Institutos Seculares y una de las líneas más importantes y más claras del Concilio: la presencia de la Iglesia en el mundo*”.

Esta presencia vuestra en el mundo ha de ser una presencia activa apostólicamente; en función de esta presencia apostólica de vivir intensamente vuestra consagración. Estáis en el mundo no como uno más, sino como fermento, con la fuerza de Cristo para redimirlo y salvarlo, para ser instrumento de salvación en manos del Señor. Como dice el Papa en el mismo lugar que te acabo de citar, “*vuestra vida garantiza que la intensa y directa relación con el mundo no se convierta en mundanidad o naturalismo, sino que sea expresión del amor y de la misión de Cristo*”.

Esto te debe suponer tener bien forjada tu personalidad cristiana por tu consagración. Como comprenderás no se trata de una consagración sólo oficial, sino real y auténtica por la vivencia radical de las Bienaventuranzas. Es así como, conjugando tu consagración con tu secularidad, podrás realizar en tu vida lo que el Señor espera de ti. Has de saber aunar ambas realidades como constituyentes de tu vocación.

Aludiendo a esta doble realidad de la secularidad y de la consagración dijo Pablo VI a los responsables de Institutos Seculares en 1971: *“Ninguno de los dos aspectos de vuestra fisonomía espiritual puede ser supervalorado a costa del otro. Ambos son «coesenciales»”*.

Todo esto debes tenerlo muy presente a la hora de vivir tu dimensión de secularidad, como deben tenerlo también los dirigentes de los Institutos para ir avanzando en la clarificación de la propia identidad.

Cuando alguien ingresa en un Instituto Religioso, se “va” de su casa, normalmente cambia de profesión y ejerce su labor apostólica donde la ejercen los demás miembros del propio Instituto.

Tú, en cambio, al ingresar en su Instituto, sigues en la misma situación profesional y secular de antes, pero consagrada. Sigues trabajando en el mismo centro educativo si estás en el magisterio, en el mismo centro sanitario si tu profesión es sanitaria, en la misma oficina donde trabajabas, en la misma empresa. Y en cuanto a tus actividades parroquiales, sigues en la catequesis, en caritas, con los enfermos, con la juventud...

Sin embargo, tu pertenencia al Instituto te debe impulsar a procurar que esa parcela del mundo en la que estás actuando vaya adquiriendo un aire más claramente evangélico. No sólo debes tratar de hacer bien lo que haces, sino de esforzarte para que los demás también lo hagan bien. Tu testimonio y tu acción apostólica han de ir preferentemente en este sentido.

Esta orientación primordial de tu vida y de tu actividad al mundo en que trabajas no quita que, en determinadas circunstancias, si lo pide el bien del Instituto o la necesidad de la formación de sus miembros, pueda alguien dedicarse a tareas específicamente distintas de las que realizaba antes de ingresar en el Instituto. Pero una de las características de los miembros de los Institutos Seculares es que no “se van” cuando in-

gresan, sino que “se quedan” en el mismo lugar y en la misma profesión en que se encuentran para, desde allí mismo, ser fermento en la evangelización del mundo.

Este es el aire que debe respirarse en los Institutos Seculares. Entre otras razones porque son una respuesta a la presencia de la Iglesia en el campo de la secularidad, una respuesta a la urgencia de la presencia del seglar cristiano en el mundo. Esta presencia no es sólo testimonial, sino activa y eficiente. Trata de estructurar el mundo según el espíritu del Evangelio. Y si la Iglesia es para el mundo podemos decir que todos los servicios que hay en la Iglesia están ordenados a este objetivo final de la misma. La jerarquía será la que estructure la Iglesia en la verdad del Evangelio, en la sacramentalidad y en la unidad; la vida religiosa hará presente, en nuestro aquí y ahora, la realidad de los bienes del Reino hacia los cuales está caminando la Historia; y la vida secular, reconociendo la presencia de su Señor en la jerarquía y animada por el testimonio de los religiosos, intentará forjar un nuevo mundo que se realice en el amor y en la caridad de Cristo.

Podríamos decir que aquí sucede como en el deporte. Hay técnicos, preparadores, comités, organi-

zadores, árbitros, jueces... todo al servicio de los deportistas, de los jugadores. Todo está al servicio de los deportistas para que jueguen eficazmente y cada día mejor. Los jugadores se sirven de todos los medios a su alcance para poder rendir en el campo de juego. Todo está a su servicio para que puedan jugar cada día mejor. Ahí está su responsabilidad.

Hay jugadores de primera y de segunda categoría. Hay jugadores que, como dice San Pablo, son capaces de renunciar a cualquier cosa con tal de conseguir el premio. Así deben ser los miembros de los Institutos Seculares en el estadio grandioso del mundo. Son capaces de renunciar a todo lo que pueda ser un impedimento para desarrollar su fuerza en la construcción de un mundo nuevo. Son los que están en el campo del mundo haciendo prevalecer la justicia y la caridad. Son los que están comprometidos con sus hermanos los seculares para actuar conjuntamente con el aire de la secularidad cristiana, de cara a los hombres y a las instituciones de cualquier nivel, hasta el internacional.

La tarea no es fácil: se sienten en medio del mundo solos, sin el ambiente cálido y acogedor que les puede ofrecer una vivencia comunitaria como es

el caso de los religiosos, al contrario, en medio de un ambiente hostil a los principios evangélicos que ellos sustentan y quieren implantar. Es lógico que haya una tendencia a replegarse sobre sí mismos, y esto es una tentación a la que no deben ceder, porque su puesto está precisamente en medio del mundo. Esta tendencia al repliegue y a tener obras propias es más acusada en Institutos que iniciaron algunas actividades antes de la *Provida Mater*, pero hemos de ser todos muy conscientes de que el carisma de los Institutos Seculares no va por ahí.

Creo que es necesario que los Institutos hagan un esfuerzo de adaptación a este sentido de secularidad si notan algunas deficiencias de este tipo. La fidelidad a Dios y al propio carisma puede obligar a cambios importantes tanto en la orientación del propio Instituto como de la vida personal de sus miembros. La fidelidad no consiste en no cambiar, sino en tener la decisión necesaria para cambiar lo que sea, con tal de prestar a la Iglesia y a los hombres el servicio que Dios quiere y como quiere.

El hecho mismo de que mucha gente considere a los Institutos femeninos como religiosas seculares o

como religiosas que viven en sus casas —cosa que ni es cierta ni os hace pizca de gracia— puede ser una llamada de Dios para purificar vuestro estilo de vida en la línea de la secularidad. Hay que caminar en esta dirección y estar dispuestos a adaptar lo que sea. Con toda la prudencia y tacto necesarios, pero poniéndose en marcha. Tampoco es cuestión de estar siempre cambiando. Por eso valdría la pena afrontar decididamente, volviendo al carisma fundacional, las reformas y cambios necesarios para adaptar los Institutos según las nuevas normas que han venido emanando de la Iglesia.

Esto no obsta para que se tengan algunas casas, pero para la atención a los miembros del Instituto. La *Provida Mater* lo dice expresamente en III, 4: “*Los Institutos Seculares, aunque no imponen a todos sus miembros, según la norma del derecho, la vida común o la conmoración bajo un mismo techo, sin embargo, conviene que tengan, según la necesidad o utilidad, una o varias casas comunes...*”; y sigue señalando algunas de estas necesidades, como para que residan los dirigentes o para formación o reuniones y para casos de enfermos o inválidos, o casos en que no conviene que vivan privadamente en sus casas.

Si te sirve como frase resumen de lo que te he venido diciendo, con todas la matizaciones y precisiones que una frase así requiere, te diría que al ingresar en un Instituto Secular no cambias nada en tu vida. Te consagras a seguir haciendo lo que has hecho siempre, pero bien, es decir, con una gran fuerza interior y con una mayor apertura a la universalidad para que el mundo se estructure según el Evangelio.

CAPÍTULO II: VIRGINIDAD

Antes de hablarte de los compromisos por los que se expresa tu consagración, te voy a hablar del carisma de la virginidad y de la concreción del mismo mediante los tres votos. En próximos capítulos te hablaré sobre cada uno de ellos en particular, pues en los tres se expresa la condición de vida que llamamos virginal. Al hablar de votos me refiero igualmente al juramento o promesa con que se rubrica tu consagración, pues cada Instituto tiene determinaciones distintas, aunque coincidentes en cuanto al compromiso que imponen.

LA VIRGINIDAD DE CRISTO

Al hablar de cualquier actitud cristiana no podemos perder nunca de vista la referencia a Cristo ni al proyecto de Dios de salvar en Cristo a todos los hombres. Este proyecto del Padre por el cual Cristo se inserta en la Humanidad para realizar la salvación o la comunión

de todos los hombres con Él es lo que da sentido a la virginidad de Cristo y a nuestra propia virginidad.

La universalidad de la salvación es el objetivo de la vida de Cristo, de sus deseos, de su obra y de la misión que ha recibido del Padre. La puesta en marcha de este proyecto del Padre se inicia con la vocación de Abraham para ser el padre de un pueblo que será el portador de la promesa de rehabilitación de la Humanidad. Esta promesa se irá concretando a través de los siglos hasta llegar a cumplirse en Cristo, quien, por la encarnación, se inserta en la historia humana, se hace solidario con todos los hombres y desde esa realidad de Dios Hombre inicia su obra redentora hasta culminarla en su muerte en la cruz.

La obra de Cristo hemos de verla, no en una serie de actos más o menos extraordinarios, sino en su propia realidad de comunión con el Padre y con los hombres, es decir, en el significado de su presencia en medio del mundo. Todos sus actos y toda su obra son la expresión del sentido de su presencia en medio de nosotros. En Cristo todo está orientado a la realización de este proyecto del Padre: la comunión con todos los hombres. Su vida, su sacrificio en la cruz, su resurrec-

ción, la Iglesia, los sacramentos, todo, está en función de este proyecto: que todos los hombres volvamos a ser hijos de Dios en Cristo.

Filiación y hermandad

La vida de Cristo se desenvuelve, toda ella, en una doble dimensión, su filiación respecto del Padre y su hermandad con todos los hombres. Él es el Hijo por encima de todo. Y, además, es hermano porque nos comunica a los hombres esa relación filial que tiene respecto del Padre. Así cumple con el designio del Padre de que seamos hijos con el Hijo. Él lo es por naturaleza; nosotros, por gracia. Pero, y esto es lo extraordinario, nuestra filiación es auténtica: nos llamamos hijos de Dios porque realmente lo somos. Cristo nos transmite su propia filiación, la propia densidad vital de su filiación divina. Tenemos por gracia la filiación divina que Él tiene por naturaleza.

Por eso, a través de Cristo el hombre se reorienta en su vida participando de la filiación y de la hermandad de Cristo y, por tanto, de su responsabilidad filial respecto del Padre y fraternal respecto de los hombres.

Desde esta doble dimensión hay que ver su virginidad. Se siente Hijo, vinculado plenamente al proyecto del Padre y se siente Hermano de todos los hombres por igual, porque todos están llamados a esta filiación y fraternidad que Él tiene como misión realizar. Por eso no se vincula a nadie en particular: por eso no es padre ni esposo. Si lo fuese, sería igualmente santo, pero su filiación y su paternidad no serían tan significativas. Su vivencia de la filiación es muy significativa cuando la traduce en una vivencia de hermandad universal para ayudarnos a todos a ser hijos con el Hijo, sin vínculos especiales de carne y sangre, sino con una donación incondicional a todos y a cada uno. Su virginidad es una profecía viva y tangible de lo que debe ser la vida de los hombres bajo la perspectiva de la filiación y de la fraternidad. Por su relación filial con el Padre, traducida en obediencia plena a su voluntad, se da a todos y a cada uno de una manera total, hasta el ofrecimiento de su propia vida. Y así, podemos decir que lo que hizo, lo hizo por todos porque lo hizo por cada uno.

A mí me produce vértigo cuando, al pensar en la pasión de Cristo, tengo el convencimiento de que Cristo

hubiese hecho exactamente lo mismo que hizo por todos si hubiese estado yo solo necesitado de redención. Pienso que así como un padre que es capaz de dar su vida por todos sus hijos, la da por cualquiera de ellos si es uno sólo el que está necesitado, Cristo ha sido capaz de dar su vida por todos porque lo ha sido de darla por cada uno de nosotros. En un padre, lo que cuenta no es el número de hijos por quienes se entrega, sino el hecho de que son sus hijos. El amor del padre siempre es un amor personalizado hacia cada uno de sus hijos. Este es el caso de Cristo. Su amor redentor y el sacrificio de su vida no es el fruto de un amor hacia una humanidad abstracta, sino de un amor fraternal a cada uno de los hombres y, por tanto, a toda la Humanidad.

Su filiación le lleva a una aceptación tal de la voluntad del Padre que hace totalmente suyo su proyecto de salvación de todos los hombres. Y su fraternidad le hace vincularse de tal manera a la suerte de todos los hombres, que se da totalmente por cualquiera sin vincularse preferencialmente a ningún grupo. Es el hombre para todos, y para todos por igual.

Este es el sentido de su virginidad. Por eso lo encontramos siempre pendiente del cumplimiento de la vo-

luntad del Padre de salvarnos a todos, pendiente de esta voluntad hasta en los más mínimos detalles. Por eso, su comida es hacer la voluntad de Aquel que le envió; por eso se le encuentra siempre con el corazón abierto; por eso todos han sido acogidos, todos han sido escuchados, todos han sido comprendidos, todos han sido ayudados, todos han sido animados. Y por eso todos tienen el mismo derecho de acceso pleno a Él, porque es de todos. Su virginidad hace que su donación sea universal en cuanto a su extensión, al mismo tiempo que su amor es un amor personalizado a cada uno de nosotros sin más límites que la capacidad de cada uno para aceptarlo.

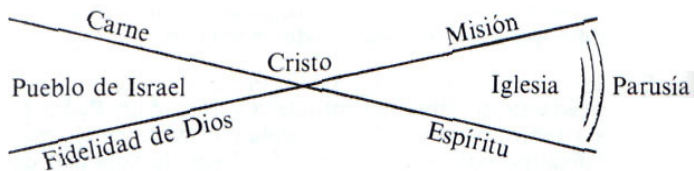
LA VIRGINIDAD DE LA IGLESIA

La obra de Cristo como cumplimiento del designio del Padre se continúa en la Iglesia. La Iglesia recoge de manos de Cristo su proyecto virginal de salvación universal. La Iglesia es virgen por ser continuadora de la misma misión de Cristo. Precisamente en función de su virginidad, a imitación de Cristo, no puede depender de ninguna cultura, de ningún pueblo, de ninguna raza, de ningún grupo. Debe estar, como Cristo, abierta a todos, todos tienen cabida en ella.

Lo que pasa es que quienes formamos con Cristo parte de la Iglesia, no hemos tenido la transparencia suficiente para revelar ante el mundo esa dimensión virginal de la Iglesia, y así, usando palabras del Concilio, hemos velado más que revelado este rostro virginal de Cristo.

Para comprender la virginidad de Cristo y posteriormente la virginidad de la Iglesia, vale la pena fijarnos en cómo se conectan en Cristo los dos Testamentos.

El Antiguo Testamento supone un caminar hacia Cristo; el Nuevo, un caminar desde Cristo. Sus características son distintas. Te la voy a presentar en un gráfico.



En el Antiguo Testamento se va centrando la historia de la acción salvífica de Dios como en dos líneas convergentes que se van estrechando y uniendo cada

vez más hasta llegar al cumplimiento de las promesas en Cristo. Estas dos líneas las podemos concretar en la fidelidad de Dios y en la generación carnal. Dios es fiel y cumplirá sus promesas de rehabilitación del hombre: su promesa se cumplirá con el nacimiento, en medio del pueblo elegido, del Mesías o enviado de Dios.

La línea de fidelidad de Dios y de la generación carnal se continúan desde Cristo, pero con una nueva dimensión y con un nuevo significado. Ambas líneas que eran convergentes hasta llegar a Cristo, se transforman, desde Cristo, en líneas divergentes. Se trata de una apertura hacia lo universal, hacia toda la Humanidad, sin límites de espacio ni de tiempo. Lo que antes de Cristo era la línea de fidelidad de Dios, se transforma desde Cristo, en línea de misión, y lo que antes era la línea de generación carnal se transforma, desde Cristo, en generación espiritual. La promesa, por tanto, que antes tenía como soportes la fidelidad de Dios y la generación carnal se transforma en un cumplimiento de la promesa por la misión universal como obra no de la carne, sino del Espíritu. La Iglesia, en ese espacio entre la misión y el Espíritu, se va abriendo y ensanchando cada vez más hasta llegar a la parusía, hasta

que Cristo entregue el Reino al Padre y Dios sea todo en todos, cumpliéndose así el proyecto de salvación de Dios sobre todos los hombres.

¿Qué tiene que ver este esquema con la virginidad de la Iglesia que es de lo que estamos tratando? Lo siguiente. En el Antiguo Testamento tiene un relieve especial la generación carnal porque la promesa de Dios está vinculada al Mesías que había de nacer del pueblo de Israel. De ahí la importancia que se da a la fecundidad en el Antiguo Testamento. La fecundidad suponía dar paso a la vida, siempre con la esperanza de que esa vida que uno recibía y que transmitía, podría llegar hasta el Mesías prometido. Con la esterilidad se cortaba la transmisión de la vida que ya no conectaría con el Mesías, por eso era considerada como un castigo de Dios. Lo mismo cabe decir cuando moría alguien sin dejar descendencia.

De ahí que sólo desde este contexto de conexión con el Mesías, que era la razón de existir del pueblo de Israel, se puedan comprender los casos de las hijas de Lot que, sin perspectivas de fecundidad, emborrachan a su padre para poder tener descendencia de él; y el caso de la hija de Jefé, que antes de ser sacrificada por

su padre para cumplir el juramento que había hecho de sacrificar lo primero que encontrase al volver victorioso de la batalla, le pide unos días para ir con sus amigas por las montañas llorando su virginidad.

Sólo desde el Nuevo Testamento se puede comprender la virginidad porque Cristo está abierto a la universalidad de la salvación; la misma apertura que debe tener la Iglesia como continuadora de su obra. La generación carnal como medio de conexión con el Mesías ha sido reemplazada por la generación espiritual por la acción del Espíritu. La peculiaridad del nuevo Pueblo de Dios trasciende lo corporal para abrirse, a instancias del Espíritu, en cumplimiento de la Misión, a la universalidad de los hombres. Por eso la virginidad es esencial a la Iglesia.

La Iglesia es enviada al mundo, a todo el mundo, por Cristo, quien previamente ha sido enviado por el Padre. En la misión que la Iglesia ha recibido, también cuenta la fidelidad de Dios, que ha infundido en ella su Espíritu, el cual estará siempre presente en ella, agregándole nuevos miembros, regenerándola y conduciéndola hasta que Dios sea todo en todos. La fecundidad carnal ha sido transformada por Cristo en

fecundidad espiritual. Entre ambas, Cristo, como punto de conexión de los dos testamentos.

Como miembros de la Iglesia, participamos en su virginidad en la medida en que nos integramos en la Iglesia y asumimos nuestra propia responsabilidad eclesial. Esto supone vibrar ante la realidad de la Iglesia y participar, cada uno desde el carisma de hemos recibido, en la misión de la misma. Nadie en la Iglesia podemos desconectarnos de la dimensión de fecundidad espiritual que tiene, si queremos vivir, con seriedad, nuestra inserción en ella. No todos participamos de la misma manera en la virginidad de la Iglesia, aunque todos participamos de su virginidad. El casado participa de una manera y la persona consagrada, de otra. Personalmente no todos hemos sido llamados al carisma de la virginidad personal.

MARÍA, MODELO DE VIRGINIDAD

María es el modelo perfecto tanto de la virginidad de la Iglesia como de la virginidad personal dentro de la Iglesia. Ella continúa en la Iglesia la virginidad de Jesús. Esto equivale a decir que en ella se continúa la

fecundidad de Jesús. Ella es la especialmente fecunda, con una dimensión espiritual de la fecundidad, la fecundidad del Espíritu que es la fecundidad del Amor.

Ella, como Virgen, aparece totalmente integrada con Jesús y su obra. Asume la misma obra de Jesús, el mismo estilo y el mismo aire de Jesús. Por eso no sólo la llamamos virgen sino La Virgen, con el artículo y con mayúscula. Por esa incorporación plena a Jesús y a su obra, es la Virgen por excelencia, modelo de la virginidad de la Iglesia y modelo de la virginidad consagrada.

Cuando el Concilio dice que la Virgen brilla ante la comunidad de los creyentes como modelo de virtudes, hemos de ver en ella el modelo de la virginidad personal y eclesial. Ella, como Jesús, se siente hija y hermana. En cuanto a sentirse hija, ahí está su actitud de obediencia plena a la voluntad de Dios, y ahí está el título que ella misma se da respecto del Señor, la esclava, es decir, la “sin títulos”, “la sin derechos”, “la obediente plenamente a la voluntad del Señor”, “la totalmente disponible ante el Señor”. Y su respuesta ante la manifestación de la voluntad del Señor es clara e inmediata: “*Hágase en mí según tu palabra*”. Se inicia entonces, como fruto de su virginidad, su maternidad sobre Jesús. Y, al vin-

cularse por ella totalmente a Jesús, su maternidad sobre Jesús la vincula a todos los hombres con su maternidad espiritual sobre todos, maternidad que es universal porque es universal la obra de Jesús. Es totalmente de todos porque también Jesús lo es. Es “toda” de Cristo y “toda” esclava de los hombres, sirviendo a los hombres porque también Jesús está en medio de nosotros como el que sirve. Comparte con todos los hombres su amor a Jesús, por eso es camino para todos hacia Jesús. Este es el sentido de fraternidad o vinculación a todos los hombres que, como virgen, comparte con Jesús.

El Concilio tiene unas palabras extraordinariamente densas hablando de la Virgen en su relación con la Iglesia. En la constitución sobre la Iglesia, núm. 65, dice “*la Iglesia en la Beatísima Virgen ya llegó a la perfección*”. Fíjate en el relieve que le da a la frase el adverbio “ya”. Porque la Virgen está integrada en la Iglesia, ésta es “ya” perfecta en alguno de sus miembros. Por tanto, la Iglesia es “ya” perfectamente virgen en la Virgen. De ahí que haya que hacer siempre una referencia a la virginidad de María, pues es modelo de la virginidad de la Iglesia y nos remite constantemente a la virginidad de Jesús cabeza de la Iglesia.

LA VIRGINIDAD CRISTIANA

Te hablaba antes de la vida que, en el Antiguo Testamento, se consideraba cortada cuando no había fecundidad, pero que, a la luz del Nuevo Testamento, se multiplica por la virginidad. Considerar la virginidad como rechazo de la vida es tener una mentalidad del Antiguo Testamento. Jesús nos da una visión de la vida que trasciende una concepción puramente humana de la misma. Él es la vida, ha venido a traérnosla, a comunicárnosla; es el pan vivo, el pan de vida; hay que renacer de nuevo a esta nueva vida. Se nos habla de vida eterna; hay que pasar de la muerte a la vida; somos herederos de la vida eterna; el Hijo da vida a los que quiere; quien la pierda por Él la encontrará. San Juan insiste especialmente en la realidad de la vida que nos viene de Jesús.

Para comprender la virginidad cristiana es preciso entrar en este nuevo clima del Nuevo Testamento, hay que considerar la vida desde otra perspectiva que no es la meramente natural. La razón de la virginidad, de Jesús y de la nuestra está en la propagación de esta nueva vida. Por eso nunca podemos desconectar la virginidad de la fecundidad. La persona virgen no re-

nuncia a la fecundidad, es ésta precisamente su razón de ser, pero no se trata de una fecundidad carnal, sino una fecundidad como la de Jesús, es decir, una fecundidad apostólica, abierta a la obra del Espíritu. Una virginidad no fecunda sería una falsa virginidad. Esta fecundidad espiritual está manifestando la dimensión misionera de la Iglesia fecundada por el Espíritu y comunicando esta vida a través de los tiempos.

La virginidad no es, ni mucho menos, rechazo de la vida; al contrario, ser virgen equivale a apostar por la vida, pero por la vida que nos viene de Jesús y que da sentido a la vida que recibimos de nuestros padres. Es una opción por la vida. Sólo podemos comprender la virginidad si sabemos mirar al hombre con ojos de fe, si sabemos ver la trascendencia a la que está ordenada su vida natural, si sabemos ver que todo hombre está llamado a participar de la vida de plenitud que vino a traernos Cristo.

Se trata de una opción por la superación de la vida humana, de una apertura a la dimensión sobrenatural, de una apertura al misterio de Cristo, a la amistad personal con Él, al proyecto definido de Dios sobre todos los hombres. Es, por tanto, una apertura a la comunión.

Y precisamente porque la virginidad supone una opción por la vida en plenitud, lleva a un compromiso por la defensa de la vida allí donde hay una vida rota. Sería inconcebible un compromiso por la vida en plenitud con una indiferencia ante la vida que se pisotea o se margina o a la que se le impide un auténtico desarrollo. Hay vidas que se están ahogando por la pobreza, por la injusticia, por la ignorancia, por la marginación, por los pecados propios o ajenos; hay vidas estancadas o mortecinas que parecen cualquier cosa menos vidas. Si la virginidad supone una opción por la vida en plenitud, no la podemos entender sin un compromiso serio y eficaz en defensa de la vida, de todos los valores que supone la vida, para ordenarlos hacia la plenitud.

De lo contrario, la virginidad se convierte en infecundidad porque, en este caso, ni se transmite la vida humana ni se transmite la vida sobrenatural por infecundidad apostólica. En vez de Virginidad habría que hablar de infecundidad y de inutilidad.

Es caridad

Como la vida humana se transmite por la donación mutua entre los esposos, también por la mutua dona-

ción entre Cristo y la persona virgen se transmite la vida espiritual. No hay fecundidad apostólica sin una donación personal a Cristo. Por eso la virginidad no puede comprenderse sin la caridad.

La caridad tiene su punto central en Cristo a quien se le dedica la vida. La peculiaridad de la virginidad hay que verla desde la entrega personal e incondicional a Cristo para realizar a través nuestro su acción salvífica sobre nosotros y sobre todos los hombres. De esta entrega arranca toda la eficacia apostólica, sea cual sea nuestra misión y el proyecto de Dios sobre nosotros. La caridad virginal tiene la particularidad de vincularse a Cristo de manera que se asume como propio el proyecto de Cristo de salvar a todos los hombres. Pero teniendo muy presente que el objetivo de nuestra consagración es la persona de Jesús; no me consagro para mayor eficacia apostólica ni para una actividad o para una obra concreta. Me consagro al Señor; y, precisamente porque me consagro al Señor, asumo su propio proyecto y, en función del proyecto de Jesús, emprendo esta misión determinada, esta misión apostólica, me vinculo a esta asociación o grupo, elijo una situación, un puesto,

siempre en función de mi consagración incondicional al Señor y tratando de ser lo más fiel posible a la vocación recibida.

Este proyecto de caridad virginal supone iniciar un camino de compenetración con Cristo y con su obra; supone iniciar una marcha, un estilo de vida. La virginidad es algo que se va consiguiendo día a día. No se es virgen desde el principio, sino que, día a día, nos vamos haciendo vírgenes. No se trata de una virginidad corporal que se tiene y se conserva hasta que se pierde por el acto matrimonial.

Se trata de una actitud por la que uno opta al saberse elegido, y que se empieza a vivir y a realizar de una forma progresiva; empieza a hacerse virgen y a progresar por el camino de la virginidad. No se trata de algo que se ha recibido y que se conserva intacto, sino de unos talentos que hay que hacer rendir. La virginidad se va así perfeccionando más cada día. La manera de desarrollarse la virginidad y de perfeccionarse es a través de la caridad. Nos sentimos portadores de la presencia de Jesús ante cualquiera que necesite de Él y todos le necesitamos. Abrirse en actitud de caridad a todos los hombres, no sólo a quienes estamos unidos por víncu-

los de carne y sangre, no es fácil, no es como una fruta de secano, requiere un cuidado especial. Se necesita un clima en que se viva la presencia de Jesús y que nos dé una visión nueva del hermano. Se necesita una visión contemplativa del mundo y de las personas. Hay que descubrir la presencia de Jesús en cada hombre. Esta dimensión contemplativa no puede desarrollarse más que por la persona orante, que sabe contemplar al Señor, escucharle, hablarle, estar con Él. Virgindad, caridad y contemplación van siempre juntas.

La virgindad posibilita que la caridad se abra a todos indiscriminadamente. La persona virgen está abierta incondicionalmente a cualquiera porque se ha dado incondicionalmente a Dios y es consciente de que Dios está en cualquiera. Sus hermanos son los mismos hermanos de Jesús, es decir, todos los hombres, y su fraternidad hacia ellos la expresa en una dimensión religiosa respecto a Jesús ya que Jesús está pendiente de todos y cada uno de sus hermanos.

Si ha de haber una atención especial hacia alguien, habrá de ser hacia la persona más necesitada, porque es hacia ella quien Cristo manifiesta una predilección especial. No se trata en la virgindad de

establecer unos lazos de amistad más o menos estrechos con personas que nos caen bien o con las que más sintonizamos por criterios o edad o paisanaje. La fraternidad que se crea por la caridad virginal es una fraternidad al estilo de la fraternidad de Cristo, especialmente disponible para quien especialmente necesite de Él.

Aparte de la universalidad, la virginidad tiene características de perpetuidad: como Cristo, que se dio una vez para siempre. El amor auténtico y decidido a una persona no se da a plazos. En el amor no valen los plazos. ¿Qué pensarías si el esposo dijese a la esposa: te voy a amar mucho pero sólo durante un año? El amor no es así. Cualquier proyecto de amor ha de tener aires de perpetuidad, si no es perpetuo es que no es auténtico. Un amor perpetuo podrá ser todo lo comprometido que quieras, pero es así el amor. Una manera de significar la autenticidad del amor es la perpetuidad en el horizonte del mismo.

Por eso nos consagramos al Señor de una manera perpetua, incondicionalmente, para siempre, significando con ello nuestra adhesión personal a la persona de Jesús.

Esta apertura universal y perpetua debe ser una apertura a un amor personalizado. El amor genérico no sirve ni en la virginidad ni en la práctica de la caridad cristiana. La exclusividad en el amor a Dios, cuando se traduce en el amor al hombre, no puede privar al hombre ni de su rostro ni de su historia. Cuando esto no se tiene en cuenta, aparece una caridad muy defectuosa que trata de servir al hombre como a nosotros nos gusta servirle y no como necesita ser servido. Es la necesidad concreta que tiene cualquiera la que debemos atender; y es la más urgente la que debemos atender con más prontitud. Y le debemos amar no como quiere ni como le gusta ser amado, sino como necesita ser amado, es decir, como Dios le ama.

Si le hemos ofrecido a Dios nuestro amor en exclusividad, hemos de amar a este hombre concreto a quien Dios ama y como Dios le ama; es a este hombre concreto a quien entrego mi vida hasta las últimas consecuencias; a este hombre que es así y que tiene una determinada historia, positiva o negativa —qué más da—, una historia que está viva en él y que le influye positiva o negativamente en el momento presente en que yo me encuentro con él. Es este hombre, con su

historia, con su rostro, con sus necesidades y con sus problemas, con sus cosas positivas y negativas, a quien debemos amar. Y esto porque el amor de Cristo al otro es también un amor personalizado.

Recuerdo haber estudiado en Física que si dos cuerdas de distintas guitarras se sintonizaban en un mismo tono y ponías un papelito sobre una de ellas, cuando en la otra sonaba la nota sintonizada, se caía el papelito aunque no se pulsase la cuerda sobre la que se había puesto. Si nosotros estamos en sintonía con Cristo, cuando Cristo vibra ante cualquier problemática del hombre, vibramos nosotros con Él. Cuando vibra cualquier hombre, vibra Cristo y vibramos nosotros. Sentimos como propios los problemas de los otros porque también los siente Cristo como propios. Y no sólo los problemas, sino también los gozos y las alegrías.

Es posible que no podamos solucionar todo, pero sí podemos ofrecer una respuesta, les podemos acompañar solidarizándonos con él, y aunque nos sentimos tan impotentes como él para solucionar su problema, verá que no está solo, se sentirá acompañado, acogido, comprendido. No olvides que la soledad, la marginación y la incompreensión son los grandes pro-

blemas que están experimentando muchos hombres en la actualidad. En esta línea podríamos decir que el amor virginal viene a ser como la extensión a todos los hombres de la intensidad del amor que hay entre los esposos. Aunque propiamente hablando, a lo que equivale es a compartir con todos el amor de Cristo que hay en nosotros y que, a través de nosotros, está destinado a todos los hombres.

Mientras haya alguien a quien podamos ayudar, aunque sea un desconocido, o alguien que nos ha querido mal, aunque nos haya marginado o nos haya puesto alguna zancadilla en nuestra vida, si no le ayudamos, no somos vírgenes en el auténtico sentido de la palabra. El amor virginal de Cristo llegó hasta el perdón a los enemigos. Eran los más necesitados de su amor. También este amor ha de ser un signo de virginidad y de caridad virginal.

Te insisto una vez más en que el objetivo de la virginidad ha de estar apuntando a la obra de reconciliación y de salvación universal. Como vírgenes participamos de la virginidad de Cristo para que Dios lo sea todo en todos. Y no olvides que si tratas con seriedad de que Dios lo sea todo en todos, has de empezar por que lo sea todo en ti.

En la medida en que nos identifiquemos con Cristo podremos ser reconciliadores en medio del mundo.

Encarnación

Esta manera de actuar supone una encarnación en medio del mundo, encarnación virginal, también al estilo de Cristo. La misión que Cristo ha recibido del Padre consiste en reorientar al hombre en su dimensión de comunión. El pecado es todo lo contrario de comunión: es desconexión, separación, aislamiento. La obra de Cristo consiste en hacer que el hombre vuelva a ser lo que debe ser, un ser en comunión con Dios y con los demás hombres. Para ello Cristo se hace comunión. De ahí su vinculación a todos los hombres por la Encarnación. Su presencia en el mundo le supuso hacer cuerpo con todos para reorientarnos hacia Dios y hacia los hermanos. Su encarnación le vincula a todos los hombres. Sus obras manifestarán el sentido de esta vinculación, sobre todo su acción redentora en cuanto ofrecimiento pleno y total al Padre por la salvación de todos los hombres. Y será en la Eucaristía donde se irá construyendo, día a día, la Iglesia como lugar de encuentro y comunión entre Dios y los hombres.

Cuando hoy día hablamos de la encarnación del cristiano en el mundo, y de manera especial del cristiano consagrado, hemos de tener muy presente el estilo de la encarnación de Cristo, que debe ser modelo de la nuestra. Yo recuerdo el catecismo que estudié cuando era niño, en el que se decía que “*sin dejar de ser Dios, se hizo hombre*”.

Podemos correr el peligro de caer en una falsa encarnación si, al tratar de vincularnos a los demás, dejamos de ser lo que somos. Yo no puedo dejar de ser sacerdote cuando me vinculo a quienes no son sacerdotes; tú no puedes dejar de ser una persona consagrada al Señor cuando te metes en ambientes que ni siquiera son cristianos. Una cosa es dejar privilegios y otra muy distinta es dejar de lado la propia identidad. Si la dejamos, no nos estamos encarnando como Cristo, pues así como su humanidad —encarnación— es una revelación y una manifestación de su divinidad, nuestra encarnación debe ser siempre una manifestación y una revelación de nuestra más profunda realidad de consagrados. Cristo manifiesta lo que es por su encarnación, por tanto, por la nuestra debemos también manifestar lo que somos.

Además, por su encarnación Cristo asume lo que hay en el hombre y se hace semejante al hombre, en todo menos en el pecado, para que el hombre sea como Él. Tu encarnación debe suponerte una cercanía testimonial y activa al hombre concreto para que, a través de lo que descubra en ti, llegue a descubrir a Cristo, se sienta atraído por Él y sea como Él. Si prescindes de tu identidad dejas de ser lo que eres y si la ocultas estás engañando a la gente que tiene derecho a descubrir, a través de ti, el rostro de Dios. En cuanto a la manera concreta de presentarnos como consagrados, hay que tener en cuenta las distintas circunstancias y los distintos ambientes en que debemos movernos para ver cómo puede ser más efectiva nuestra actuación, pero sin renunciar nunca al desarrollo de nuestra propia identidad consagrada, sin dejar de ser lo que somos, sin orgullos, pero también sin complejos.

Como continuación de la presencia salvífica de Cristo en el mundo, nuestra encarnación ha de ser, como la suya, don, con todo lo que supone de gratuidad, de renunciación, de donación. Cristo es don del Padre a los hombres; en la medida en que también nosotros lo seamos, estaremos en línea con nuestra

identificación con Cristo. Si somos don como Cristo, somos para los demás. Estamos al servicio incondicional de los hombres y de sus necesidades, no nos pertenecemos en absoluto. Nuestra encarnación debemos desarrollarla sin repliegues sobre nosotros, vinculados a los hombres y poniendo a su servicio nuestro propio carisma.

SER SIGNO

Eres signo de Cristo. Y digo “eres” porque es más comprometido ser signo que dar signos. A veces estamos muy preocupados en dar signos de pobreza, de trabajo, de acogida, de apostolado. Si somos signo ya daremos signos, ya. Pero si estamos preocupados por dar signos es señal de que no somos signo. Una madre no está preocupada por dar signos de amor a su hijo: lo ama y de su amor le brotan los signos. Quien es pobre de verdad no se preocupa por dar signos de pobreza. Si somos vírgenes de verdad no busquemos dar signos; toda nuestra vida será signo de nuestro amor y de nuestra pertenencia a Cristo y de nuestra dedicación a los hombres, si de verdad nos tomamos en serio nuestra virginidad.

Para ser signo hay que serlo a través de la vida. Son nuestros criterios, actitudes y obras lo que abre un interrogante a nuestro alrededor. Es nuestro proyecto de vida, asumido de una manera seria y coherente lo que verdaderamente es signo; y lo es porque es tal su categoría y limpieza y es tal su atractivo, que los hombres no pueden quedar indiferentes ante un proyecto que les cautiva y les atrae, aunque perciban la pequeñez de sus propios proyectos al contrastarlos con éste.

Ser signo supone, por tanto, asumir como propio el proyecto de Cristo. En la medida en que lo asumimos estamos haciendo presente en nuestro mundo a Cristo con sus actitudes, con sus obras de amor y de gratuidad a todos los hombres. Y el mundo no está acostumbrado a ver este estilo de vida.

Y aquí es donde entra en juego nuestro amor personal a Cristo, sin lo cual todo quedaría en vanas ilusiones. Porque si se trata de un proyecto de amor, no se puede llevar a cabo sin amor; y si se trata de un proyecto personal de amor hacia otra persona no se puede llevar a cabo sin estar enamorado de esa persona. En la medida en que uno es capaz de amar a otro está capacitado para asumir como propio los proyectos de aquel

a quien ama. Por eso, la vinculación a la obra de salvación universal que es el proyecto de Cristo, no puede realizarse sin un amor personal a Cristo. Sólo quien es capaz de entregarse gratuitamente a Cristo es capaz de asumir como propia su obra; y es entonces cuando se constituye en signo de Cristo en medio del mundo.

Por eso la virginidad no puede concebirse al margen de una dimensión contemplativa de la persona de Cristo. Sólo cuando vemos en Él a la persona que nos cautiva y nos subyuga, sólo cuando le ofrecemos nuestra vida a quien, previamente, nos ofreció la suya, sólo cuando nos dejamos invadir por el amor que nos tiene y le devolvemos amor por amor, es cuando podemos asumir como propios sus intereses y sus proyectos. Y es precisamente entonces cuando resplandece su fuerza en nuestra propia debilidad. Aquí radica la fuerza del signo de la virginidad vivida por el Reino de los Cielos.

Pretender ser signo al margen de esta referencia personalizada a Cristo como persona a quien le damos totalmente nuestro amor equivale a descentrarnos no sólo de nuestro objetivo virginal, sino, incluso, cristiano. Nosotros somos muy pequeños y muy débiles para

pretender alcanzar, por nosotros mismos, objetivos tan elevados.

Muchas de las crisis de personas consagradas al Señor han tenido ahí su raíz. Se han movido por ideales muy nobles, han pretendido cosas realmente extraordinarias, han tenido grandes ilusiones y muy buena voluntad, pero les ha faltado la integración de su propia persona en la persona de Cristo, y a la hora de las realizaciones y del sacrificio les ha faltado la fuerza del amigo y se han encontrado con su propia debilidad. Han querido realizar el mismo proyecto de Cristo, pero sin anclar su vida en la amistad personal e íntima con Él. Quizá han dado por supuesta esta amistad y la amistad nunca puede darse por supuesta; hay que cuidarla y mimarla día a día. La fuerza de Cristo sólo la tiene quien está identificado con Él, quien ha sido capaz de transformar su vida con todo lo que la vida lleva consigo, en la vida de Cristo.

De ahí que las personas vírgenes que han sabido vivir su virginidad como entrega incondicional de sus vidas a la persona de Jesús, son las que han sido capaces de hacer cosas extraordinarias en la Iglesia, porque han significado de una manera especial la presencia de

Cristo en medio del mundo, porque han sido signo de Cristo. Son precisamente estos signos rubricados por unas vidas consagradas lo que necesita con urgencia el mundo de hoy. Y lo necesita porque nuestro mundo está caminando al margen de Dios. Dios no cuenta en los planes y en los proyectos de los hombres. Estos se mueven en un contexto de fuerzas materiales, sociales, políticas, económicas en las que Dios no tiene cabida. Y no sólo no tiene cabida, sino que da la impresión de que estorba. Y no es que haya de por medio una mente diabólica que vaya organizando el mundo al margen de Dios, es que asumir la realidad de Dios en el proceso histórico actual obligaría a cambiar radicalmente todos los planes y proyectos de los hombres. Por eso, no sólo no cuenta, sino que se le margina positivamente.

De ahí la urgencia de unas vidas consagradas que no sólo actúen evangélicamente dentro de las estructuras en que se mueve la sociedad, sino que sean signos vivos de la presencia de Cristo en medio del mundo. La virginidad como signo está apuntando hacia Dios. Recuerdo a este propósito un refrán chino que dice: *“cuando un dedo apunta a la luna, el sabio mira a la luna y el necio se queda mirando el dedo”*. La

persona virgen está apuntando a la luna; y hay, como siempre, sabios y necios. La sabiduría aquí está en los hombres de buena voluntad; y si el signo es claro y transparente, a través de estas vidas consagradas, sabrán mirar hacia arriba.

Por otra parte, ser signo de Cristo supone ser signo de la cruz. Y no es que la persona consagrada por la virginidad tenga que ir buscando complicarse la vida con cruces y sufrimientos. Se trata de ser coherentes con la consagración al amor incondicional a Cristo sin buscar otros amores ni otros intereses. Y eso es la cruz; porque hay muchos intereses personales tanto dentro como fuera de la Iglesia. Y cuando uno se decide a defender sólo los intereses del Señor, ha de chocar con todos los intereses contrapuestos; y vienen las incomprendimientos y los antagonismos y las tensiones, y hasta las persecuciones y calumnias. Y en la medida en que uno se reafirma en su dedicación incondicional al Señor, está aceptando la cruz porque está haciendo una opción por el amor gratuito y sacrificado que, llevado a las últimas consecuencias, se convierte en cruz.

Pero la virginidad, al mismo tiempo que signo de la cruz, es signo de esperanza y de vida eterna. De

esperanza, porque lo es la cruz de Cristo. Saben ver el amor en la misma cruz del sufrimiento, y hay un gozo interior al amar y al saberse amados, que les infunde una paz y una serenidad que es incomprendible desde fuera. Saben también ver que, a través del sufrimiento, están construyendo la Iglesia. Y saben, sobre todo, confiar plenamente en el Señor; están en sus manos y perciben la sonrisa de Dios que saldrá en defensa del hijo que está sufriendo y arriesgándose por Él. Sabe que no le puede abandonar aunque la manera concreta de salir en su defensa sea totalmente imprevisible para el hombre, como fue el caso de la resurrección de Jesús.

También hay que tener en cuenta que la persona virgen se va haciendo signo día a día. Y se va haciendo en la medida en que va adaptando sus propios proyectos personales al proyecto de Cristo de salvar a todos los hombres. Si quieres vivir tu consagración virginal como auténtico signo de la trascendencia de las realidades sobrenaturales, has de replantearte la corrección de tus proyectos de cara al Señor y de cara a tu colaboración en la obra de salvación de todos los hombres. Has de ver si tus proyectos personales están en sintonía con el proyecto de Cristo sobre ti y sobre todos los hombres.

Esto debe suponerte analizar, a la luz del Evangelio y teniendo en cuenta el ambiente en que te mueves, preguntas como éstas: ¿qué quieres ser?, ¿por qué quieres serlo?, ¿qué quieres hacer?, ¿por qué haces lo que estás haciendo? Y aquí podríamos formular una serie de preguntas que indudablemente te ayudarían a ver los desajustes que pueda haber en tu vida consagrada con respecto a lo que Dios va queriendo de ti. ¿Te parece que te las podrías plantear por tu cuenta tratando de escuchar de Cristo unas palabras de ánimo y de estímulo? Creo que valdría la pena entrar en diálogo con Él. Escúchale.

VIRGINIDAD Y VOTOS

Te decía antes que la caridad es lo que da sentido a la virginidad y a los votos que de ella se derivan. Lo que nos mueve a responder positivamente a la llamada de Dios, a la virginidad, es el amor a Dios, a quien entregamos incondicionalmente nuestras vidas para la salvación del mundo. Esta respuesta se sella con el compromiso perpetuo y definitivo. Todo amor vincula y vincula definitivamente, pues el amor marca la tendencia del hombre hacia su realización en cuanto que la persona se complementa con aquél a quien ama.

Si has optado por ser don incondicional a Cristo en el servicio a su Iglesia, has de desprenderte de todo aquello que es incompatible con la realidad de tu opción virginal. En la medida en que te vayas desprendiendo de todo ello, irás adquiriendo tu sentido y tu dimensión de consagración virginal. La meta te la planteas de entrada al hacer los votos. Con ellos tienes ante ti un camino abierto que has de recorrer día a día, con esfuerzo y superándote constantemente. En tu vida irás realizando gradualmente tu compromiso con el Señor.

Los tres votos de la consagración son como tres circunferencias concéntricas sobre el centro del don absoluto de sí mismo a Dios. Todo lo que es incompatible con esa donación radical e incondicional, lo podemos expresar en la renuncia a todo lo que suponga no saber tener, no saber ser y no saber amar. Y no se sabe ser, tener, ni amar cuando en esas dimensiones nos centramos egoístamente sobre nosotros.

Saber ser, desde nuestra opción virginal, supone intentar ser como Dios quiere, supone crecer cada día según la voluntad de Dios sobre nosotros; dejarse conducir por Dios en la construcción de un mundo nuevo. Asumir como propia la voluntad de Dios sobre

nosotros; contrastar constantemente nuestra voluntad con la suya hasta llegar a una cierta espontaneidad en querer realmente lo que Dios quiere. Hacia ahí apunta el voto de obediencia.

Saber amar supone asumir como propio el amor de Cristo a todos y a cada uno de los hombres en cuanto a intensidad y en cuanto a universalidad. Supone vivir la fraternidad universal. Aceptar como hermanos nuestros a quienes Cristo ha aceptado como hermanos suyos. Extender y ampliar a todos los hombres la intensidad del amor con que amamos a nuestra propia familia. Sólo quien más necesita de Cristo tiene preferencia sobre nuestro amor. Este viene a ser el sentido del voto de castidad.

Saber tener supone que si hemos hecho una donación de nosotros mismos al Señor, todo lo que depende de nosotros está también al servicio del Señor y de su obra. No vale un auténtico desprendimiento de sí mismo si no hay, al mismo tiempo, un desprendimiento de las cosas que nos pertenecen. Si me pertenecen a mí, pertenecen a aquel a quien yo pertenezco. Mis cosas, como yo, están al servicio de todos y a disposición de todos. Este viene a ser el sentido de lo que llamamos pobreza evangélica.

Si por la virginidad te has comprometido con Cristo para tener el mismo tipo de relación filial y fraternal que Él tuvo, necesitas liberarte de cualquier dependencia que te impida realizarte virginalmente. Y dependemos de muchas personas y cosas. Tenemos demasiadas ataduras que nos impiden o dificultan volar alto en nuestra vocación virginal. Si quieres ser don del Padre al mundo como Cristo lo fue, te has de desprender de todo lo que suponga dependencia de otras personas o cosas, lo mismo que de todo lo que pueda suponerte un dominio sobre otras personas o cosas. Has de estar totalmente libre de todo para poder darte del todo: como Cristo. Los votos te marcan un camino de libertad y de liberación para poder ser un don al servicio de cualquiera que pueda necesitar de ti.

Desde esta situación de libertad podrás vivir tu virginidad, podrás vivir de manera radical el evangelio en plenitud, sin nada ni nadie que te lo impida porque no dependerás de nada ni de nadie, sólo de Dios, como Cristo. Si no te decides a soltar amarras, a soltar ataduras, a dejar dependencias como las del dinero, de amistades de personas, de trabajo, de posición social, de comodidad, de sobresalir, si no te atreves a confiar

plenamente en Dios y solamente en Dios, por mucho que optes oficialmente por la virginidad, no llegarás nunca a ser auténticamente virgen. Te repito que la virginidad es un camino que has de recorrer y lo has de hacer con libertad evangélica. Has de tener esa libertad interior que tuvo Jesús con la que se adhirió plenamente al Padre sin más seguridades que la confianza puesta únicamente en Él.

Los votos llevan una carga impresionante de renunciaciones. Tan es así que hay quien no sabe hablar de los votos más que bajo este aspecto de renunciaciones. Lo que hay que ver es no tanto el hecho de las renunciaciones cuanto el sentido de las mismas. Aceptamos cualquier renuncia sólo cuando le vemos sentido. Y esto es lo que hay que buscar en los votos, su sentido.

Quien elige, renuncia; renuncia a todo aquello que es incompatible con la elección que ha hecho. Quien elige contraer matrimonio con una persona determinada, renuncia a todas las demás, y a nadie se le ocurre decir: *“ha renunciado a todos menos a aquella persona con la que ha contraído matrimonio”*.

Los votos y las renunciaciones que conllevan están en función del proyecto de vida por el que se ha op-

tado. Los votos no constituyen la vocación, sino que están en función de la vocación a la virginidad. Cristo se te ha manifestado y has percibido su amor con tal fuerza, que has decidido entregarte por completo a Él y al servicio de su obra. Por tanto, has renunciado a todo aquello que pueda empañar la limpieza de esa entrega. Nadie tiene vocación a la renuncia. Tú has optado por un amor exclusivo a Jesús y renuncias a todo lo que es incompatible con ese amor. La belleza de los votos está, no en las renunciaciones que conllevan, sino en el amor incondicional que suponen. Como la belleza de la maternidad no está tampoco en el sacrificio y en las lágrimas por los hijos, sino en el amor que se les tiene, que es capaz de llegar al sacrificio total por ellos. Como la belleza de la cruz de Cristo no está más que en la grandeza de su amor por nosotros.

A lo que realmente se renuncia por la virginidad es a los límites del amor; a nada más y a nada menos. También se renuncia a los límites del amor al hermano, y al decir al hermano quiero decir a cualquiera. De ahí la universalidad de tu amor y tu disponibilidad para cualquier servicio al hermano. Como te decía anteriormente en un ejemplo, la virginidad no sólo consiste

en dejar entrar al Señor en el coche de tu vida, sino cederle el volante. Por eso renuncias a conducir tú, no sólo te dejas acompañar y aconsejar por Él, sino que te dejas posesionar por Él. Esta renuncia a ser protagonista de tu propia vida es de mucha hondura y uno de los mayores signos de fe.

Este tipo de renunciaciones sólo es posible cuando la opción que se hace es también de mucha hondura; de lo contrario, damos la impresión de estar haciendo un juego de niños; porque no me digas que renunciar a formar un hogar, a tener unos hijos, a querer y a ser querido con cierta exclusividad por los miembros de la propia familia, sobre todo cuando uno ya va siendo mayor y tiene que afrontar el futuro sin seguridades económicas; renunciar a cualquier seguridad humana que no sea la confianza en el Señor; renunciar a hacer tu propia voluntad, aunque creas que los superiores no tienen razón o no deciden lo más conveniente para ti; a decidir libremente por ti y por tus cosas; no me digas que para todas estas renunciaciones valen las personas con personalidad débil, incapaces de opciones serias y definitivas. Renunciaciones de ese tipo sólo son posibles cuando hay una opción muy clara y firme por Jesús.

De la misma manera que cuando luce el sol desaparecen las estrellas, cuando brilla en tu interior la luz de Cristo desaparecen las distintas estrellas de tu firmamento interior. Si sigue habiendo estrellas en tu horizonte es que no brilla suficientemente tu sol que es Cristo. Y en la medida en que puede ir palideciendo la luz de Cristo en ti, irán apareciendo nuevamente las estrellas que el sol había hecho desaparecer. Y las estrellas son bonitas ciertamente, pero lo que verdaderamente es radiante es la luz del sol.

De ahí la necesidad de centrar tu vida en la persona de Cristo Jesús si no quieres que aparezcan de nuevo las estrellas que ya han desaparecido. De ahí que no puedas concederte compensaciones de bienestar, de comodidad, de tranquilidad; esto equivaldría a condenarte al fracaso en el camino de la vivencia de tu virginidad; de ahí que no puedas quedarte nadando entre dos aguas. Te irías quedando poco a poco en la oscuridad, bajo las estrellas, pero en la oscuridad. Necesitarías otras luces cuando tienes a tu disposición el sol radiante de Cristo. Esto te puede suceder en cualquier momento de tu vida, aunque lleves muchos años de consagración. Siempre aparecen estrellas al oscurecerse el sol.

Cuando no nos atrevemos a afrontar las exigencias de nuestra opción virginal tratamos de justificarnos, a veces con cierto aire de infantilismo, repartiendo culpas a unos y a otros.

Todo, menos decidirnos valientemente a hacer frente a la gran purificación que necesitamos constantemente en nuestra vida. Y aparecen las críticas y el descontento y la insatisfacción; y viene el escucharnos con aquello de si el papa, que si los obispos, que si los sacerdotes, que mientras no cambien las estructuras no es posible hacer nada que valga la pena. Excusas y sólo excusas. Porque defectos en la Iglesia los ha habido, los hay y los habrá.

Aunque la Iglesia es santa, está llena de pecadores porque estamos nosotros en ella. Pretender justificar por este hecho nuestra incapacidad de llegar hasta las últimas consecuencias en las exigencias de nuestra consagración es puro infantilismo. Es con Jesús con quien te has comprometido, con nadie más. Y es de cara a Jesús desde donde has de tomar en serio tu proceso de conversión constante. Es a Él a quien te has consagrado, y es por Él por quien has renunciado a toda esa cantidad de cosas a las que te cuesta renunciar.

Has de tener tu punto de mira muy fijo en la persona de Jesús, en el proyecto de Jesús sobre ti y en su proyecto sobre el mundo a través de ti. De lo contrario, ni hay virginidad que valga, ni hay consagración que valga, ni hay cristianismo que valga.

Todos, como comprenderás, necesitamos una gran dosis de purificación. Al hablar de purificación no me refiero tanto a las obras cuanto a los criterios. Las obras están siempre en función de los criterios que las sustentan. No se trata tanto de hacer o dejar de hacer determinadas obras, sino de saber por qué se hacen o se dejan de hacer.

Lo que realmente necesitas purificar siempre son tus criterios. Y el criterio central que necesita de constante purificación es que, al decidirte por la virginidad, has optado por aquello que podemos llamar el misterio de la cruz del Señor. Y no se puede comprender una vida virginal sin entrar decididamente y en profundidad en este misterio de la cruz. Y no hay más y no le des más vueltas. O entramos de manera decidida en el misterio de la cruz o nos desenvolvemos en una insípida mediocridad. En momentos de dificultad, sitúate junto a la cruz del Señor y decide con Él. No

te arrepentirás de las elecciones que tomes desde esta perspectiva. Serán decisiones de vida y de santidad.

Es desde estos criterios desde donde podrás ir construyendo, día a día, tu virginidad. Sucede en este campo lo mismo que en el matrimonio, no es cuestión de contraerlo y nada más. Una vez contraído hay que construirlo. Tampoco la virginidad es cuestión de hacer una opción, hay que construirla día a día, de lo contrario, fracasa. Trata de construir tu virginidad y decídete a renunciar de verdad a todo aquello que puede ser un principio de destrucción. Que sepas estar muy firme junto a la cruz de Cristo. Como la Virgen.

CAPÍTULO III: CASTIDAD VIRGINAL

Tanto la castidad como las demás virtudes tienen en la persona consagrada una dimensión virginal. Los tres votos son expresiones de libertad en función de la plena disponibilidad para el servicio del Evangelio en una actitud de seguimiento radical de Cristo.

Por la castidad, la persona consagrada se libera de cualquier compromiso personal que le pueda vincular a alguien en particular con detrimento de la vinculación preferencial a quien más necesite de ella. Ni pertenece a nadie ni posee a nadie con un amor exclusivo como sucede en el matrimonio, en el que los esposos se pertenecen y se poseen mutuamente, y además, de manera estable y definitiva.

Si por la castidad consagrada uno se da sólo a Cristo con sentido de dependencia, y a nadie más, podemos decir que la castidad abre el camino de la virginidad en cuanto que la estabilidad matrimonial

le impediría la total disponibilidad de sí para la obra de salvación universal.

El matrimonio y castidad consagrada hay que verlos en su relación con Cristo en sus desposorios con la Iglesia. Esta referencia a Cristo no hay que perderla nunca de vista si ambos estados los queremos centrar debidamente en la vida de la Iglesia.

DIMENSIÓN PROFÉTICA

El matrimonio es una profecía, es como un hablar en nombre de Dios, y una manifestación de la unión que hay entre Cristo y su Iglesia. Por eso dice San Pablo que los esposos deben amarse como Cristo ama a su Iglesia. Reafirma la caridad y el amor aquí y ahora, en este mundo concreto y en esta historia que estamos viviendo.

La castidad consagrada es también una profecía del mismo amor de Cristo a su Iglesia, pero una profecía con características distintas a las del matrimonio: está apuntando al mismo amor de Cristo, pero también apunta a la transitoriedad de este mundo y de esta historia; está apuntando a lo definitivo que esperamos, por lo que estamos trabajando y hacia lo

que estamos caminando. Por eso podemos decir que se trata de dos profecías complementarias de la unión de Cristo con su Iglesia, dos concreciones y dos manifestaciones del amor de Cristo a su Iglesia.

La castidad consagrada, al ser profecía de la realidad trascendente hacia la que estamos caminando, donde las relaciones familiares cederán en favor de la paternidad de Dios sobre todos y de la fraternidad de todos con todos, se expresa con la renuncia a la vinculación matrimonial para estar ya, de hecho, abiertos a ese amor incondicional y universal, sin preferencias por nadie en concreto que no sean las mismas preferencias que tuvo Jesús con los más débiles y necesitados.

Si la mutua donación y posesión en el matrimonio está en función de la caridad universal a la que debe conducir el matrimonio y la castidad consagrada lo está al seguimiento con Él, pero compartiendo además, y en vivo, su misión y su suerte, no puede negarse la preeminencia de la castidad sobre el matrimonio, pues el consagrado está orientado directamente hacia la plenitud a la que está también orientado el casado, aunque a través de su matrimonio.

Aunque la castidad consagrada tenga una mayor transparencia en cuanto a la consagración de todo el ser a Dios, puesto que supone una participación más íntima en los esponsales místicos entre Cristo y la Iglesia, no podemos olvidar que la perfección personal no la da el estado al que hemos sido llamados por vocación, sino la respuesta personal que le damos al Señor en dicho estado, sea el que sea.

La consagración en el estado de castidad, como signo y profecía de las realidades futuras, vale como testimonio para los mismos esposos, les estimula a orientar su propia vida matrimonial hacia ese objetivo último de la obra de Cristo al que está orientado todo lo cristiano. Sirve este testimonio especialmente para que los esposos se abran al verdadero amor y no se cierren en sí mismos ni en su familia, sino que se abran a la universalidad de la Iglesia.

FUERZA TESTIMONIAL

Lógicamente, la castidad consagrada sólo tiene sentido desde una visión de fe. Cuando uno capta la realidad del Reino es cuando puede percibir la invitación de Cristo a seguirle de una manera radical,

aceptando la cruz con la esperanza de la resurrección. Es entonces cuando se siente capaz de darle una respuesta positiva y definitiva tanto en el voto de castidad como en los otros dos. *“Vuestras opciones de pobreza, castidad y obediencia son modos de participar en la cruz de Cristo... pero son también modos de participación en la victoria de Cristo resucitado”* (Pablo VI, a los responsables de los II.SS. Sept. 1972.)

La castidad consagrada hace que el consagrado se sitúe en el mundo de manera distinta a la de los casados: apuntan directamente a toda la realidad de la convivencia humana, no sólo a la familiar. Trascienden el ámbito familiar en el sentido de que intentan hacer de todo el mundo una gran familia, la familia de los hijos de Dios, y tratan de vivir de tal manera el amor a cualquiera, que trasladan al campo de lo universal la intensidad y la gratuidad del amor con que se aman los esposos.

De ahí, la fuerza de su testimonio en medio de un mundo que está pidiendo a gritos acogida, comprensión y cariño. Nuestra vida moderna se desenvuelve en un contexto de incomunicación, de indi-

ferencia y de anonimato. No pocas veces el hombre trata de huir en vez de buscar salida. La huida, en vez de dar solución, hace que el hombre se encuentre con otras esclavitudes como pueden ser la droga, el sexo, el libertinaje o la más triste degradación.

Por otra parte, el hombre va siendo cada vez más sensible al ser que al tener. En nuestro mundo occidental el hombre va siendo más consciente de que el tener no da la felicidad. No es que no se preocupe del tener, sino que dentro del nuevo esquema de felicidad, se va desplazando el centro de gravedad hacia el querer ser amado, ser comprendido, ser acogido. Es el eterno problema de las grandes ciudades y de las grandes masas, el problema del anonimato y de la indiferencia.

El hombre moderno percibe que hay algo más allá de un amor limpio vivido generosamente en el matrimonio, algo que le hace descubrir nuevas metas y nuevos horizontes cuando se le presenta, por la vivencia de la castidad, un amor que explica la limpieza de todos los amores.

¿DON O RENUNCIA?

La castidad, pues, hay que mirarla más como don que como renuncia. Se trata de un don de nuestra vida que hacemos gratuitamente a los hombres. Con ella se inicia el camino de la disponibilidad plena al servicio de los hombres. El matrimonio supone que hay siempre un primero que es el propio cónyuge, mientras que en la castidad virginal los primeros son los últimos, los necesitados, los marginados, los que no cuentan para los hombres, pero que son los que primero cuentan para Dios. Por eso, se inicia con este voto un camino de crecimiento en la disponibilidad de sí mismo al servicio de todos los hombres. Se trata de ir siendo cada día más, el hermano de todos los hombres, a todas horas, en todas las ocasiones y en cualquier situación en que el hombre pueda encontrarse.

Es lo que vino a decir Pablo VI a los responsables de los II.SS. 1972: *“Vuestra castidad dice al mundo que se puede amar con el desinterés y la hondura ilimitada propios del Corazón de Dios y que se puede uno dedicar gozosamente a todos sin ligarse a nadie, cuidando sobre todo de los más abandonados”*.

Desde esa actitud virginal de la castidad, la persona consagrada se va liberando del poder sobre otra persona, de esta relación que podríamos llamar exclusiva sobre el otro y va abriéndose a una nueva relación sobre los otros, menos exclusiva y más universal.

En el matrimonio siempre hay una relación de posesión y, por tanto, de poder mutuo de uno sobre el otro, con una relación de cierta exclusividad en el amor. Por la castidad se libera uno de toda exclusividad en cuanto al amar y al ser amado; la única exclusividad es el amor incondicional a Cristo y a su obra de redención universal.

Cuando esta dimensión de castidad se vive con intensidad, se adquiere una especial cercanía entre los hombres, la cercanía de la gratuidad en el servicio. Por eso la gente ve un atractivo especial en las personas consagradas. Se abren, se confían, porque no ven ningún interés de dominio ni de posesión ni de instrumentalización. No temen que esa persona ejerza un poder sobre ellos porque ya, de entrada, han renunciado al poder, incluso a la posesión del otro, que se da en toda vida matrimonial.

Sin embargo, no podemos olvidar que todo esto puede quedar en la más bella de las ilusiones y en la mayor ineficacia e inutilidad si no se toman en serio las exigencias de este tipo de castidad. Uno puede optar por el más bello de los ideales sin atreverse a afrontar las exigencias del mismo. Y no se afrontan las exigencias de la castidad cuando uno no es capaz de ir renunciando a su egoísmo y, por tanto, a la manipulación y a la instrumentalización de los demás; si no se va dando y abriendo al otro y, en última instancia, a Jesús a quien va aprendiendo a ver en el otro. El peligro de instrumentalizar al otro está siempre acechando en nuestro interior.

Dice el Papa Pablo VI en el XXV Aniversario de la *Provida Mater*: “*La castidad se convierte en ejercicio y en ejemplo vivo del dominio sobre sí mismo... en un mundo que se repliega sobre sí mismo y deja a rienda suelta sus propios instintos*”. Los grandes y nobles ideales no pueden conseguirse sin grandes esfuerzos y sacrificios. Se requiere una gran austeridad de vida contra la permisividad que reina en la actualidad.

Precisamente por eso se requiere una vigilancia especial para encauzar debidamente la fuerza de

la sexualidad. El peligro de desviación, tanto en la sexualidad como en las demás fuerzas que hay en el corazón humano, está siempre latente. Lo digo sin intenciones alarmistas, pero con objetividad.

En nosotros hay siempre una tendencia a la posesión del otro. En la sexualidad también. Si el hombre se deja llevar por esa tendencia, ha de llegar, lógicamente, a la posesión del otro por el acto sexual. Es necesaria una fuerte dosis de fe para superar esa tendencia y encauzar debidamente la fuerza de la sexualidad hacia la donación de sí en la caridad. Y esto, tanto en el matrimonio como en la castidad consagrada. Pretender compaginar un auténtico espíritu de castidad sin una exigente austeridad en nuestra vida, es una utopía. A lo más a que se podrá llegar será a no cometer pecados carnales, pero el sentido de la castidad quedará muy deteriorado.

El ambiente de hoy no es precisamente de los que más favorecen la austeridad, ni en lo referente a la vida cristiana en general ni en cuanto a lo que se refiere a la sexualidad, por la permisividad que existe en este campo. La persona consagrada debe tener como una de sus tareas importantes, recuperar la seriedad en

las relaciones entre ambos sexos, sin ñoñerías, pero sin concesiones que a lo único que pueden conducir es a una desvalorización de los principios evangélicos de la castidad, tanto consagrada como matrimonial.

La orientación evangélica de la sexualidad sólo puede comprenderse desde la apertura al misterio de Cristo. Si la miramos sin esta perspectiva, no podremos encontrarle su verdadero sentido.

El matrimonio, incluso mirándolo desde una perspectiva humana, se ve como una apuesta por la vida y por el amor, se intensifica el amor y se transmite la vida. Desde esta perspectiva, la castidad puede aparecer como insensible al amor y como rechazo de la vida. Por ello, en ciertos ambientes se la ha calificado como algo antinatural.

Pero, vista desde la perspectiva evangélica, es decir, si tenemos en cuenta la dimensión trascendente de la vida que nos ha revelado Jesús, ni va contra el amor, pues se trata de una opción plena y total al amor de una persona, Jesús, en quien está la plenitud de la vida y del amor, ni va contra la vida, pues se trata de una apertura a la vida de Jesús, a la que está subordinada y orientada la vida humana.

OPCIÓN POR LA VIDA

La castidad es una opción por la vida, por la verdadera y definitiva vida, por vida en plenitud, y por consiguiente, hace de la propia vida una donación al servicio de la vida allí donde esté maltrecha o desfigurada o rechazada o pisoteada. La castidad es un canto a la vida y una mano tendida a otras vidas para ayudarlas a desarrollarse en plenitud, para orientarlas a Cristo y formar con Él una auténtica comunión de vidas. Es quemar nuestras vidas para que aparezca en los hombres la vida de Cristo. Por eso no es rechazo de la vida ni esterilidad, sino integración de la propia vida en la fecundidad de la Iglesia.

La castidad, por estar en función de la vida, se traduce en lo que podemos llamar una paternidad y maternidad espirituales, a imitación de Jesús. Esta imitación está también en la raíz de la paternidad y maternidad que se dan en el matrimonio. Aunque la vida se inicia por la relación sexual, la paternidad y la maternidad van mucho más allá. Hay que apoyar, educar, encauzar, orientar esa nueva vida. Los padres están en función de los hijos.

Si la castidad está en función de la vida superior que arranca de Cristo, ha de traducirse en una de-

dicación plena y constante al proyecto de Dios de la fraternidad universal en Cristo. Esta fraternidad no se puede realizar sin una verdadera y auténtica amistad.

AMISTAD PERSONALIZADA

Por eso, la castidad es amistad, pero no una amistad generalizada, sino personalizada; la castidad supone amistad y exige amistad; porque la amistad supone amar y sentirse amado.

La persona consagrada por el voto de castidad no puede renunciar ni a amar ni a ser amada. Renuncia a ser amada como esposo o, como esposa; sería absurdo que renunciase a amar, y más cuando es este precepto del amor el que resume todos los preceptos de nuestra ley.

El amor al otro, hombre o mujer, nunca puede apartarle de Dios; al contrario, cuanto más se ama a Dios más debe amar a los demás. Lo que realmente puede apartarle de Dios es el amar mal, lo que equivale a no amar, a no saber amar.

Algunas veces, sobre todo en etapas de formación, se ha caído en un doble extremismo: o de considerar tabú el trato y la amistad con personas del otro

sexo o de no dar importancia a un trato con ellas tal como se tiene normal y corrientemente entre personas con una opción a la vida matrimonial. En ambos casos se trata de un amor y de una amistad no entendidos correctamente. Dios quiere una amistad intensa y profunda entre nosotros. Pero esa amistad no es tal cuando nos aparta del proyecto de Dios sobre cada uno de nosotros.

De ahí que, tanto en la amistad, como en cualquier otra vertiente de la vida, hayamos de replantearnos, sin polarizaciones, pero con objetividad, si estamos actuando como Dios quiere; y en el caso de la castidad consagrada, si estamos amando y dejándonos amar como Dios quiere o si lo estamos haciendo siguiendo una tendencia natural por la que, en vez de prestar y ofrecer el amor de Cristo que hay en nosotros, estamos dejándonos llevar por una atracción y simpatía natural al margen de la dedicación gratuita al servicio de Dios y de los hermanos.

Para amar de esta manera y con gran intensidad, se requiere una madurez que no se tiene, ni mucho menos, de entrada; hay que ir adquiriéndola poco a poco con una vida de fidelidad al Señor. Y la madurez cris-

tiana se va adquiriendo no sólo en un aspecto determinado de la vida, sino en todos a la vez. La madurez en el amor y en la amistad va junto con la madurez en la oración, en la vida sacramental, en el compromiso por trabajar por los demás, en el cumplimiento del deber y de las propias responsabilidades, en la dedicación apostólica, en la apertura a los problemas de la Iglesia.

El amor que se deriva de la castidad consagrada ha de tener una madurez humana y cristiana. No podemos limitarnos a ser eternamente adolescentes, ya hay bastantes casos de adolescencia en nuestras filias. Sin ser hombres y mujeres cristianos serios, no podemos afrontar con éxito las responsabilidades de una consagración al Señor.

Esta seriedad y madurez hay que vivirlas desde la fidelidad a la propia vocación que hemos recibido dentro de la Iglesia. En última instancia, será la propia conciencia la que irá haciéndonos descubrir si el camino emprendido de amor y de amistad es auténtico y positivo y santo. Y esto la conciencia lo descubre cuando uno se abre con sinceridad al Señor y va encaminando su vida y sus actitudes y va descubriendo si todo está de acuerdo con lo que

el Señor está queriendo de él. Es entonces cuando podrá ver si está amando bien o si está amando mal, si está empezando a amar bien o si está empezando a amar mal.

Los amigos, el grupo, el director espiritual, te podrán ayudar, te podrán aconsejar. Pero, en última instancia, has de ser tú quien, en definitiva, tengas la última palabra en cuanto a la decisión de seguir o no por el camino del amor y de la amistad según el proyecto de Dios sobre ti.

La amistad de la persona consagrada no puede ser nunca absorbente, aunque sí exigente. Es decir, hay que abrirse de verdad a la amistad. Es inútil la castidad si no se traduce en servicio al otro, si uno no trata de salir de su comodidad y de su egoísmo, si uno no sale de su buena situación o de su orgullo. Es entonces cuando corre el peligro de buscarse un grupito como refugio de una vida sin ideales apostólicos ni ilusiones. La amistad se convierte en un pasatiempo.

Tampoco se está en la línea de la verdadera amistad cristiana cuando uno se limita a “cumplir”. Limitarse a cumplir equivale a echarse de encima al amigo. Con el amor y con la amistad no se cumple

nunca. No es cuestión de salir del paso. No es eso lo que hizo Cristo con nosotros. Hay que desterrar de la línea de la amistad lo que significa la palabra cumplir. Ni los esposos ni los amigos ni los padres se limitan a cumplir. Así no se va a ninguna parte, por muy limpias y castas que sean nuestras relaciones con los demás. Eso ni es caridad ni es amistad ni es fraternidad ni es nada.

Aparte de que la amistad debe ser exigente, debe también tener la vertiente de la sencillez con el amigo. No se trata sólo de ayudar, sino también de estar dispuestos a ser ayudados; se trata de compartir, de dar y de recibir, de desterrar el orgullo que supone considerarse capacitados para ofrecer una ayuda, pero no estar dispuestos a recibirla; hay que tener la humildad de pedirla, de dejarte aconsejar, de no creerte en posesión de toda la verdad, de estar en disposición de compartir tu vida con la vida de los demás, que es el único camino para que los demás compartan también la suya.

La amistad en sí no es un objetivo. La amistad es una relación interpersonal y está siempre en función de un proyecto, de unas metas. Por ser relación,

siempre es “para...”. La amistad es algo que busca el hombre en función de un proyecto determinado que tiene. Si este proyecto es el dinero o el poder, buscará las amistades que le posibiliten la consecución de estos objetivos. Lógicamente habrá entonces instrumentalización de la amistad.

El objetivo de la amistad cristiana es el cumplimiento del proyecto del Padre de hacer la comunión de todos los hombres en Jesucristo su Hijo. Este proyecto ha de estar muy presente a la hora de elegir las amistades y en la manera de vivirlas.

Dentro de este proyecto que regula la amistad, la persona consagrada ha optado por una apertura universal de su amistad en función de la universalidad de la salvación de Cristo. Por tanto, la elección y el mantenimiento de las amistades de la persona consagrada han de estar siempre en función de este proyecto de salvación universal. Esto supone que no debes vincularte a unas amistades determinadas ni a una elección de las mismas más que en la medida en que estén ordenadas a ese proyecto. Hay que optar por unas o hay que dejar otras, prescindiendo de que unas y otras te resulten más menos agradables o gratificantes.

Si tú estás en función de ese proyecto, también lo han de estar las amistades que mantengas o inicies, tanto si favorecen tu desarrollo personal o el de los demás, siempre deben estar en función de la universalidad de la redención propia de tu vocación. El voto de castidad te libera de la dependencia que puedas tener hasta de las personas amigas. Tu ternura, tu tiempo, tu actividad, gestos todos ellos de amistad, los has de ofrecer a quienes estén más necesitados de ellos porque, a imitación de Cristo, amas a todos por igual.

Las consecuencias que se derivan de todo esto son innumerables. Lo que no puede derivarse nunca es que tu amistad sea fría, despersonalizada y sin auténtico interés por la problemática que pueda tener planteada cualquier persona con la que te puedas relacionar. Piensa, que las conclusiones a que puedes llegar si te tomas en serio tu consagración pueden exigirte un cambio muy profundo en la manera en que estás viviendo tus amistades. También en este campo se requiere una gran madurez humana, afectiva y psicológica además de cristiana. Y no es suficiente decir que estamos ya maduros.

¿PERSONALIDAD INMADURA?

No quiero dejar de hacerte algunas consideraciones sobre la calificación de tarados y de faltos de personalidad y de inmadurez que algunos han dado a las personas consagradas.

La inmadurez de la personalidad se nota más cuando se asumen unas responsabilidades para las que uno no está preparado. La inmadurez no está en un proyecto determinado de vida, sino en la persona que no está en condiciones para asumirlo. Y claro que hay personas inmaduras para el matrimonio y para la vida familiar y para el cumplimiento de las responsabilidades políticas, etc. Y la inmadurez se perpetúa cuando uno que no está en condiciones de asumir un proyecto determinado renuncia a tomarse en serio su preparación para desarrollarlo correctamente. El primer paso para esa preparación es tomarse en serio el proyecto.

Algo de esto pasa en el campo de la vida consagrada. Sería un absurdo calificar de inmaduros a quienes adoptan este proyecto de vida y tratan con seriedad de vivirlo. Porque hablar de taras y de inmadurez en el amor cuando uno trata de superar el

amor humano con la finura y con la universalidad del amor de Cristo, y cuando uno se toma en serio que este amor no sea una ilusión inútil, sino que se traduzca en una auténtica dedicación al bien de los demás hasta la plena donación de la propia vida como tradujo Cristo su amor a los hombres, ya me dirás dónde está la tara y la inmadurez.

La inmadurez está, en todo caso, en intentar vivir la peculiaridad del amor virginal contando con las propias fuerzas. Sería como pretender sacar unas oposiciones difíciles a cátedra sabiendo apenas leer y escribir. Ahí estaría la inmadurez y ahí habría que ver las consecuencias de esa inmadurez, como desasosiego, sentido de inutilidad, falta de realización personal, insatisfacción, taras psíquicas, inadaptación, desilusión y toda esa serie de calificativos de los que últimamente se ha hablado aplicándolos a la vida consagrada.

También cabe hablar de inmadurez cuando uno es consciente de la necesidad de la gracia de Dios para llevar a cabo ese proyecto de vida cristiana, pero, a la hora de realizarlo, trata de compaginar actitudes opuestas; cuando no es capaz de eliminar

todo aquello que le impide amar de verdad y de corazón a todos los hermanos; cuando no es capaz de decidirse a amar bien; cuando quiere nadar entre dos aguas; cuando quiere compaginar la amistad y el amor virginal con amistades o con amores que no llevan el sello de la entrega y de la donación gratuita a imagen del amor de Cristo; cuando no es capaz de afrontar las renunciaciones que lleva consigo este amor incondicional a Cristo.

Ahí está la inmadurez y la tara, cuando uno no es capaz de amar bien, o no se atreve a amar, o juega con el amor y con las personas, o juega con Dios y consigo.

Y cuando uno se encuentra en esta situación, una de dos: o reemprende el camino o trata de justificarse. Si opta por lo primero, entra en lo que llamamos un proceso de conversión en que va situando de nuevo cada cosa en su lugar y trata de situarse correctamente ante Dios, ante los hombres, ante la Iglesia y ante las cosas. Sencillamente, reemprende el camino de su propia vocación.

Por el contrario, si opta por justificar su conducta, aparte de cerrarse la salida, emplea lo que po-

dríamos llamar un mecanismo de defensa con una serie de ataques y acusaciones a unos y a otros, especialmente contra la Iglesia. Da pena oír, de labios de personas consagradas, acusaciones que no han sido capaces de formular los enemigos de fuera. Sería larga la lista.

Vivir las exigencias del amor virginal supone llevar hasta las últimas consecuencias la vida nueva que recibimos en el bautismo, supone criterios nuevos, actitudes nuevas, estilo nuevo. Supone adentrarnos de verdad en el misterio de Cristo, hay que vivir con seriedad el misterio de la cruz del señor, hay que poner en Él toda nuestra confianza, hay que confesarle como Señor de la Historia y hay que prestarse a que, por medio de nuestra debilidad, se manifieste la fuerza y el poder de Dios que se manifiestan de una manera especial y extraordinaria en la persona consagrada. ¿No es verdad? Pues adelante por ese camino.

CAPÍTULO IV: POBREZA VIRGINAL

Una de las realidades más sangrantes que tenemos ante nosotros es la pobreza. Y al hablar de ella no nos referimos solamente a la pobreza material de bienes o de dinero, es decir, a los económicamente pobres. Nos referimos también a toda esa espiral de pobreza que va atrapando y aherrojando bajo su dominio una cantidad enorme de hombres y mujeres a quienes se les impide desarrollar su propia personalidad y sobre quienes recaban todas las carencias.

Porque lo triste es que las pobrezas no están aisladas unas de otras. Cuando uno visita el tercer mundo o sectores de marginación, ve que donde hay pobreza, hay hambre, marginación social, ignorancia, enfermedad, miseria, explotación... hay también como una actitud conformista con esta situación de la que se ven incapacitados para salir. Han perdido la ilusión y la esperanza.

Hay también otro tipo de pobreza que se va extendiendo cada día más en los países industrializados. Es la pobreza de la amistad que desemboca en una soledad asfixiante; es la falta de ilusión por la vida, aunque se disponga de bienes materiales. Cada día se acentúa más la insatisfacción de tanta gente que no encuentra sentido a la vida, que huyen de afrontar responsabilidades y que buscan refugio en los placeres del sexo y de la droga y se van metiendo cada día más en la espiral de la degradación moral y física.

Prescindamos de momento de si determinados pobres de cualquier tipo, lo son por culpa suya o por haber sido instrumentalizados por los demás. La realidad sangrante de la pobreza está ahí golpeando fuerte a la puerta de nuestra conciencia pidiendo una respuesta y una solución a tantas miserias como está sufriendo el hombre de hoy.

RAÍCES DE LA POBREZA

La primera pregunta que nos hacemos ante esta realidad, como ante cualquier otra que no acabamos de entender, es “¿por qué?”. Y los cristianos, al reflexionar sobre el por qué de las cosas, hemos de partir, de

entrada, de nuestra concepción del hombre y del mundo. Únicamente desde nuestra fe podemos encontrar una respuesta válida a cualquier problemática humana y aportar nuestra colaboración desde la vivencia de la caridad, que debemos tratar de vivir coherentemente con nuestra fe. No podemos entremezclar con nuestra visión cristiana distintas ideologías por muy arraigadas que estén en el ambiente. Hemos de ser coherente con nuestra fe; de lo contrario ni se puede hacer una reflexión seria ni se puede dar con la auténtica solución a los problemas que están planteados.

La primera impresión que sentimos al plantearnos el problema de la pobreza en el mundo es que ésta es contraria al plan de Dios sobre el hombre. Y esto es así tanto si la miramos en su sangrante realidad como en las causas que la producen. Verdades básicas de nuestra fe son que Dios es padre de todos los hombres; que todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre celestial; que Dios ha creado el mundo para que fuese como el hogar de toda la familia humana; y que ha creado las cosas para que sirviesen a todos los hombres y que todos las compartiesen como se comparte todo fraternalmente entre hermanos. Por

tanto la pobreza es contraria al proyecto de Dios sobre el hombre.

La pobreza, pues, no la ha creado Dios; no tiene a Dios como autor; la hemos fabricado los hombres; la pobreza no es querida por Dios. ¿Cómo va a querer Dios la deshumanización de tantos hijos suyos a quienes ama con una intensidad de la que no tenemos ni idea? ¿Cómo va a querer que unos hijos suyos exploten y marginen a otros hombres que también son hijos? Dios es el primero en querer sacar a los hombres de la pobreza. En la Sagrada Escritura se nos habla muchísimas veces de que Dios asume la causa de los pobres. Está a favor suyo y les promete la liberación, ha oído el clamor de sus hijos pobres y acude en su ayuda.

Cuando tratamos de las causas de estas situaciones de pobreza, se oyen voces que descargan sobre la sociedad toda la culpa. El hombre es un ser bueno, dicen, a quien la sociedad hace malo y egoísta, y empiezan a aparecer las tensiones y las luchas que tienen como resultado la instrumentalización del hombre por el hombre y, por tanto, las situaciones de pobreza estructural y personal.

Pero desde una concepción cristiana del hombre y de la sociedad, el hombre no es un ser bueno al que la sociedad convierte en malo; el hombre no es un ser feliz al que la sociedad hace desgraciado; el hombre no es un ser libre al que los demás esclavizamos. Para el cristiano, el hombre ha sido creado en un estado de justicia, de libertad y de santidad. Pero ha intervenido la realidad del pecado en nuestros primeros padres, pecado que se nos transmite a todos sus descendientes. Y el pecado, que es todo lo contrario del amor, ha hecho que el hombre tenga una tendencia a replegarse sobre sí en vez de abrirse a Dios y a los hermanos.

Desde esta realidad de pecado, en vez del culto debido a Dios aparece el culto a sí mismo con el egoísmo; en vez de la fraternidad y de la unidad, aparece el egoísmo y la división; en vez de la actitud de compartir con los demás, aparece el deseo de apropiarse de lo que pertenece a otros; y en vez de la justicia con el respeto a los derechos de todos, aparece la opresión y la imposición de la ley del más fuerte. Y bajo esta realidad del pecado empieza a desarrollarse la historia de la Humanidad.

Este pecado, que anida en el corazón del hombre, pasa al exterior. El hombre trata de asegurar su dominio sobre los demás y aparecen las estructuras injustas que favorecen el predominio de los poderosos sobre los débiles. Las cadenas que esclavizan al hombre por dentro salen fuera y se va extendiendo, en la vida social, el dominio del pecado sobre los hombres; y se van multiplicando los pobres y los marginados. Se les va haciendo la vida imposible a unos y a otros con tal de mantener los privilegios por los que uno se siente seguro de sí mismo. Y estas actitudes aparecen en los distintos niveles en que se desenvuelve la vida del hombre, desde la familia hasta las relaciones internacionales. Y como el pecado es la triste herencia que tenemos todos, siempre habrá pobres entre nosotros. Habrá pobres mientras haya pecado. Sólo superando el pecado podrá superarse la pobreza.

Desde esta misma perspectiva de fe, vemos que el hombre está incapacitado para superar por sí mismo las causas que producen la pobreza; y está incapacitado porque lleva el pecado dentro de sí y repercute en sus actuaciones de cara a los demás. Es imposible construir un edificio sólido con maderas carcomidas; y

la situación real del hombre por el pecado que hay en él es precisamente ésa, la de una madera carcomida. De ahí la necesidad de que la salvación le venga de fuera. Y esta salvación es lo que el hombre está esperando desde que Dios le prometió un salvador.

Esta salvación que Dios ha prometido y que va a realizar por medio de su Hijo Jesús y que seguirá realizando en la historia a través de su presencia en la Iglesia, no consiste en la revolución social que algunos pretenden, en el sentido de que los oprimidos van a estar arriba y los opresores abajo. Se trata de una revolución en el amor, ha venido a salvarnos situándonos á todos al mismo nivel, al nivel de la fraternidad y de la hermandad. Ha venido para hacer del mundo lo que siempre debió ser: un hogar para toda la familia humana donde, porque todo se comparte, no exista esa realidad de pobreza que impide a tantos hermanos ser verdaderamente hombres y sentirse a gusto en el hogar común del mundo considerado como la casa del Padre.

Las cadenas que esclavizan al hombre están fuera y dentro de él. Lógicamente, puesto que Cristo ha venido para romper todas las cadenas, quiere que se rompan todas y trató de romperlas todas. No vale

escudarse en una liberación futura cuando podemos y debemos ayudar a romper las cadenas que esclavizan al hombre desde fuera con la injusticia y la instrumentalización.

BIENAVENTURADOS LOS POBRES

Quien se siente encadenado es quien puede alegrarse ante el anuncio del salvador. Y es precisamente en la realidad de la pobreza donde adquiere una resonancia especial el mensaje de Jesús. Se trata de un mensaje que se nos ofrece desde arriba, desde la acción salvífica de Dios que se nos manifiesta en Cristo. Los pobres ya están desilusionados de tantas promesas de salvación que han desembocado en nuevas esclavitudes. El cristiano no puede prescindir de esta realidad sobrenatural que se nos revela en Cristo anunciando la salvación a los pobres. Sin embargo, hacer consistir la acción salvífica de los pobres en unas realizaciones puramente humanas, equivaldría a ir acumulando desesperanza sobre desesperanza y a que fuesen apareciendo situaciones nuevas de opresión y de instrumentalización.

Sin embargo, esta salvación tampoco podemos reducirla a un empeño por la desaparición de la pobre-

za material sobre todo cuando hay cierto revanchismo. Ni podemos sentirnos ajenos ante el clamor de los pobres en lo material, pero tampoco podemos reducir la ayuda a lo material. La ayuda que Cristo prestó a las necesidades materiales de los pobres la presentó como una señal de que había llegado el Reino de Dios. Pero estaba apuntando siempre también a una nueva realidad, la de construir un nuevo mundo donde todos se sintiesen hermanos sentados a la misma mesa presidida por el Padre celestial. Y, a su derecha, nuestro hermano mayor, Cristo.

Por eso, cuando llega Jesús, el salvador enviado por Dios, puede decir “*bienaventurados los pobres*”. Son bienaventurados porque la pobreza tiene solución; la bienaventuranza va dirigida a los pobres, no a la pobreza. Bienaventurados, porque Dios se interesa por ellos, porque se pone de su parte, porque los va a levantar de su abatimiento, porque sale en su defensa, porque los va a liberar de su pobreza, porque son los hijos de Dios que más sufren.

El pobre se siente solo y abandonado a su propia suerte, y cuando busca salida a su situación y no la encuentra, puede percibir en Cristo la cercanía de

Dios; consciente de su pequeñez, extiende sus brazos a Dios clamando por una salvación que no encuentra en ninguna parte. El sufrimiento, la soledad y la pequeñez que experimenta le van abriendo a la salvación que Dios le ofrece. Pero es preciso reconocer que la salvación que Dios le ofrece no coincide muchas veces con sus deseos de ser salvado, quizá porque no percibe otras esclavitudes que tiene y de las que Dios quiere también salvarle. Es como el caso del médico que diagnostica otras enfermedades más graves que aquella que le produce más dolor al enfermo y de las que éste no es consciente. La salvación que nos ofrece Jesús no es para quitarnos el dolor, sino para darnos la salud plena a fin de que podamos realizarnos en libertad como hijos de Dios. El encuentro con Jesús es como un punto de arranque para la construcción de un mundo nuevo en la amistad y en la fraternidad; esta construcción empieza por uno mismo y se continúa forjando una nueva Humanidad.

Vemos dos clases de pobreza; una aparece a simple vista en su propia materialidad, es lo que corrientemente llamamos pobreza. Jesús liberó de esa pobreza a quienes se acercaban a Él. Y sigue liberando

actualmente de la misma a través de los cristianos que en su nombre se acercan a lo que podríamos llamar el mundo del dolor, de la enfermedad y de la injusticia.

Pero hay otra pobreza que no es terminal como ésta, sino más bien radical, es decir, causa de otras muchas pobrezas que sufre el hombre. Una pobreza que es más difícil de reconocer en sí mismo, pobreza que es común a ricos y a pobres. Y aquí cabe incluir el orgullo, la autosuficiencia, el egoísmo, la avaricia, el ansia de poder, el despotismo, la venganza. Son todas esas actitudes que anidan en el corazón del hombre y que también le impiden ser verdaderamente hombre. Si el rico no cambia su corazón, seguirá siendo un opresor; y si no lo cambia el pobre, será siempre un posible futuro opresor. Salir de la pobreza material no equivale a superar la tendencia que tiene el hombre a instrumentalizar a los demás. No es fácil reconocer en el propio corazón esta debilidad originada por el pecado; y no es fácil ni para unos ni para otros.

LOS POBRES DE ESPÍRITU

Salir de esa situación requiere, en primer lugar, ser consciente de ella. Lo mismo que para salir de una en-

fermedad se requiere ser consciente de que se tiene. Así como la fiebre es un síntoma de que se tiene una infección, la pobreza material es un síntoma de que el hombre tiene una infección por dentro, la infección del pecado. Hay que ir a la raíz si queremos curar la infección; hay que ir a la raíz de la pobreza material si queremos una plena curación; y la raíz es el pecado que anida en el corazón del hombre, de todos los hombres. Desde el momento en que el hombre es consciente de dónde está la raíz de su mal y de los males del mundo y quiere realmente salir de esa situación es cuando se convierte en pobre de espíritu, pobre porque se siente oprimido por el pecado; pobre porque se siente sin fuerzas para superarlo; y pobre porque espera la salvación de alguien que pueda superar el pecado que hay en él y en los demás.

Desde esta situación conecta con la salvación que le ofrece Jesús. Él no puede hacer nada para superarse, pero lo puede hacer el Señor; él no puede salir, pero el Señor lo puede sacar. Sólo cuando es consciente de ello es cuando abre su corazón a la esperanza y a la confianza en el Señor. La fe en Jesús es el segundo paso después de haber dado el primero que es ser cons-

ciente de su propia realidad de pecado. Es cuando el hombre se abre a la aceptación del mensaje salvador de Jesús.

Por eso, la bienaventuranza de San Lucas, “*bienaventurados los pobres*”, se complementa con la de San Mateo, “*bienaventurados los pobres de espíritu*”. Y es que la salvación de Jesús es radical: Jesús ha venido a salvar a todo el hombre, ha venido a liberarle de toda pobreza. Para conectar con esta salvación es necesario ser conscientes de nuestro pecado, como es necesario ser conscientes de estar enfermos para aceptar al médico. Esto es válido para pobres y para ricos. Tanto unos como otros empiezan a ser pobres de espíritu desde el momento en que son conscientes de su realidad de pecadores y aceptan la Salvación que les ofrece Jesús.

Y aquí es donde debemos empezar a reflexionar en serio todos, también tú y yo, para ver si realmente nos encontramos dentro del campo de los pobres de espíritu. Porque solemos tener una tendencia muy fina a evitar los compromisos cristianos, sobre todo cuando ello nos supone un cambio radical de nuestras actitudes. De ahí que admitamos con relativa facilidad que

lo importante es ser pobres de espíritu y que se puede ser pobre de espíritu viviendo cómodamente.

En primer lugar, si Cristo ha venido a quitar radicalmente la pobreza del mundo, quiere quitar la pobreza material, y la quiere quitar a través de los cristianos que somos los continuadores de su obra. Ser conscientes de nuestro pecado supone empezar en serio a ser pobres de espíritu. Supone, por tanto, estar dispuestos a salir de esa situación y dispuestos a ello por el único camino válido que es la vivencia de la caridad. Es inconcebible una liberación personal del pecado y de las consecuencias del mismo sin un compromiso por la liberación de los demás. En otras palabras, el cristiano liberado se debe convertir en liberador de los hermanos. De tal manera hemos de entender esto que sólo en la medida en que somos liberadores, somos liberados. Es la traducción del precepto del amor cristiano.

Por tanto, si yo tengo lo que el otro necesita ¿cómo puedo sentirme liberado si no estoy dispuesto a compartir con él? Y si comparto mis bienes con quienes no tienen bienes que compartir conmigo ¿mi pobreza de espíritu no me está conduciendo a una po-

breza material? ¿No fue éste el estilo de Jesús a quien nosotros debemos imitar? No nos engañemos: el camino de la pobreza de espíritu lleva a la pobreza material, sobre todo cuando uno es consciente de las gravísimas carencias de tantos hombres, dentro y fuera de nuestra patria, hombres a quienes consideramos como hermanos.

Quizá uno de los signos más claros de que estamos caminando por la pobreza de espíritu sea la facilidad con que vamos compartiendo y, por tanto, desprendiéndonos de nuestros bienes y de nuestro dinero sin perder la paz; y lo mismo que decimos del dinero lo podemos decir de cualquier cosa por muy querida que nos sea. Es cuando estaremos demostrando que vamos siendo espiritualmente libres porque no nos sentimos poseídos por nada ni por nadie, sólo por Dios. Y la pobreza de espíritu más que en no poseer consiste en no ser poseído; y si uno no es poseído, comparte todo según las necesidades de los hermanos. Es lo que Cristo hizo y lo que debemos hacer nosotros si tomamos en serio la liberación que nos ofrece.

En toda la Sagrada Escritura hay una fuerte insistencia en que el hombre ponga su confianza en el

Señor. Dios va purificando a su pueblo de todas las seguridades humanas para que se vuelva a Él. Y el pueblo trata de buscar sus propias seguridades independientemente de Dios.

En el Antiguo Testamento, el pueblo se volverá constantemente a los ídolos y Dios les irá desposeyendo de todo aquello que el pueblo cree conseguir por los ídolos. Le irá purificando de las seguridades que cree obtener a través de ellos. Le irá haciendo un pueblo pobre y le estimulará para que ponga en Él la confianza que está poniendo en los ídolos.

En el Nuevo testamento, Jesús insistirá en esa misma idea, invitándonos a desterrar de nosotros todo lo que suene a autosuficiencia, en lo material y en lo espiritual. La confianza en el Padre es una constante en su predicación. Debemos desposeernos de todo, hasta de la propia vida. Vuestro Padre sabe de lo que tenéis necesidad. Hasta nuestro pan de cada día se lo hemos de pedir. Nos dice que no atesoremos, que no nos preocupemos por nuestro futuro; que si el Padre cuida de los pajarillos del campo, mucho más cuidará de nosotros que somos sus hijos. Y en cuanto a la autosuficiencia espiritual, la parábola del fariseo y del

publicano explica con toda claridad la incapacidad del autosuficiente para conectar con el Reino.

También el hombre actual trata de asegurar su bienestar y su futuro al margen de Dios. También da culto a los ídolos del bienestar, del consumismo, de las riquezas y del poder. También trata de asegurarse el porvenir. También se resiste a poner su confianza en el Señor. El mismo hombre y la misma problemática de siempre.

De cara a esta confianza en el Señor hasta llegar a una auténtica pobreza de espíritu, es extraordinariamente positiva la experiencia de la pobreza en cualquiera de sus vertientes. El pobre en bienes materiales es consciente de su pequeñez, se siente marginado y defraudado por aquellos en quienes ha puesto su confianza. Ni confía en sí ni confía en los demás. Tiene la puerta abierta para confiar solamente en el Señor. Lo cual no quiere decir que tenga la pobreza de espíritu evangélica por el mero hecho de su pobreza material, pero lo cierto es que su experiencia le supone un paso positivo para abrirse al Señor.

La experiencia de pecado puede también ayudar al hombre a adentrarse por el camino de la confian-

za en el Señor. Pedro, que en alarde de autosuficiencia le dice al Señor: “*te seguiré adonde vayas*”. Cuando, después de la negación, Jesús le pregunta si le ama, le contesta: “*Señor, tú sabes que te amo*”: una confesión de amor muy humilde y no por ello menos fuerte. La experiencia de la propia pobreza y del propio pecado supone una purificación interior que permite a los pobres y a los pecadores ser los primeros en el Reino de los cielos. De hecho están desprendidos de los bienes y de la autosuficiencia y ello les permite dar pasos firmes y seguros para estar también desprendidos de corazón.

LAS DOS POBREZAS

Jesús conjuga perfectamente esa doble dimensión de pobreza, la material y la de espíritu. Su vida es materialmente pobre porque no ha puesto su confianza en nada ni en nadie, sólo en su Padre, nace pobre, vive pobre y muere pobre, incomprendido por los hombres, pero comprendido por el Padre y comprendiendo al Padre. Ha confiado en Dios, que venga Él y lo salve, decían sus enemigos mientras Él estaba en la cruz. Pero Él siguió confiando hasta en el momento del supremo fracaso en la cruz y en la muerte.

Al mismo tiempo que los pobres son sus preferidos porque son los hijos de Dios que más sufren, invita a vivir la pobreza espiritual como la única actitud correcta para darle entrada a Dios en la propia vida. Su amor va dirigido a todos los hombres, pero sus predilectos son los que sufren. Él no ha venido para condenar sino para salvar, y para salvar a todos, también a los autosuficientes, a quienes invita a bajarse de su autosuficiencia y a compartir con los necesitados. La dureza de las palabras que les dirige es, más que una condena, una llamada para que cambien de actitud.

Es tal el cariño que muestra hacia los que sufren, que la gente acude a Él de todas partes, le traen enfermos con toda clase de dolencias y los cura a todos. Y es digno de notarse que en algunos casos, cuando está ante los enfermos, como apuntando a la fuente y raíz de las desdichas del hombre, les dice antes de curarlos, “*perdonados te son tus pecados*”. Está ofreciendo una salvación integral, del alma y del cuerpo. Y como el desprendimiento se hace visible por medio de las obras, su vida es un total servicio, no ha venido a ser servido, sino a servir. Y nos invita a servirle a Él en nuestro servicio a los hermanos. Está tan identificado

con los pobres que en la escena del juicio final admite como hecho a El el servicio que se hace a los pobres.

El sermón de las bienaventuranzas es un canto a la pobreza. Alaba el gesto de la viuda que echa en el cepillo del templo todo lo que tiene, aunque sea muy poco (Mc. 12, 41-44); nos advierte sobre los peligros que la riqueza lleva consigo y que no hay que amontonar en los graneros pensando asegurar así el futuro (Lc. 12, 16-21); invita al joven rico a vender todos sus bienes y a seguirle (Mt. 19, 21); y afirma rotundamente, con una imagen muy expresiva, que es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que un camello pase por el ojo de una aguja (Mt. 19, 24).

Toda esta enseñanza sobre la pobreza la ratifica con su vida. Él vive en su propia carne la confianza absoluta en el Padre, desposeyéndose de todo lo que le supusiese alguna seguridad al margen de la plena y total confianza en el Padre. Ni siquiera tuvo en cuenta su categoría de Dios. El texto de Filp. 2, 6-11 es impresionante. Se anonadó hasta la muerte y muerte de cruz. Quiso despojarse de todo, desprenderse de todos. Su único punto de apoyo, el Padre. Y, aunque toda la seguridad y confianza que Él pone en el Padre parecen

fallar en el momento de la cruz, el Padre, resucitándolo de entre los muertos, ratifica que vale la pena confiar y poner en Él toda nuestra seguridad. La cruz y la pobreza que ella significa, es el poder y la sabiduría con que contamos los creyentes en Jesús. Es nuestra riqueza y nuestra seguridad.

LA POBREZA COMO IMITACIÓN DE JESÚS

Nuestro proyecto de pobreza lo hemos de relacionar con la pobreza de Jesús. La actitud de desprendimiento que vivió Jesús con respecto a los bienes de este mundo, es la que hemos de vivir los que creemos en Él si, de verdad, queremos incorporarnos al Reino. Nuestra pobreza habrá de ser signo de nuestra incorporación al Reino, y si es signo se habrá de traducir en hechos. Nos hacemos pobres no para ser como los pobres, sino para ser como Jesús.

La situación de pobreza habrá de ser buscada y aceptada como fruto de nuestra opción por Jesús. A imitación suya, no hemos de basar nuestra seguridad en las riquezas, sino en nuestra adhesión a la voluntad del Padre.

Y como la seguridad que ponemos en Dios no es compatible con la seguridad que ponemos en otras cosas, el cristianismo debe renunciar a las seguridades que buscan otros.

El cristiano busca su seguridad, pero no la busca donde la buscan los demás; busca en otra parte lo que necesita para ser persona y para vivir, con la particularidad de que lo encuentra, mientras que los demás no. Y al buscar lo que necesita para realizarse como persona, no olvida que su personalidad la ha de ir forjando en su vinculación a Dios por el amor y teniendo en cuenta todos los valores que descubre desde su fe.

Desde esta perspectiva hay que entender la bienaventuranza dirigida a los pobres de espíritu. Jesús los llama bienaventurados no porque tengan o dejen de tener, sino porque se han situado en la perspectiva de Dios. Su bienaventuranza va dirigida no a la pobreza, sino a los pobres, a los que son materialmente pobres porque Dios va a situarse a su lado, y a los que han optado voluntariamente por la pobreza porque han sido capaces de renunciar a seguridades humanas y de poner su vida junto a la vida de Jesús; por eso son capaces de actuar como Jesús y saben ver, como Jesús, el rostro

de Dios desfigurado en el hermano que sufre cualquier clase de pobreza.

Este tipo de pobreza evangélica, por encarnar la actitud de pobreza de Jesús, es la que va transformando la historia humana en Historia de salvación, de salvación universal, de los que son pobres y de los que se hacen pobres por el Reino de los cielos. De ahí que San Francisco nos hable de desnudez interior en el sentido evangélico de despojarnos del hombre viejo para revestirnos del hombre nuevo. De ahí también que San Juan de la Cruz nos hable de las nada, diciendo en uno de los varios pasajes en que trata de esta cuestión: *“para venir a poseerlo todo, no poseas algo en nada”* (Sub. 1,11,13). De ahí también que Santa Teresa, insistiendo en la radicalidad de la pobreza evangélica, nos diga que Dios se nos da en la medida en que somos capaces de darnos a Él: *“toma lo que le damos mas no se da a Sí del todo hasta que nos damos del todo”* (Cam. 28,12).

Y ves que la pobreza es la actitud lógica de quien ha tomado en serio a Dios en su vida. Porque aunque la riqueza no es un mal en sí, no está exenta de peligros, especialmente del peligro de aprisionar el

corazón, desconectándolo de Dios y haciéndolo insensible a las necesidades y a los problemas de los hermanos.

Por eso podemos decir que la gran ventaja de la pobreza consiste en que las cosas no nos tengan a nosotros, más que en que nosotros no tengamos cosas; porque hay quien no tiene nada pero está aprisionado por el deseo de tener. El pobre evangélico se libera de la dependencia de las cosas para depender totalmente del Señor, para que sea el Señor, y no las cosas, quien se apropie de él. En este sentido se han de entender las palabras de Jesús de que nadie puede servir a dos señores, de que no podemos servir a Dios y a las riquezas. Las riquezas nos atan y nos condicionan. En la medida en que somos poseídos por ellas, perdemos ligereza y movilidad para servir a Dios y a los hermanos. Por eso es necesario arrojar lastre, y como lastre hemos de considerar incluso nuestra propia vida, según aquello del Evangelio de que hay que perder la vida para volverla a encontrar. En Cristo volvemos a encontrar todo lo que hemos perdido por Él: encontramos la seguridad que hemos buscado y que no hemos podido encontrar en las cosas que hemos dejado. En la medida en que

nos vamos desprendiendo de seguridades, vamos encontrando la seguridad. Como en el caso de un incendio en que vamos arrojando fuera de la casa todo aquello que más apreciamos y que queremos salvar, cuando arrojamus fuera de nosotros las cosas en las que ponemos nuestras seguridades, las encontramos de nuevo, pero venidas de las manos del Señor, que es quien nos da nuestra inquebrantable seguridad.

El pobre evangélico resitúa su vida ante el Señor, reorienta hacia Él todas las cosas, las valora según Dios y las pone en su verdadero lugar. Por eso el pobre es capaz de ponerse confiadamente en manos de Dios, de abandonarse en Él, es capaz de esperar contra toda esperanza, es capaz de orar y de confiar, es auténticamente libre como lo fue Jesús, libre de las cosas y libre para el amor. La vida del pobre es un eco de aquellos pasajes evangélicos en que se entona un cántico a la confianza en el Señor. Aquello de Mt. 6, 26, de los pajarillos y de los lirios del campo; la oración confiada del publicano en Lc. 18, 13; la exigencia de renunciar a todo para ser discípulo de Jesús en Lc. 14, 33; la necesidad de venderlo todo para comprar el campo donde está el tesoro o para adquirir la piedra preciosa en Mt.

13, 44-46; la necesidad de liberarse del dinero para poder servir a Dios en Mt. 6, 24; el no procurarse oro ni plata ni calderilla para el camino en Mt. 10, 9. Todo ello nos está hablando del valor evangélico de la pobreza. Pero más que estas frases concretas, ¿no es todo el Evangelio un canto a la pobreza?, ¿no lo podemos resumir todo él en una invitación a confiar en el Señor y sólo en el Señor?, ¿no es el amor del Padre en quien debemos confiar plenamente, el nervio del Evangelio predicado por Jesús?

El mensaje de Jesús es una invitación a la pobreza, pobreza que debemos tratar de vivir a pesar de que, humanamente hablando, se trate de algo superior a nuestras fuerzas. Pero nuestra confianza está puesta en el Señor, y, como nos dijo Jesús al hablar de esta cuestión, para Dios no hay nada imposible. Ser pobre es un don del Espíritu. El Espíritu va trabajando en el corazón de cada hombre; nos va haciendo comprender el misterio de la cruz del Señor; nos va haciendo descubrir el poder y la sabiduría de Dios que se encierra en la debilidad, en la locura de la cruz; nos va haciendo percibir que en la cruz tiene la pobreza cristiana su sentido espiritual más profundo; y va llenando con su

presencia el vacío que se produce en nosotros a medida que vamos tomando en serio la vivencia de la pobreza y nos vamos desprendiendo de todo lo que no es Dios.

SENTIDO DE LA POBREZA

La pobreza, como cualquier otra virtud cristiana, no hay que considerarla en sí ni aislada de las demás virtudes, sino en función del Reino. La pobreza es “para”. Y en este sentido, hemos de verla en función de recomponer al hombre roto por el pecado, roto por fuera y por dentro.

En una explicación cristiana de la pobreza ha de estar subyacente, como ya dijimos, el sentido y la concepción del hombre en todas sus vertientes y de la obra de Cristo. El Reino de Dios es el valor fundamental al que hay que subordinarlo todo y, precisamente por la pobreza se vive y se manifiesta la importancia y la grandeza de los bienes del Reino.

En función de estos bienes se es pobre y se acepta la cruz del Señor. En la medida en que se opta por el Reino se optará por la pobreza; la opción por ésta será radical cuando sea radical la opción por el Reino. En este sentido llama la atención la pobreza de Francisco

de Asís que podríamos definir como una vida sin propiedad. Todo, hasta las flores, es propiedad de Dios. Tan despreocupado está de la propiedad incluso de la del propio salario, que dice en su testamento: “*siempre que se nos negó el salario, recurrimos a la mesa del Señor pidiendo limosna de puerta en puerta*”.

Y si el Reino se realiza por el precepto del amor, debe ser la caridad la que informe tanto la pobreza de corazón como su manifestación externa. Una pobreza que no parte de la caridad y que no se resuelve en ella, no es una pobreza cristiana; puede haber mucho orgullo o muchos intereses creados bajo la capa de algunas pobreza. La auténtica pobreza está en el despojo de toda propiedad sobre las cosas y sobre nosotros mismos, no sólo sobre los bienes materiales. Cuando el Papa decía que todos los bienes tienen una hipoteca social, estaba señalando la primacía de la caridad en la posesión y en el uso de los bienes.

Pero esto es válido no sólo para los bienes materiales, sino para todos los bienes. Hasta yo personalmente he de considerarme un bien en este sentido. También yo, con mis cualidades personales, tengo una hipoteca social. Ni soy señor de mis cosas ni tampoco

lo soy de mí; ni soy para mí ni mis cosas lo son, por muy mías que sean. Desde el momento en que nos situamos en la órbita de Dios, yo y mis cosas estamos en relación con el Reino de caridad que ha venido a establecer Cristo.

El pobre evangélico renuncia a poseer y opta por ser poseído sólo por Dios, y como es poseído por sólo Dios no es poseído por nadie más. De ahí su libertad para servir a Dios y a los hermanos; de ahí la fuerza de su compromiso: no tiene nada que perder porque lo ha entregado todo; ni siquiera se posee a sí mismo; ni su vida la guarda para sí, por eso no teme nada ni a nadie. Ahí radica la grandeza y la fuerza extraordinaria de la pobreza: el pobre se ha situado en Dios y la fuerza de Dios es su propia fuerza; la debilidad aparente del pobre se convierte en la fuerza y el poder de Dios. Esa fuerza que la gente va buscando y no encuentra, la tiene el pobre desde el momento en que se sitúa en la vertiente de Dios. Por eso la pobreza evangélica, más que un fracaso, es el triunfo de quien ha optado por seguir a Cristo en la verdadera libertad. El pobre evangélico es un privilegiado en vez de un fracaso.

Claro que si no queremos que nuestras palabras sobre la pobreza suenen a hueco, no podemos hablar de la pobreza desde la riqueza. Hablar de las excelencias de la pobreza desde una situación de riqueza, equivaldría a insultar a los pobres. Sólo desde nuestra situación de pobreza podemos invitar a los demás a ser pobres; y sólo desde esta situación podremos solidarizarnos con los pobres. Sólo en la medida en que imitemos la pobreza de Cristo nos estaremos comprometiendo con los hermanos en nombre también de Cristo, porque nos estaremos olvidando de nosotros y de nuestras cosas y preocupándonos por la construcción del Reino en la caridad y en la justicia según el espíritu de Cristo.

Dios no puede ser el gran ausente en la lucha por la dignificación del hombre porque es quien realmente lo dignifica y lo salva. Por eso es desde nuestra vinculación a Él desde donde tenemos posibilidad de colaborar con El en la construcción del Reino. También el estilo de Jesús nos marca el camino para descubrir y ayudar a descubrir las relaciones de hermandad y de fraternidad que se extienden mucho más allá del reducido grupo de familiares y de amigos. Hemos de saber ver, desde nuestra integración en Jesús, la prima-

cía de los valores del hombre, que no son los valores materiales tan en boga en nuestra sociedad. Aunque también hemos de saber dar la debida importancia a los bienes materiales necesarios para una vida digna y humana y comprometernos para que sean justamente repartidos a fin de que todos los hombres puedan participar de ellos, puesto que han sido dados por el creador para que estén al servicio del desarrollo de todos los hombres.

No podemos refugiarnos en la consideración de que los bienes materiales no son los más importantes para estar ausentes de las tensiones sociales como si fuesen de poca importancia las cuestiones que se ventilan en ellas. La excesiva acumulación de riqueza en manos de unos pocos impide a otros muchos conseguir su plena realización personal; la excesiva abundancia de los países ricos repercute en las gravísimas carencias en los países pobres. Los bienes materiales han sido dados por Dios para disfrute de la Humanidad. Y cuando uno se apropia de ellos más de lo debido, impide que otros usen de esos bienes a los que tienen derecho. En los bienes sucede lo que en los vasos comunicantes: el agua sube en unos a costa de bajar en otros.

Por eso hay cada día gentes y naciones más ricas a costa de otras que van siendo cada día más pobres. Y como esas actitudes no contribuyen a crear un orden social más justo ni contribuyen a la realización del Reino de Dios, ahí tenemos los cristianos una tarea que cumplir desde la vivencia de nuestra pobreza evangélica.

En esto, como en todo, hemos de tener una extraordinaria rectitud de corazón porque también hay muchos intereses creados en la lucha por los pobres. Hay quien no es capaz de mover un dedo en favor de cualquiera, por muy hundido que esté en la miseria, si no ve una rentabilidad más o menos inmediata en su actuación. Son capaces hasta de instrumentalizar al más necesitado en provecho de sus intereses personales; por lo menos, les interesa que se vea que hacen mucho por los pobres y marginados.

Por eso decía antes que sólo desde la pobreza se puede actuar en favor de los pobres. Nuestra opción por los pobres es una opción para liberarlos, al mismo tiempo que para liberarnos. Uno es capaz de liberar sólo en la medida en que esté liberado. Sería ingenuo pretender una liberación de los demás si uno no pone

el máximo empeño en ser, al mismo tiempo, liberado. Y es la vivencia de la pobreza evangélica lo que nos permite la propia liberación personal.

Se trata de una imitación de la pobreza de Cristo llevada hasta las últimas consecuencias: sólo poniendo, como Él, nuestra confianza en el Padre, seremos capaces de contribuir con Él a la liberación de los hombres. Desposeernos de todo tipo de riquezas, ése es el camino. Recuerdo a este propósito lo que decía Foucauld: *“no sé si habrá alguien que pueda contemplarte en el pesebre y seguir siendo rico, yo no puedo”*. Lo mismo cabría decir de la contemplación de Cristo en la Cruz.

RELACIÓN CON OTRAS VIRTUDES

Todas las virtudes cristianas forman como un entramado animado y vivificado por la caridad. Todas ellas vienen a ser distintas expresiones y manifestaciones de la vida que hay en nosotros, y según sean las circunstancias en que nos movemos, se manifestará una u otra. La pobreza está en la base de la actuación de Dios sobre nosotros. En el proceso de nuestra santificación, es Dios quien nos va modelando a imagen de su Hijo. La pobreza es condición indispensable para la actitud

de disponibilidad ante Dios. Le deja las manos libres para que pueda conducirnos a su gusto.

De ahí la conexión de la pobreza con la obediencia. No hay auténtica obediencia sino en la medida en que somos capaces de renunciar a nuestros propios criterios para asumir los criterios de Dios, en la medida en que van desapareciendo nuestras propias seguridades, en la medida en que vamos liberándonos de nuestras ataduras y dependencias de cosas y de personas.

Por eso se conecta también con la oración, sobre todo con la oración de petición y de intercesión, que vienen a ser la expresión clara de nuestra pobreza y de nuestra indigencia ante el Señor. En la medida en que por la pobreza vamos desconfiando de nosotros mismos conscientes de nuestra pequeñez, por la oración vamos poniendo nuestra confianza en el Señor. La pobreza es, por tanto, condición necesaria para orar bien. Recuerda aquellas oraciones tan bonitas y confiadas que nos ofrece el Evangelio. La del leproso: *“Señor, si quieres puedes limpiarme”*. Era un hombre consciente de su incapacidad para salir de su enfermedad. La del publicano en contraposición con la del fariseo: *“Señor, ten compasión de mí que soy un pobre*

pecador”. La de San Pedro, después de tener la experiencia de su pequeñez al negar al Señor: “*Señor, Tú sabes que te amo*”. La de la Virgen en el magnificat, es la oración de un corazón pobre que entona un cántico de alabanza al Señor, consciente de su pequeñez y de la grandeza del Señor.

La pobreza está vinculada también con la humildad y forma cuerpo con ella. El humilde es el que sabe situarse correctamente ante Dios y sabe ponerse en el lugar que le corresponde, y ante Dios no caben lugares de privilegio. El humilde ha de ser necesariamente pobre; ha de sentir sobre sí el peso de su pequeñez y de su pecado; en la medida en que se siente pobre, está en condiciones de aceptar el desprecio, la incompreensión y cualquier lugar que nadie quiere.

Otra de las características de la pobreza es la sencillez, que consiste en acortar distancias y en vivir con la mayor naturalidad las situaciones que requieren una gran fortaleza. La sencillez no consiste en hacer cosas sin importancia, sino en no dar importancia al esfuerzo que se requiere para hacer las cosas más importantes. Por eso, pobreza y sencillez van unidas a la fortaleza.

A veces andamos demasiado preocupados por el esfuerzo que nos pueda suponer cualquier decisión o actuación, demasiado pendientes de lo que puedan pensar o decir de nosotros. El pobre está pendiente de lo que piensa de él el Señor, no los demás, y lo realiza con naturalidad por mucho esfuerzo que le suponga.

La pobreza, como todas las demás virtudes, está relacionada, sobre todo, con la caridad. Para amar hay que salir de nosotros mismos, hay que romper ataduras, hay que dejar de tenernos tan en cuenta como nos tenemos. El apego a nosotros es lo que nos impide amar a Dios y al prójimo. En la medida en que seamos pobres seremos capaces de amar. También por la pobreza hemos de ir haciendo desaparecer tantas estrellas con las que pretendemos iluminar el camino de nuestra vida, y por la caridad irá apareciendo el sol radiante del amor de Dios que nos inunda con su luz y anula la luz de las estrellas.

Precisamente por la relación que existe entre la pobreza y la caridad, si vivimos la pobreza a imitación de Cristo, viviremos, también a imitación suya, la caridad; esto nos llevará a una encarnación en los pobres para compartir con ellos las riquezas que vamos reci-

biendo de Cristo. Esta encarnación en la pobreza nos llevará a solidarizarnos con los pobres, asumiendo la dura realidad que ellos están viviendo para transformarla en una realidad de fraternidad. Este es uno de los objetivos fundamentales de la pobreza.

Vivir la pobreza desde la caridad o vivir la caridad desde la pobreza viene a ser aquello de que el orden de los factores no altera el producto. Poner al servicio de los demás todo lo que eres y todo lo que tienes, sin reservarte nada. Ahí entran vida, bienes, inteligencia, cultura, cualidades, tiempo, todo. Cierto que los que no tienen tu cultura, tus estudios o tus cualidades no podrán ponerse a tu nivel en estos campos; pero tú sí podrás ponerte a su nivel como Cristo se puso al nuestro, sin dejar de ser Dios, asumió nuestra causa, se vinculó a nosotros, hizo cuerpo con nosotros, asumió nuestros problemas y luchó en favor nuestro, no contra nadie, sino contra el pecado que hay en el hombre, en todo hombre. Este creo que deber ser nuestro estilo en una acción solidaria con los pobres: ayudarles a salir de la esclavitud del pecado, de los efectos del pecado, algunos de los cuales son muy visibles en el campo de la injusticia y de la mar-

ginación, y otros no menos graves, aunque no sean tan visibles a primera vista.

El objetivo de esta solidaridad o de este apostar fuerte por el hombre es ir realizando la igualdad por la fraternidad. No se trata de un paternalismo con aires de superioridad, sino de una promoción de todos los valores que hay en el hombre y que están empeñados por los pecados propios o ajenos. Por eso la pobreza está en función de la justicia y de la solidaridad. Y, desde luego, ten en cuenta que quien se solidariza con los pobres no obtiene ninguna ventada. Se sitúa en el nivel inferior de la sociedad con todas las consecuencias que ello supone. Con un inconveniente, además: que para los poderosos y para quienes están viviendo cómodamente a costa de unos y de otros, quien viene desde fuera a solidarizarse con los pobres, viene a reclamar y a defender los derechos de quienes están imposibilitados para reclamarlos por sí mismos. Por eso se vuelven contra ellos las miradas airadas de quienes están instrumentalizando a los pobres. ¿No podríamos encuadrar aquí a muchos de nuestros misioneros en los países del Tercer Mundo, especialmente en América Latina?

Resumiendo todo lo que te voy diciendo sobre la pobreza, a ver si te vale como definición de la misma la siguiente: pobre es aquel con quien todos se sienten a gusto y reconfortados. Y esto, porque al ser pobre, hace que su vida sea un don y comparte todo lo que es y lo que tiene; porque pone su vida junto a la vida de los demás; no se reserva para sí; acoge, comprende, ayuda, estimula. Sencillamente es una presencia de Cristo ante los hermanos. Es hermano entre los hermanos y todos nos sentimos a gusto con los hermanos.

SU VIVENCIA EN LOS INSTITUTOS SECULARES

Tu pobreza no es más que la pobreza cristiana, pero vivida con radicalidad. La manera concreta de vivirla desde tu consagración dependerá de las circunstancias en que te encuentres. No valen las recetas. No esperes, pues, que te diga muchas cosas concretas para vivirla. Sucede algo parecido cuando hablamos del amor materno. Las concreciones de este amor dependerán de las distintas circunstancias en que se encuentre la madre: lo importante es que la madre esté dispuesta a vivir hasta las últimas consecuencias su amor maternal. Esto

es lo realmente importante, pues no hay dos amores maternos plenamente coincidentes en su realización. Tampoco hay dos pobrezas plenamente coincidentes.

Lo importante es que quieras vivir, hasta sus últimas consecuencias, tu desprendimiento de todo y tu plena confianza en el Señor. Los modos concretos los irás encontrando en la medida en que vayas descubriendo nuevas metas y nuevos objetivos para ir respondiendo, sin medias tintas, a lo que el Señor te vaya pidiendo día a día. Tu decisión de vivir radicalmente tu pobreza es semejante a ese primer impulso del atleta cuando, al iniciar la carrera, se encoge para tomar un fuerte impulso de salida, después, sobre la pista, necesitará de un continuo esfuerzo para llegar a la meta. Tu consagración es como ese primer esfuerzo del atleta: tu vida debe ser coherente con ese primer impulso. No puedes, pues, dedicarte a pasear por la pista, has de continuar en tu esfuerzo y en tu superación constante.

La radicalidad de esta decisión es la misma que en los Institutos Religiosos. Siguiendo con los ejemplos deportivos, los Institutos Seculares y los Religiosos forman parte de un mismo equipo. En el mismo equipo están el portero y los delanteros, tienen misio-

nes distintas, pero todos deben tener la misma ilusión por conseguir el triunfo para su equipo, y todos deben poner el mismo esfuerzo para conseguir la victoria.

La radicalidad de unos y otros consiste en buscar al Señor y sólo al Señor; en trabajar por Él y sólo por Él; en renunciar a todo lo que, de alguna manera, empañe la transparencia con que debes manifestar la grandeza de los bienes del cielo. Te das totalmente al Señor y únicamente al Señor, y para ello renuncias a poseer cualquier cosa al margen de esta donación tuya al Señor.

En la medida en que vivas la radicalidad de esta donación tuya al Señor, habrás de plantearte cómo le estás dando tus bienes, porque si le das tu vida totalmente ¿qué sentido tiene no darle, también totalmente, tus bienes?; ¿qué sentido tendría no darle totalmente tu tiempo, tus cualidades, tu actividad?; ¿qué sentido tendría negarse a cambiar de profesión o de lugar de trabajo o de residencia si ello supone un mayor servicio a Dios y a los hombres?

Porque es que todas estas cosas a las que no nos atrevemos a renunciar, vienen a ser como un refugio y un seguro por si algún día nos volvemos atrás en nues-

tra decisión. Yo no soy quien para decirte hasta qué punto has de renunciar a todo esto y a otras muchas cosas. Pero compara tus actitudes de renuncia con la de aquellos miembros de tu Instituto a quienes admiras precisamente por su capacidad de renuncia y piensa si Dios te está pidiendo algo más que tú no te atreves a darle. Y si no te atreves a dárselo es que no acabas de poner tu confianza totalmente en el Señor; hay algo en ti en lo que confías y de lo que no te atreves a desprenderte; algo que te reservas por si acaso.

Esto se va complicando ¿verdad?, pero es que es así. La vivencia de la virtud de la pobreza no es nada fácil para cualquier cristiano. Pero es que, por tu consagración, te has comprometido con el Señor no sólo a vivirla, sino a vivirla con radicalidad evangélica. Y es esta radicalidad precisamente lo que es admirable y llama la atención. La mediocridad no llama nunca la atención, si acaso lo que consigue es hacer reír a la gente. ¿Quieres un ejemplo también deportivo? El salto desde un trampolín: es de una gran belleza cuando se realiza correctamente; llama la atención y arranca el aplauso. Pero cuando, en vez de saltar, se cae uno al agua desde el trampolín, lo que consigue es hacer reír

a la gente. Si al optar por la pobreza, tomamos en serio nuestra opción y somos consecuentes con ella, nuestro testimonio estimula a la vivencia del mismo. Lo que pasa es que a veces, por falta de coherencia es ineficaz; hacemos reír. No saltamos con elegancia y con estilo; caemos.

Tu opción por la pobreza equivale a dejarte poseer por el Señor. Pero no serás nunca totalmente del Señor mientras no te desprendas totalmente de ti y de tus cosas. Es necesario pasar por la experiencia de los apóstoles y de los grandes pobres, de dejarlo todo para seguir a Jesús. Y para esto no es suficiente decir: “*quiero*”. Hemos de estar dispuestos a vivirlo. Hacer las cosas por Dios con sentido de pobreza supone estar dispuestos a renunciar, incluso, a lo que estamos haciendo por Dios, en la medida en que veamos que hay algo mejor o veamos que Dios quiere que hagamos otra cosa en ese momento. Esta es la gran prueba por la que puede pasar quien quiere ser pobre, la prueba de Abraham: es capaz de renunciar a su propia obra a pesar de ser la obra en que se cumplía la promesa de Dios, y se dispuso a sacrificar a su hijo que era el primer fruto de la promesa.

Hemos de estar desprendidos hasta de nuestras propias obras y proyectos, tanto si los hemos realizado como si los estamos llevando a cabo y los estamos haciendo nuestros. Nuestro punto de mira ha de estar fijo en el Señor y sólo en el Señor porque somos poseídos por Él y no hay nada que nos pertenezca: nuestras obras son su obra, y es su obra lo que nos interesa y por lo que estamos trabajando.

Cierto que esta radicalidad en la vivencia de la pobreza, como de cualquier otra virtud cristiana, no es cosa fácil, ni mucho menos. Pero no es menos cierto que ha de haber en nosotros, los consagrados al Señor, una actitud inconformista ante nuestra posible mediocridad. La pobreza a la que me estoy refiriendo es una meta hacia la cual has de estar siempre en tensión, sin desanimarte al ver que tus logros no están al mismo nivel que tus deseos. Mientras vivas en el mundo serás siempre aprendiz de pobre. Mientras seas aprendiz y desees aprender, irás avanzando. Si te conformas con lo que has aprendido, aunque sea mucho, te incapacitas para avanzar.

En línea con esta vivencia progresiva de la pobreza está la disposición a no encerrarse en los propios

criterios e ideas. Hay que estar dispuestos a contrastarlos con los de los demás, a valorar los criterios distintos de los nuestros y a cambiarlos cuando veamos que son más acertados. Hemos de saber escuchar, hemos de saber recibir al mismo tiempo que ofrecer. El desprendimiento lo hemos de llevar hasta no quedar apasionados por nuestros criterios. Lo cual no es falta de personalidad, sino señal de una personalidad madura y abierta, porque somos conscientes de que la verdad es mucho más amplia que nuestra pequeña verdad. No es pobre quien tiene apego a sus propios criterios, y si alardea de pobre, peor, porque tendría apego a sus criterios y a su pobreza, y la pobreza es desprendimiento de todo, hasta de la misma pobreza.

Por eso el pobre es capaz de diálogo y de comprensión; por eso el pobre sabe escuchar y atender a las razones de los demás; por eso el pobre sabe esperar y sabe, al mismo tiempo, confiar; por eso no se pone nervioso al ver que las cosas no suceden como las tenía planificadas y previstas. Todas estas actitudes dan la medida de nuestro nivel de pobreza.

Y cuando realmente se es pobre, se dan signos de pobreza. De lo que debes preocuparte es de ser real-

mente pobre. Si lo eres, tu vida toda será signo de pobreza, no hay que estar constantemente preocupados en dar signos, sino en ser signo y en ser testimonio vivo. Y esto no es cuestión de guardar las apariencias ni de actuar en un sentido determinado para que no digan. Una auténtica pobreza consagrada, tanto religiosa como secular, es incompatible con una vida que se mueve en la comodidad.

Dice Pablo VI en el XXV Aniversario de la *Provida Mater*, febrero 1972: “*La pobreza se hace modelo de la relación que debe tener con los bienes creados y con su recto uso*”. Debemos sentirnos administradores de nuestros bienes, no propietarios. Todos tus bienes de cualquier tipo que sean, deben servirte para ser signo de caridad y de justicia entre los hermanos. Es conveniente una verificación constante de lo “superfluo” de cara a los más necesitados.

De ahí, la austeridad de vida necesaria para vivir la pobreza, vivir con la sencillez con que viven los pobres con quienes convives y trabajas. Mientras haya alguien que vive a tu lado a un nivel más bajo que el tuyo, te has de preguntar si no has de bajar un poquito más del nivel en que te encuentras, compartiendo con

él tus bienes y sirviéndole de testimonio que le ayude a una mayor proximidad al Señor. Y más, cuando se trata de compañeros de trabajo o de quienes conviven contigo, quizá en tu propia familia. Si tu ejemplo les mueve a querer ser como tú, que no intenten serlo para tener más sino para ser libres ante los bienes y servir más al Señor y a los hermanos.

En septiembre de 1972 decía Pablo VI a los responsables generales de los Institutos Seculares: “*Vuestra pobreza dice al mundo que se puede vivir en medio de los bienes temporales y se pueden usar los medios de la civilización y del progreso sin convertirse en esclavo de ninguno de ellos*”. Y esto es precisamente lo que has de “decir” de tu vida. Y lo dirás en la medida en que tengas disponibilidad para compartir; y compartir no consiste en dar las sobras de tus bienes ni de tu tiempo ni de tu actividad. Habrás de plantearte constantemente qué y cómo quiere el Señor que compartas. Y el resultado, desde luego que no puede ser nunca la comodidad.

Y bajando por último al terreno de lo institucional, veo una diferencia fundamental entre los Institutos Seculares y Religiosos. La vivencia de la pobreza es

algo muy personal que se puede vivir a muy distintos niveles en un caso y en otro. Pero la vida comunitaria soluciona una cantidad de problemas que los miembros de los Institutos Seculares los han de ir solucionando personalmente, y en un ambiente que no es precisamente el comunitario. En la comunidad están vocacionados todos los miembros a compartir; en tu caso estás llamada a compartir con personas que no comparten, el ambiente en que te mueves no es precisamente el ambiente comunitario. Por eso has de estar siempre en vilo para no dejarte llevar por el ambiente en que te mueves ni por los criterios que en él imperan. Precisamente ahí has de aportar el estilo nuevo de la gratuidad en el compartir, que es de lo que nuestro mundo está necesitado como testimonio y como gesto que apunte a la fraternidad universal.

La pobreza debéis vivirla a nivel personal y a nivel de Instituto. Y es que cuantas menos cosas materiales tenemos en la Iglesia, al tratar de compartir, se comparte lo que tenemos: las vidas. Y esto es lo importante. Cuando la organización o el Instituto tiene bienes innecesarios, se corre el peligro de autosuficiencia, de vivir un poco para nosotros y en función de

nosotros. Es lo que les ha pasado frecuentemente a las instituciones de la Iglesia.

Por eso yo aconsejaría que los estatutos de los Institutos tuviesen muy en cuenta esta realidad para que los Institutos fuesen un modelo de pobreza tanto a nivel institucional como a nivel personal de sus miembros. Que se respirase un aire de pobreza; y no olvides que un determinado aire es muy difícil de respirar si no existe. Y la verdadera pobreza evangélica no es fácilmente imitable, no valen las apariencias.

Y en cuanto al compartir, si en todo actuáis como los seculares, también lo debéis hacer en este campo. Me refiero a que no es tanto el Instituto quien comparte cuanto sus miembros. Que es distinto de lo que sucede en los Institutos Religiosos en los que quien comparte es la comunidad. Entre vosotros, son los miembros quienes deben dar testimonio y deben ayudar y abrir caminos en el medio donde actúan y trabajan. Es allí donde preferentemente deben compartir todo como comparten los seculares, porque están ante necesidades que no se pueden soslayar ni encomendar su solución a instituciones lejanas cuando se pueden solucionar con el calor propio de la cercanía e inmediatez.

En fin, para compartir con los demás y para vivir tu pobreza evangélica, debes ver qué nivel de pobreza te está pidiendo el Señor y a qué nivel te atreves a comprometerte con Él. No olvides que lo importante en tu pobreza consagrada consiste en caminar con Cristo pobre entre los pobres, desde el desprendimiento y desde el compartir.

CAPÍTULO V: OBEDIENCIA VIRGINAL

El tercer compromiso que se acepta por la consagración es la obediencia. No es ésta precisamente la virtud de moda. Parece que la obediencia se entiende como una restricción de la propia libertad; y es la libertad la que polariza muchas de las preocupaciones del hombre moderno que tiene hacia ella una especial sensibilidad. No sé si tenemos suficientemente en cuenta que obediencia y libertad se implican mutuamente dentro de una concepción cristiana de las mismas.

Cada uno tenemos nuestra escala de valores en función de los cuales vamos desarrollando nuestra vida. Unos tendrán como valores supremos los que para otros serán valores insignificantes o, incluso, contravalores; y son los valores que consideramos supremos los que rigen nuestra vida. Por tanto, podemos decir que la obediencia no es más que la dependencia de los valores que consideramos supremos; de ahí que

todos obedecemos a algo; y este algo puede ser el propio capricho, el egoísmo, el dinero, el poder, la comodidad, el bienestar, la cultura, la justicia, Dios. Por tanto, el problema de fondo está en el planteamiento de nuestra vida. El cristiano tiene un estilo especial en su planteamiento: Dios en el centro, todo orientado hacia Él para hacer una realidad su proyecto de comunión con todos los hombres en Cristo su Hijo. En palabras de San Pablo, todo es vuestro, vosotros de Cristo, Cristo de Dios.

Este planteamiento no es precisamente el que está en el ambiente. Hay un ateísmo práctico dentro de la vida social. Dios no cuenta a la hora de las opciones prácticas: el mundo tiene valores que ocupan los primeros lugares como centro de las decisiones personales que para los cristianos son ídolos que hay que rechazar.

Todos reclamamos el derecho a orientar nuestra vida de acuerdo con los valores que creemos supremos y en esto hacemos consistir nuestra libertad. Lo que en definitiva estamos pretendiendo en nuestra aspiración a la libertad es que nada ni nadie nos impida desarrollar nuestra vida de acuerdo con esos valores.

Pero, ¿qué es la obediencia más que admitir la preeminencia de esos valores y desarrollar nuestra vida de acuerdo con ellos? La libertad la reclamamos precisamente para ser fieles a esos valores y eso es exactamente la obediencia. La libertad no va contra la obediencia, sino que es una condición para que la obediencia pueda realizarse. Obediencia y libertad van juntas y se implican mutuamente.

En resumen, desde una concepción cristiana de la vida, lo que está en cuestión es si yo soy para mí o soy para Dios, es decir, si me pongo yo o pongo a Dios en el centro de mi vida como valor supremo y central. Si opto por la primera postura, rechazaré toda obediencia a lo que impida ser y vivir para mí; si opto por la segunda, rechazaré todo lo que me impida ser y vivir para Dios. Los obstáculos que encuentre en un caso y en otro los consideraré como algo que se interfiere en mi propia libertad. El cristiano, porque es libre, obedece a Dios; y es precisamente esa obediencia lo que le permite realizarse según Dios quiere.

OBEDIENCIA DE CRISTO

También en la obediencia, Cristo ha de ser siempre nuestro punto de referencia. Cristo está pendiente del Padre y de su proyecto de salvación de todos los hombres. En este proyecto, Cristo ocupa el puesto central; Él es la piedra angular en la construcción de la nueva Humanidad. Acepta la misión que el Padre le ha confiado y se entrega por completo al cumplimiento de la misma en una actitud de plena obediencia a la voluntad del Padre sobre Él. Filiación respecto del Padre y hermandad respecto de los hombres vienen a ser como los dos polos sobre los que gira toda su vida; su obediencia a la voluntad del Padre es precisamente lo que construye una nueva Humanidad con este nuevo tipo de relaciones de filiación y de hermandad.

Cualquier otro objetivo que no sea éste, está fuera del campo de la obediencia de Cristo. Por otra parte, su libertad consiste en que nada puede apartarle de su obediencia por mucho que esta le cueste, y le costará la vida. Recuerda el pasaje en que Pedro le insinúa apartarse del proyecto del Padre y Jesús le llama Satanás. Está decidido a cumplir la misión que el Padre le ha confiado cueste lo que cueste. Nada de acomodo-

daciones ni de rehuir los sacrificios que ello le pueda suponer.

A través de los distintos acontecimientos y situaciones de su vida, Cristo va descubriendo lo que en cada momento va queriendo el Padre de Él. Está siempre atento a descubrir por dónde le va conduciendo, cuál es la reacción que más le gusta al Padre y cómo puede expresar mejor en cada circunstancia concreta, que su misión es misión de filiación y de fraternidad, prescindiendo de si le resulta agradable o difícil. El sufrimiento le irá enseñando a obedecer; será para Él, como también para nosotros, una auténtica escuela de obediencia.

La obediencia al Padre es una obediencia personal primero, de Cristo y después de cada uno de nosotros. Dios no va forjando una historia al margen de los hombres ni de sus decisiones personales, sino que va forjando unos hombres nuevos para que construyan una historia personalizada de filiación y de fraternidad. Jesús actúa en el campo de la historia obedeciendo personalmente al Padre y afrontando las consecuencias que dicha obediencia traía consigo. En su obediencia, modelo de la nueva obediencia que ha venido a traer a

este mundo, va forjando la nueva historia de la nueva Humanidad.

Como la comunión que desea el Padre no puede hacerse sino en la medida en que uno es capaz de olvidarse de sí en función de la donación a los demás, Cristo se olvida de sí mismo: *“a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte y una muerte de cruz”* (Fil 2, 6-7). No sólo acepta, sino que escoge para sí la más baja de las condiciones, la de esclavo y acepta la cruz como la mayor ignominia; y esto, conscientemente, sin volver la cara. Pero, al mismo tiempo, con el dolor y el sufrimiento que le hacen exclamar: *“Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya”*.

El sufrimiento le lleva a la obediencia, y la obediencia al sufrimiento. El Padre se complace en la manifestación de su obediencia por el sufrimiento. En Hebr 5, 7 se nos dice que la oración de Jesús fue escuchada cuando se dirige a Dios con gritos y con

lágrimas. La resurrección de Jesús es el sello del Padre que ha escuchado su oración en la fidelidad de su obediencia. Cristo ha identificado, por su obediencia, su voluntad con la voluntad del Padre; y el Padre cumple en Él su promesa.

Y no es que el Padre se complaciese, ni mucho menos, con que hubiese alrededor de Cristo una serie de situaciones que pusiesen a prueba su fidelidad y su fortaleza. Se complacía en que Jesús las superase todas ellas haciendo de su vida, en cada momento, una perfecta donación de sí mismo en favor de los hombres; se complacía en su obediencia llevada hasta las últimas consecuencias, en su obediencia que no se arredraba ante nada; no se complacía en su sufrimiento, sino en su actitud de afrontar el sufrimiento como expresión de una vida entregada y dada en favor de los hombres; se complació en su vida de comunión, pues con ella iba construyendo el nuevo modelo de humanidad que el Padre quería y para lo que le había enviado.

LA OBEDIENCIA DE LA IGLESIA

La construcción de este nuevo modelo de humanidad que ha sido el objetivo de la obediencia de Cristo, es

también el objetivo de la Iglesia. Y la Iglesia debe realizarlo como Cristo, a través de su obediencia al Padre.

En esto se diferencia la acción de la Iglesia de la acción de cualquier ideología. Las ideologías podrán tener unos proyectos extraordinarios de convivencia humana, podrán partir desde ese clamor de fraternidad y de igualdad que brota ante la injusticia y la opresión. Muchos de sus objetivos podrán ser asumidos por la Iglesia, pero la solución que proponen nace de abajo, nace de las mismas posibilidades del hombre. En realidad tratan de construir un mundo nuevo pero sin hombres nuevos.

Y así, surgen normalmente movimientos de liberación o de revolución que suelen tener sus teóricos y sus líderes. Normalmente se intenta destruir el poder, ocuparlo y sustituirlo. Una vez ocupados los resortes del poder, hay una dialéctica de vencedores y vencidos, y lo que parecía una solución a la problemática que estaban viviendo los hombres, se convierte en nuevos modos de instrumentalización y de opresión.

La Iglesia, a imitación de Cristo, no presenta ningún tipo de ideología, no obedece a ningún proyecto ideológico, ni siquiera se presenta con una ideología

pacífica y no violenta. Para la Iglesia no es la fuerza del hombre que, unido con los demás hombres, logra conseguir su propia liberación. La liberación que propone la Iglesia es la que viene de Cristo. Y por eso su obediencia a Cristo es total y absoluta; es esta obediencia la razón de ser de la propia Iglesia. La Iglesia es muy consciente de que la liberación le viene al hombre desde arriba, desde la misericordia de Dios, quien acude gratuita y amorosamente en ayuda del hombre.

La Iglesia continúa ofreciendo la misma salvación que Cristo ofreció. Se mueve siempre en el plano de la gratuidad de la salvación que nadie puede conseguir por sí mismo. Y ante esa gratuidad del amor de Dios al hombre responde con la obediencia, poniendo a Dios como centro de su vida.

Precisamente por esto, la salvación cristiana no tiene más salida que la obediencia a este proyecto de salvación que Dios ofrece a todos los que responden a la invitación de creer en Jesús, único camino a través del cual podemos tener acceso al Padre. Y la manera concreta de realizarse este proyecto será lo que podemos llamar la locura de la cruz, que no es más que la locura amorosa de Cristo: amor gratuito e in-

condicional a todos los Hombres llegando al perdón y a la donación gratuita de la propia vida, incluso por los enemigos. Es el ejemplo que Él rubricó en la cruz. En otras palabras, no se trata de prevalecer sobre quienes dominan dándole la vuelta a la situación o, simplemente librándose de ellos, sino de servir. Es la gran lección que nos dio el Señor durante toda su vida y que simbólicamente expresó en la última cena al lavar los pies a sus discípulos invitándoles a hacer entre ellos lo que Él, el maestro y Señor, estaba haciendo.

Cristo nos ha marcado el camino de nuestra obediencia. No es otro que el cumplimiento de la voluntad del Padre que quiere realizar a través de nosotros su proyecto de comunión con todos los hombres. Y como el proyecto es suyo y no nuestro, es El quien lo dirige, no nosotros. Por eso muchas veces sentimos el desconcierto ante lo que va queriendo de nosotros, sobre todo en momentos en que hemos de poner en juego las cosas que nos son más queridas sin acabar de ver, con nuestra lógica humana, el porqué. En nuestra obediencia no se trata, pues, de aceptar imposiciones, sino de asumir el proyecto del Padre sobre nosotros y sobre todos los

hombres, en permitirle que lo vaya realizando a través de nosotros y en nosotros.

Y es que la obediencia de la Iglesia y de todos sus miembros no puede comprenderse más que desde Cristo como cabeza del pueblo nuevo que va a instaurar. El designio del Padre que se inaugura en Cristo, se continúa a través de los tiempos en la Iglesia. La obediencia de la Iglesia es una prolongación de la obediencia de Cristo. No podemos perder esto de vista si queremos que, a través de nosotros, se realice su obra.

La Iglesia continúa en el tiempo la fidelidad de Jesús; continúa su misma misión; es conducida por el mismo Espíritu para la construcción del Reino. La Iglesia, en cumplimiento de esta misión, no debe ahogar nunca el Espíritu, ha de saber escuchar, en medio de un mundo ruidoso, la voz del Espíritu que a veces habla con fuerza y a veces, con suavidad.

También como Iglesia, hemos de saber escuchar la voz del Espíritu y ponernos decididamente en manos del Señor como miembros de Cristo obediente al Padre hasta las últimas consecuencias.

LA OBEDIENCIA EN LAS COMUNIDADES ECLESIALES

A) Autoridad

Tanto en la Iglesia como en cualquier grupo social hay una autoridad a la que todos sus miembros deben obediencia, conscientes de que es a Dios a quien se obedece a través de la obediencia a quienes tienen autoridad. Pero como vemos que quienes ejercen la autoridad tienen los mismos defectos y limitaciones que nosotros, podemos sentirnos incómodos al obedecer. En la medida en que seamos capaces de prestar a los superiores la misma obediencia alegre y gozosa que prestamos a Dios cuando le obedecemos sin necesidad de intermediarios, estamos dando el gran testimonio de la obediencia evangélica.

Es a Dios, y sólo a Dios, a quien obedecemos, tanto a nivel personal como comunitario. Por eso hay que compaginar las distintas obediencias para obedecer realmente a Dios. La obediencia a la jerarquía de la Iglesia, al párroco, a los dirigentes del Instituto, a los que dirigen la empresa donde trabajas, a las autoridades civiles... son todas ellas distintas realizaciones de la gran obediencia debida a Dios.

Por otra parte, a los superiores no se les obedece porque sean buenos o porque nos caigan bien o porque sepan mandar; se les obedece porque a través de ellos se nos manifiesta la voluntad de Dios. Y esta voluntad se nos manifiesta siempre que lo que manden esté dentro del campo de su competencia aunque a nuestro modo de ver, no sea lo que mandan lo más conveniente ni lo más acertado. Otra cosa sería que mandasen una cosa mala. Entonces estarían claramente fuera del campo de su competencia porque Dios no puede querer el mal. Y la autoridad en tanto es válida en cuanto es servicio. En este sentido, y como dominio, ha sido dada por Dios.

Realmente no es fácil someter los propios criterios en cuanto a conveniencia u oportunidad, a los criterios de otra persona; someterlos a los criterios de Dios quizá no resulte tan difícil. Pero no te equivoques, porque el criterio de Dios es que aceptes actuar según el criterio de otra persona a través de la cual Dios te manifiesta su voluntad sobre ti. Esto vale siempre, repito, que el superior actúe dentro del campo de su competencia. Y es en tu interior donde has de ir decidiendo cada día la fidelidad de tu obediencia. Todo lo demás es muy relativo.

En el ejercicio de la autoridad habrá que hacer referencia constante a Cristo que no ha venido a ser servido, sino a servir. Nunca intentó someter a nadie a su propia voluntad, invitó a someterse con Él y, como Él a la voluntad del Padre. No se trata, en el ejercicio de la autoridad, de forzar a nadie a someterse a Dios, y menos al superior. De lo que se trata es de que cada uno de nosotros nos sometamos libremente a la voluntad de Dios, y hacia este objetivo debe orientarse la obediencia al superior. También es cierto que los superiores deben ser conscientes de tener, ante sí y junto a sí, personas, no cosas que puedan tratar según les parezca. Son hermanos, cada uno con su propio nivel de madurez y de evolución personal, a los que deben servir en el ejercicio de la autoridad y a los que deben ayudar para que sigan evolucionando cada día en un mejor servicio al Señor. A todos deben facilitarles el que sepan ver, a través de la obediencia al superior, la obediencia a la voluntad de Dios. Lo cual se facilitará en la medida en que sepan mandar con el desinterés personal y con el cariño con que Dios manda. Y eso, que se vea.

En esta manera de ejercer la autoridad, el superior no actúa desde fuera de la comunidad que diri-

ge, sino desde dentro. Su misión habría que entenderla ofreciendo el testimonio de su propia vida de cómo se obedece a Dios, de cómo se vive el espíritu evangélico y de cómo uno es capaz de sacrificarse por el bien de los demás. De este modo será más ejemplo estimulante que el encargado de mantener el orden y la disciplina. Es entonces cuando tendrá autoridad moral, que es la que con mayor facilidad aceptamos todos en quien ostenta la autoridad. Podríamos decir que lo propio del superior no es mandar sino aunar a la comunidad en el amor y en la obediencia consciente y gozosa al Señor. Una comunidad es tanto más adulta cuanto menos necesita que alguien le mande, porque están dispuestos a hacer lo que ven que el Señor está queriendo de ellos.

B) Comunión

La función de la autoridad dentro de cualquier comunidad eclesial consiste en aunarla en la caridad y en la fidelidad al proyecto del Padre. Y no es que Dios le vaya revelando a quien ejerce la autoridad lo que debe hacer en cada momento, como tampoco nos lo revela a nosotros a la hora de nuestras decisiones personales. Es la comunidad eclesial, presidida por la autoridad,

la que ha de ir descubriendo, día a día, el proyecto de Dios sobre ella. Las cosas nunca se nos dan hechas; y para descubrir, interpretar y realizar el proyecto de Dios, es fundamental que nos ayudemos unos a otros, quienes formamos parte de cualquier comunidad.

De ahí que todos los miembros, con autoridad o sin ella, se necesiten mutuamente para ir descubriendo, entre unos y otros, los proyectos del Señor. Y esto, a todos los niveles, porque estamos constituyendo, entre todos, la única comunidad de la Iglesia y todos tenemos la responsabilidad de contribuir desde nuestra situación a forjar la unidad de la Iglesia, descubriendo la voluntad de Dios y aceptándola desde el ofrecimiento de nuestra propia vida.

Y como cualquier proyecto en cualquier tipo de comunidad de Iglesia es complementario con los proyectos de las otras comunidades eclesiales, hemos de estar todos abiertos a un diálogo auténtico y sincero, tanto al interior de la propia comunidad como con las demás comunidades de la Iglesia. La razón es que en la Iglesia universal, y no en una determinada comunidad de la misma, es donde se realiza el proyecto de Dios sobre el mundo.

Esto supone una visión de la propia comunidad dentro de una visión más amplia del proyecto de Dios sobre la Iglesia y sobre el mundo, en función del cual están los proyectos parciales de cada una de las comunidades de la Iglesia. Es entonces cuando la obediencia, después de iluminado el camino por la comunión eclesial, “*se convierte en testimonio de la humilde aceptación de la mediación de la Iglesia*” (Pablo VI en el XXV Aniv. de la Prov. Mat.). Este testimonio, fruto de nuestra adhesión a la voluntad de Dios, manifiesta nuestra confianza en la actuación de Dios a través de la Iglesia, actuación que se da tanto en nuestra propia comunidad como en las demás comunidades de la Iglesia.

Para vivir la comunión por la obediencia, hay que ofrecer nuestro propio carisma y aceptar los carismas de los demás. Lo mismo debemos actuar debidamente en nuestro carisma como ayudar a los demás a ejercer los suyos. En ambos casos estamos obedeciendo a Dios. Y también obedecemos a Dios cuando ayudamos a los demás, sean quienes sean, a corregir el mal uso que puedan hacer de sus propios carismas. También es un deber corregir a quien tiene autoridad

si no la ejerce debidamente, y hay que hacerlo con caridad, con fortaleza y con prudencia, pero hay que hacerlo aunque por ello haya que afrontar algunos inconvenientes. Con ello se está obedeciendo a Dios, pues tanto el abuso de la autoridad como el desprecio de la misma son actitudes que están al margen de la obediencia debida a Dios.

TU OBEDIENCIA

A) Significación

No confundas la obediencia con un código de circulación. Ya te he comentado anteriormente que no debes limitarte a cumplir. La obediencia es otra cosa: se realiza dentro de la profundidad más íntima de la persona, aunque, lógicamente, se manifiesta en lo exterior. La obediencia va íntimamente unida a lo que podemos llamar actitud de fidelidad al Señor, pura y simple fidelidad, prescindiendo de otras miradas y de otros puntos de referencia que no sean agradar al Señor y darle gusto.

Nuestra obediencia, por tanto, como la de Cristo, tiene una referencia personal. Obedecemos al Padre cuya voluntad nos es dada a conocer por el Espíritu que ha sido derramado en nuestros corazones.

Por eso la obediencia nos compromete a escuchar al Espíritu que nos habla de mil maneras: en la Escritura; en la Iglesia, universal y particular; en las normas de cualquier institución de Iglesia a la que pertenecemos; en los acontecimientos... Hay siempre un diálogo abierto con el Espíritu que nos invita a replantearnos nuestros propios criterios y comportamiento para vincularnos, en serio y de verdad, al proyecto de Dios sobre los hombres en Cristo.

Pero Dios no se limita a hablarnos, también nos escucha. Los salmos ya nos hablan de esta actitud de Dios que nos escucha. Los ídolos, por el contrario, *“tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen”* (Sal. 115); y el Sal. 94 dice refiriéndose a Dios, *“¿El que formó el oído no va a oír?”*. La obediencia a Dios es una obediencia dialogal en la amistad y en la confianza; es la oración, diálogo de amistad con el Señor, lo que penetra la obediencia y la transforma, dando a quien obedece, una serenidad y fortaleza extraordinarias.

Por la obediencia a una voluntad nos identificamos con Dios y con su proyecto de salvación. Es la única manera de vivir nuestra intimidad con Él. No hay otra: personalizando en nosotros su voluntad, vivimos

como Él vive y amamos como El ama; entramos en la participación de su comunión trinitaria. Y nos realizamos plenamente en la medida en que somos conscientes de la voluntad de Dios y la obedecemos. Para ello hay que estar pendientes de lo que en cada momento va queriendo de nosotros para que sus caminos los hagamos nuestros. Una vez más hemos de estar a la escucha del Señor para darle gusto.

Te vuelvo a insistir en que la motivación de cualquier obediencia es el amor que le tenemos al Señor. No vale la mera ejecución de las cosas, y menos cuando se hacen a regañadientes. Por otra parte, las normas nos sirven de ayuda. No las debiéramos necesitar, pero, por nuestra debilidad, las necesitamos. Tampoco las debiéramos pasar por alto. Debíamos cumplir de tal manera lo que las normas quieren que cumplamos que no debiéramos necesitarlas. A cualquiera con un alto nivel de vida cristiana no hace falta que le manden participar cada domingo en la eucaristía: supera la norma porque asiste cada día.

La voluntad de Dios no se te manifiesta como proponiéndote unos obstáculos que hay que ir saltando y que te van suponiendo una mayor dificultad cada día.

Su voluntad no es más que la expresión de su inmenso cariño hacia ti y quiere que te realices plenamente en su amor, que imites a su Hijo en la aceptación de su designio de salvación de todos los hombres. Por eso, en la obediencia, más que buscar la inmólación y la destrucción hay que buscar la realización personal del designio de Dios, aunque ello te suponga, como le supuso a Cristo, la destrucción y la victimación.

A Dios le interesas tú y tus actitudes en plena identificación con Jesús. Dios lo único que quiere de ti es que le quieras hasta ese extremo. Tus obras externas le interesan en la medida en que las hagas de corazón poniendo vida en ellas y haciéndolas porque sabes que así le gustan a El, tanto si te cuestan como si no. Como Cristo, desde el sufrimiento vamos aprendiendo la obediencia y desde la obediencia vamos conociendo y asimilando sus designios.

En la medida en que unifiques tu voluntad con la de Dios te irás realizando como Dios quiere y haciendo las cosas que Dios quiere y como Dios quiere. Para conseguir este objetivo tienes a toda la Iglesia a tu disposición. Sin que nunca tengas que hacer las cosas a la fuerza. Esta es tu meta.

Por la obediencia vamos purificando nuestra intención y nuestra interioridad, santuario de nuestra libertad, para que allí sólo habite Dios y sólo a Él le demos culto. Y lo vamos purificando hasta llegar a una pura disponibilidad ante Él, dejándole las manos libres para que actúe a gusto en nosotros y nos vaya modelando a imagen de su Hijo. La mayoría de las veces no sabrás por dónde vas; te irá llevando por donde tú no quieres y por donde no te imaginas. Y pondrá a prueba tu esperanza y tu confianza en la acción del Espíritu.

Por la fe sabemos que la razón de la Historia no es otra que la realización del proyecto de Dios sobre la humanidad; y al vincular nuestra voluntad a la voluntad de Dios por la obediencia, tenemos la conciencia de estar colaborando en la construcción de una humanidad nueva en el amor y la comunión. Por la obediencia no renunciamos a regir nuestro propio destino, al contrario, nos constituimos como protagonistas de nuestra propia historia al vincular nuestro futuro con el de Cristo. Por eso nos hemos de estar preguntando constantemente qué es lo que el Señor va queriendo de nosotros en cada momento de nuestra vida.

Si concebimos así la obediencia, es decir, como la respuesta a la invitación que nos hace el Señor a participar en su proyecto de salvación y de comunión de todos los hombres con Él a través de Cristo, tenemos abierto el camino para una obediencia gozosa y alegre. *“Vuestra obediencia dice al mundo que se puede ser feliz sin pararse en una cómoda opción personal, pero quedando disponible del todo a la voluntad de Dios”*. (Pablo VI a los respons. de los I.S. Sept. 1972).

B) Dificultad

Esta obediencia nunca es fácil. A veces ponemos la excusa de que quienes mandan, mandan mal y nos sentimos dispensados de obedecer. Pero no es menos cierto que con frecuencia sabemos lo que Dios quiere de nosotros y no nos decidimos a hacerlo. Y es que la obediencia nos impulsa a cambiar nuestros planes y a sustituirlos por los planes de Dios, lo cual nos resulta siempre incómodo. Y cuando no nos atrevemos a afrontar la situación, buscamos excusas por todos los lados, y las hay que resultan de lo más pintorescas.

Cristo es el modelo de nuestra obediencia. Todos pasamos, con mayor o menor frecuencia, por situa-

ciones semejantes a las tuyas en que hemos de poner en juego la obediencia debida a Dios. Hay situaciones en las que claramente Dios no está contento con las actitudes que se tienen con nosotros, como tampoco lo estaba con las actitudes que se tenían con Jesús. Pero lo que realmente hemos de plantearnos es si está contento con las reacciones que tomamos ante ellas, si está contento porque reaccionamos a imitación de Jesús, si está contento porque sabemos ofrecer nuestra vida de donación hasta donde sea. Y como precisamente lo que estamos construyendo es la historia de nuestra vida, hemos de preguntarnos si la estamos construyendo a imitación de Jesús, es decir, en actitud de obediencia al Padre, ofreciendo nuestra vida en la más pura gratuidad, renunciando, como Jesús, a defender nuestros derechos. ¿Difícil? Claro. Pero ¿le gustaría a Dios que reaccionases como Jesús?

Llegados a este punto, no quiero dejar de hacerte una reflexión sobre algo con que te encontrarás alguna vez en tu vida. Seguro que a veces tendrás que optar entre hacer valer tus derechos o renunciar a defenderlos. Necesitarás de equilibrio y prudencia para saber decidir en cada caso lo mejor. Respecto a la defensa

de los derechos de los demás deberás defenderlos con todas tus fuerzas. Respecto a la defensa de tus propios derechos, habrás de ver lo que es más conveniente.

Tienes siempre derecho a defenderte. Pero piensa si en determinadas ocasiones el Señor estaría más contento de ti si, en vez de defenderte, renunciases a ese derecho para parecerle más a Cristo, imitándole lo más posible. Te acabo de decir que necesitarás prudencia, equilibrio y fortaleza. Hay casos en que la defensa de tus derechos va unida a la defensa de los derechos de los demás. Piensa, por ejemplo, en una reivindicación laboral. En este caso deberás luchar por la justicia, pero que se vea claramente que tu acción va más allá de la defensa de tus derechos personales. Pero si lo que está en juego son sólo tus derechos, deberás decidir de cara al Señor, habrás de ver qué es lo que más le gusta, cómo le agradas más, cómo te vas a parecer más a Cristo. Y no te aconsejo, ni mucho menos, que vayas buscando ocasiones para este tipo de obediencia oblativa, pero sí que tengas en cuentas en las ocasiones en que te puedas encontrar sin saber qué decidir, que también como Cristo, puedes aprender sufriendo a obedecer.

A medida que vayas obedeciendo irás evolucionando hacia la adultez cristiana, lo cual nunca te dispensará de una continua búsqueda de la voluntad de Dios. Cada día tus actitudes de respuesta serán menos dubitativas, irás teniendo más seguridad y más espontaneidad en tus respuestas, irás afrontando más personalmente tus propias responsabilidades buscando siempre la manera de agradar más a Dios, consciente de que Dios está junto a ti. Percibirás esta presencia confortante y alentadora, sobre todo cuando te veas en el límite de tus posibilidades.

Esto te debe suponer una actitud de escucha constante para poder realizar la misión que Dios te vaya encomendando en la situación concreta en que te encuentres, en el ambiente en que te desenvuelvas, en las condiciones sociales del tiempo moderno en que vivas y con los medios con que cuentes.

Es en estas situaciones cuando la oración adquiere uno de sus más hondos significados: descubrir el sentido y el porqué de la obediencia que nos marca una línea de actuación que no se acomoda a nuestros criterios ni a nuestras pautas. Es cuando uno se arroja en los brazos del Señor, pasa por la prueba de no com-

prender el porqué, pero dice como Cristo en la oración del huerto: *“no se haga como yo quiero sino como Tú”*.

C) Estilo

La obediencia en tu Instituto es la misma obediencia que te he estado exponiendo. Se trata de que te desenvuelvas en la vida con estos criterios de hacer siempre las cosas que le gustan a Dios y de hacerlas como a Él le gustan. Es entonces cuando tu vida tendrá la fuerza impresionante del testimonio cristiano, cuando tu obediencia a Dios será una invitación a los demás para que también le obedezcan en la vivencia de su propia espiritualidad.

Tu obediencia debe revestirse de una auténtica disponibilidad para servir a quien sea y donde sea. La gratuidad en el servicio, aparte de ser una actitud profundamente cristiana, es de una gran eficacia testimonial porque lo puramente gratuito no entra en los esquemas del hombre de hoy. Esta disponibilidad para la gratuidad tiene una gran fuerza testimonial cuando te complicas la vida por los demás, cuando afrontas incomodidades y sacrificios por personas que, incluso, no se han portado bien contigo o piensan de manera distinta.

Desde ésta perspectiva, la obediencia del cristiano no puede confundirse con una actitud de pasividad. El obediente es capaz de grandes iniciativas, las de quien se sabe vinculado al gran proyecto de Dios sobre el hombre y sobre su historia. El obediente es consciente de que la iniciativa de salvación parte de Dios, pero es consciente, al mismo tiempo, de ser llamado a colaborar con ese proyecto y a responder positivamente al mismo, aceptando personalmente la salvación que Dios ofrece a él y a todos. La respuesta positiva a la llamada de Dios le exige hacer de su vida una auténtica oblación con todas las renunciaciones que ello supone. Esta oblación viene a ser la expresión de la caridad.

En este punto vienen a confluír caridad, obediencia y pobreza. La pobreza suelta amarras en cuanto que el creyente se desprende de todo lo que le pueda impedir vincularse al proyecto de Dios; la obediencia le señala el rumbo y le hace descubrir el camino que Dios le va trazando en cada momento; la caridad le mueve a recorrerlo en actitud de disponibilidad ante el proyecto de Dios sobre el hombre.

En esto viene a consistir la oblación de la propia vida. Lo fundamental en esta oblación consiste en si-

tuarse en actitud filial y confiada ante el Señor, tratando de ir descubriendo su voluntad dondequiera que se nos manifieste. Lo cual es completamente distinto de lo que podríamos llamar limitarnos a cumplir. Quien se limita a cumplir, no asume el proyecto, se sitúa fuera del mismo. Su cumplimiento viene a ser como pagar un tributo y desentenderse del por qué y del para qué. Quien se vincula al proyecto de Dios y lo asume como propio, nunca se siente desligado ni satisfecho, se siente vinculado a la gran gesta de la Historia que ha tenido a Dios como autor, a Cristo como realizador y a nosotros como continuadores de la obra de Cristo. Y como nos sentimos vinculados a este proyecto de Dios sobre el hombre, estamos pendientes de descubrir qué es lo que podemos hacer para que se vaya realizando.

Sólo desde esta actitud de obediencia, tu vida se convertirá en servicio. Estarás, como Cristo, en medio de todos como el que sirve. Sólo desde esta obediencia podrás colaborar en la construcción del Reino, viviendo la fraternidad y la comunión. Lo irás consiguiendo en la medida en que participes, como Él, de la condición de esclavo. Y si vives la obediencia en su dimensión virginal, estarás plenamente disponible, abierta a

la universalidad sin reducir el campo de tu actuación a ningún lugar ni a ningún campo concreto ni a ninguna actividad determinada. Estarás y actuarás donde tu presencia sea más conveniente para la realización del proyecto de Dios de salvar a todos los hombres.

Te indico dos peligros en los que debes procurar no caer: el servilismo; y la falta de responsabilidad. En cuanto al servilismo, hay quienes hacen lo que dice el superior pero para estar bien con él, por las ventajas que ello le supone, porque está bien visto, porque el superior es una persona de prestigio, o se buscan los propios intereses evitando las consecuencias negativas que puede suponer la desobediencia. No es válida esta obediencia. No se obedece a Dios sino a otra persona: se está pendiente de sí.

Y en cuanto a la falta de responsabilidad, hay quien hace lo que le mandan sin preocuparse de si puede hacer algo mejor. Hay personas apocadas incapaces de decidir por si mismas; tienen la tendencia de cargar la responsabilidad de su actuación sobre las personas que deciden lo que hay que hacer en cada momento. Les resulta más cómodo hacer lo que les mandan que asumir las propias responsabilidades. Tampoco esto es

una auténtica obediencia, sino más bien una huida de la propia responsabilidad.

Tu obediencia a Dios aparecerá con mayor nitidez en la medida en que tus actos no te vinculen más que a Dios. Esa es la belleza y la grandiosidad de tu obediencia. Y brillará de manera especial cuando se vea que tu servicio a los pobres y a los más desfavorecidos es gratuito y desinteresado. Desde dentro del mundo, tu obediencia a Dios será para todos un estímulo que les ayude a abandonar otras obediencias que esclavizan y les animará a optar por la obediencia que hace hombres y mujeres libres, capaces de sentir el gozo y la alegría de servir y de servir gratuitamente. Como Cristo.

CAPÍTULO VI: APOSTOLADO

Hay una frase del Concilio que puede considerarse una definición de apostolado: *“La Iglesia ha nacido con el fin de que haga a todos los hombres partícipes de la redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Todo el esfuerzo del Cuerpo místico dirigido a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras”* (A.A.2).

Quiero que te fijes en la última frase de esta cita, aunque te insistiré sobre ella en el capítulo siguiente, y es que quien ejerce el apostolado es la Iglesia, y lo ejerce a través de todos sus miembros. Por tanto, tu apostolado y el mío y el de cualquiera es realmente un apostolado de la Iglesia. No podemos, por tanto, ir cada uno a nuestro aire.

Esta acción apostólica de la Iglesia es la respuesta a las aspiraciones del hombre que está buscando

el sentido de su vida, y la respuestas de la Iglesia no puede ser otra que mostrarle a Jesús. Recuerda aquella escena evangélica en que unos griegos quieren ver a Jesús (Jn. 12, 20-27). También en la actualidad nuestro mundo está diciéndonos: “*queremos ver a Jesús*”. Y es tarea de la Iglesia mostrarle a Jesús a través de cada uno de los cristianos. Y en esto consiste la eficacia del apostolado, en que la Iglesia sea capaz de ofrecerles el rostro de Jesús y de conducirles hacia Él.

Quizá estamos demasiado preocupados por mostrarles a la Iglesia, y no es eso lo que el mundo va buscando, a no ser que sepamos mostrarles, a través del rostro de la Iglesia, que es la que hace presencia el rostro de Jesús. La Iglesia es camino hacia Jesús, es anunciadora de Jesús y, como el Bautista, es preciso que ella mengüe en todo lo que no sea presencia de Jesús para que Él crezca. El que haya tantos que admitan a Jesús pero no a la Iglesia, es para nosotros una llamada a replantearnos la corrección de nuestra acción apostólica.

Quienes formamos la Iglesia hemos de ser conscientes de que sólo podremos anunciar y manifestar a Jesús en la medida en que vivamos nuestra amistad

con Él. No es cuestión de una serie de actividades bien organizadas. El apostolado, más que en “*hacer*” cosas consiste en “*ser*” amigos de Jesús con todo lo que esta amistad lleva consigo.

Sólo quien vive la amistad es capaz de contagiarla. Por eso los auténticos apóstoles hay que buscarlos entre quienes han optado por hacer de la amistad con Jesús el objetivo de su vida. Esta necesidad de unir vivencia y apostolado es algo que debes tener muy en cuenta. Por tu consagración te has comprometido a una vivencia radical del espíritu del Evangelio, te has comprometido a ser totalmente de Jesús. Y de ese compromiso han de salir todas tus actividades y concreciones apostólicas, entre ellas, anunciarle, y anunciarle en medio de una serie de aspiraciones del hombre a las que debes intentar dar respuesta con el testimonio de tu vida, que debes presentar como una consecuencia del mensaje que le estás ofreciendo. Y es entonces cuando el hombre se sentirá inclinado a aceptar ese mensaje, consciente de que vale la pena vivir la amistad con Jesús salvador para poder imprimirle a su vida el mismo ritmo que ve que tiene la tuya.

Precisamente en función de este anuncio de Jesús, la Iglesia ha sido enviada al mundo. Ha recibido de Jesús la misma misión que Jesús recibió del Padre. Y si ha sido enviada al mundo. Su puesto está en medio del mundo, lo cual es todo lo contrario a una huida del mundo; su puesto está junto al hombre que sufre, que no tiene esperanza ni ilusión, junto al hombre que no sabe amar porque no se siente amado, junto a quien padece injusticia y opresión; también está su puesto junto a quien está causando terribles sufrimientos a los hermanos y es incapaz de amar porque es esclavo de su egoísmo. Pero cuando decimos que la Iglesia se hace presente junto al hombre, ten en cuenta que se hace presente a través de cada uno de nosotros porque tú y yo somos presencia de la Iglesia en el mundo. Es una gran responsabilidad de la que debemos tomar conciencia para desarrollar dignamente esta misión que se nos ha confiado.

Esta presencia de la Iglesia junto al hombre, desde luego a través de nosotros, debe ser de tal manera que cualquier hombre en contacto con la Iglesia ha de sentirse querido y amado desinteresadamente. Es esto lo que da credibilidad a nuestra acción evangelizadora.

Hay quien no cree en el amor de Dios porque nunca ha experimentado el amor desinteresado del hermano; cuando ha creído ser amado por alguien, ha comprobado que no era amado, sino deseado. El compromiso de amar desinteresadamente es un paso previo a toda acción evangelizadora. El servicio a los hombres y la solidaridad con cualquiera de ellos, en cualquier tipo de necesidad en que se pueda encontrar, es el único argumento que convence. Me decía no hace mucho un misionero en la India, que jamás ha convertido a nadie con argumentos distintos del argumento del amor y del testimonio del amor.

En este amor gratuito y desinteresado al hombre, a cualquier hombre, has de tener un gran equilibrio para saber discernir lo justo en las reivindicaciones y deseos de todos, y para saber valorar desde el Evangelio la corrección de las aspiraciones que pueda tener alguien.

Una de las características de la acción apostólica, y que da una credibilidad especial, es la lucha contra el pecado esté donde esté. Porque el pecado no está sólo en los ricos, está también en los pobres. No se te ocurra nunca dividir a los hombres en buenos y

malos atendiendo a la clase social a que pertenecen. La vida no es una lucha entre buenos y malos como si fuese una película del oeste. Todos somos pecadores y todos estamos necesitados de conversión. El que seamos más o menos pecadores no somos nosotros quienes lo hemos de juzgar. Esto es propio y exclusivo de Dios. Si nos metemos a juzgar a los hombres estamos usurpándole a Dios una función que le pertenece. Y no es que porque no juzguemos a nadie, hayamos de renunciar a esforzarnos por cambiar una sociedad que siempre tendrá puntos negros de injusticias, y no sólo puntos sino extensas zonas; al contrario, debemos estar comprometidos en cambiar desde la raíz un mundo en pecado para construir un mundo nuevo según el espíritu del Evangelio. Pero siempre con criterios y medios evangélicos.

Al decirte que has de luchar contra el pecado esté donde esté, has de tener en cuenta que nuestra sociedad está muy polarizada en el campo de lo económico y de lo político, pero no es tan sensible a otros problemas cuya solución es igualmente evangélica. Piensa en el consumismo, en la sexualidad, el ansia de placer, en el ambiente materialista que se respira

por todas partes, en la marginación de la dimensión religiosa...

En muchas de las discusiones y diálogos que se tienen cuando se contrastan las opiniones de la Iglesia con las de otros sectores de la sociedad, en el fondo lo que se está discutiendo es el sentido del hombre y de la vida. Aquí es donde se puede encontrar la verdadera solución a la problemática que constantemente se está planteando. Por eso dice la *Octogésima Adveniens*, núm. 25: “*Toca a los grupos culturales y religiosos —dentro de la libertad de adhesión que ellos suponen— desarrollar en el cuerpo social, de manera desinteresada y por su propio camino, estas convicciones últimas sobre la naturaleza, el origen y el fin del hombre y de la sociedad*”.

Es lógico que en esta polarización socioeconómica de nuestra sociedad, con una concepción materialista del hombre se piense más en la reivindicación de los derechos que en el cumplimiento de los deberes. Se entra de lleno en lo que podríamos llamar la actitud individualista. Dice la misma Carta Apostólica núm. 23: “*Sin una educación renovada de la solidaridad, una afirmación excesiva de la igualdad puede dar lu-*

gar a un individualismo donde cada cual reivindique sus derechos sin querer hacerse responsable del bien común”.

Y este individualismo lo estamos viendo aflorar en la mayoría de los conflictos sociales que van apareciendo. Hay situaciones en las que no es fácil distinguir dónde acaban los derechos y dónde empiezan las responsabilidades. En el campo laboral, por ejemplo, hay reivindicaciones justas por parte de los empresarios, de los técnicos y de los trabajadores; pero también hay abusos de parte de unos y de otros. Todos conocemos casos de abusos de poder, de salarios de hambre, de picaresca en la contratación laboral, de trabajo realizado sin sentido de responsabilidad, de ausencias injustificadas al trabajo... Sencillamente somos conscientes de que el bien y el mal no son patrimonio de ninguno de los sectores. Por eso el cristiano, esté donde esté, ha de exigirse el cumplimiento de sus deberes y ha de ser un luchador en favor de la solidaridad que brota del cumplimiento de la justicia.

En tu acción apostólica, por ser acción de Iglesia, has de tener en cuenta a los demás miembros de la misma que también están actuando apostólicamente.

No podemos ser individualistas en nuestro apostolado; somos una comunidad congregada por el Señor y enviada al mundo en su nombre. Tu apostolado personal debe coordinarse con el apostolado de tu Instituto, de tu parroquia y de tu diócesis porque en todos ellos es la única Iglesia de Cristo la que está actuando. Debes estar disponible para colaborar con cualquier grupo de Iglesia; te debes sentir corresponsable con cualquiera que trabaje por la Iglesia; les puedes ayudar, te pueden ayudar y sólo unidos podemos mostrar al mundo el auténtico rostro de Cristo.

Esta unión no es una estrategia humana por aquello de que la unión hace la fuerza. Somos conscientes de que la fuerza nos viene únicamente de Dios. La colaboración es una consecuencia de la comunión que debemos vivir en la Iglesia. Esto supone respetar los carismas que Dios ha puesto en ella. Despreciar cualquier carisma equivale a despreciar los dones de Dios, es decir, equivale a suplantar a Dios en el protagonismo que Él tiene en la obra de salvación de todos los hombres.

IDEOLOGÍAS

Este aire de respeto a los distintos carismas y de complementariedad dentro de la actuación en la Iglesia, que debemos respirar en nuestra actuación apostólica, puede romperse por la influencia de determinadas ideologías muy activas en nuestra sociedad y que en no pocas ocasiones han sido la causa por la que se ha roto la comunión jerárquica. En nuestro estilo de ejercer la acción apostólica no podemos dejarnos llevar por el modo de actuar de los grupos ideológicos. Te indico algunos aspectos a tener en cuenta.

El grupo ideológico está muy pendiente del número, nosotros no podemos estarlo. Lo que realmente nos debe preocupar es la claridad de objetivos cristianos concretos y no la afluencia masiva de gente. Lo nuestro es ofrecer un testimonio de Jesús con unas obras y unas actitudes coherentes; el que este testimonio sea rechazado o aceptado ya no es problema nuestro.

Los grupos ideológicos proponen objetivos atrayentes de justicia, de solidaridad y de bienestar, pero no reparan en emplear la fuerza si es preciso para conseguirlos. Nosotros, que podemos coincidir con

ellos rechazando situaciones de injusticia que vemos, no coincidimos con ellos ni en señalar las causas ni, por tanto, en la línea a seguir para solucionar los problemas. Normalmente, ellos buscan la eficacia inmediata, buscan el poder, presionan y fuerzan para conseguir sus objetivos y marginan a quienes no sintonizan con ellos.

Nosotros somos conscientes de que nuestros objetivos no pueden conseguirse a corto plazo, creemos en la fuerza y en la eficacia de la verdad y no en la imposición por la fuerza de nuestros propios puntos de vista y de nuestros criterios. Ellos eligen a las personas con más cualidades y más eficaces; las sensibilizan, las preparan técnicamente y pronto las convierten en líderes para su organización. Nosotros no elegimos a las personas con más cualidades o con más valores humanos, sino a personas de buena voluntad. La preparación que les ofrecemos requiere tiempo y paciencia, pues es fruto de una evolución en la formación de la conciencia cristiana y de madurez espiritual. Y esto no se hace en cuatro días.

Ellos están fuertemente organizados. El individuo está en función del grupo, en función de la efi-

cacia, y con frecuencia hay una politización del hombre y del grupo. En función de sus objetivos intentan instrumentalizar a la Iglesia tratando de aprovecharse de las posibilidades y del prestigio que pueda tener en determinados ambientes. Nosotros somos conscientes de nuestra debilidad y ponemos nuestra confianza en el Señor y no en nosotros. Nuestro testimonio y nuestra acción son gratuitos y desinteresados, por eso no instrumentalizamos a nadie y todo lo debemos subordinar al servicio de cualquier hombre, especialmente de los más necesitados.

En lo que te estoy diciendo que hacemos o que somos, como comprenderás, me estoy refiriendo a lo que debemos hacer, porque indudablemente, al leer estos últimos párrafos, habrás estado pensando: me está describiendo una imagen ideal de los grupos apostólicos de nuestra Iglesia. Claro que es ideal, porque en la realidad tenemos también, y en gran parte debido a influencias de distintas ideologías, defectos que empañan la limpieza de nuestro testimonio cristiano. Y te lo digo para que en tus actuaciones apostólicas lo tengas en cuenta a fin de que actúes correctamente en el campo apostólico.

APOSTOLADO ESPECÍFICO DE LOS INSTITUTOS SECULARES

Tu presencia en el mundo como miembro de un Instituto Secular tiene la particularidad de incorporarte a la tarea de reconducir todas las realidades humanas para que todas ellas se orienten al servicio del hombre según el proyecto de Dios. Te sitúas en el corazón mismo del mundo, en sus instituciones y en sus organizaciones para actuar allí como fermento con la fuerza del Espíritu. Pero las modalidades de ésta inserción lo mismo que las tareas a realizar son muy distintas.

Por eso en cada Instituto hay una opción concreta a una determinada tarea dentro de la Iglesia. Los campos de actuación son muy diversos. Es necesaria la presencia de seculares como fermento dentro de la masa en campos como la cultura, la marginación, la justicia, los medios de comunicación social, la acción asistencial, las misiones, el arte, las ciencias, la educación, la catequesis... Hay una gran variedad de Institutos Seculares que, coincidiendo en un mismo esquema de secularidad consagrada, se diversifican a la hora de las concreciones dentro del vasto campo de actuación en medio del mundo. Sucede lo mismo en los Institutos

Religiosos, en los que el mismo carisma de consagración religiosa se diversifica en una gran variedad de Institutos.

Y es que Dios va suscitando, tanto en un caso como en otro, distintos carismas según las necesidades de cada época o de cada lugar. Esta variedad es una de las riquezas de la Iglesia. Es una demostración de su sensibilidad ante la problemática que está viviendo el hombre, y según sea la sintonía con esta problemática y el espíritu con que se responde a la misma, aparece una mayor o menor fuerza expansiva de los Institutos que se van fundando.

Dentro de esta variedad, hay una coincidencia en todos los Institutos Seculares, y es que, en la actuación apostólica, no es el Instituto el que actúa a través de sus miembros, como es el caso de los Institutos Religiosos, sino que el Instituto ayuda y potencia a sus miembros para que cada uno de ellos actúe en el campo de la secularidad cristiana bajo su propia responsabilidad en la Iglesia y en el mundo.

Y esto es lo que no pueden perder de vista los miembros de los Institutos, la propia responsabilidad en la vivencia de su secularidad consagrada desde la

cual han de actuar como miembros de la sociedad civil y de la comunidad eclesial. Y han de actuar desde dentro mismo del mundo, desde dentro de sus estructuras y de sus instituciones.

Y si tenemos en cuenta que por el apostolado se trata de ordenar todo el mundo hacia Cristo, toda vuestra vida debe ser apostólica. *“Toda la vida de los miembros de los Institutos Seculares, dedicada a Dios por la profesión de la perfección, debe convertirse en apostolado. Este apostolado ha de ejercerse fielmente, no sólo en el siglo, sino desde el siglo y, por lo mismo, en profesiones, ejercicios, formas y lugares correspondientes a estas circunstancias y condiciones”* (Pr. Fel. II).

Para ello hay que tener una mentalidad secular; hay que ser capaces de comprender la sensibilidad y el lenguaje del hombre de hoy; hay que ser conscientes de la realidad de su tiempo y de su historia; todo esto es necesario para reorientar las nuevas experiencias y la nueva cultura, purificándolo todo a la luz de la fe. Ello te supone asumir personalmente tu propia responsabilidad para actuar en cualquier campo y en cualquier actividad que tienda a promover la dignidad del hombre,

sin que sea el Instituto en cuanto tal quien se encargue de estas tareas. Normalmente esto corresponde a cada uno de los miembros (Vide Pablo VI al Consejo ejec. de C.M.I.S. 1976).

Y para actuar debidamente en tu acción apostólica personal, valdría la pena recordar unas palabras de Juan Pablo II dirigidas al Congreso mundial de Institutos Seculares el 28 de agosto de 1980. Señala tres condiciones para cumplir eficientemente con vuestra misión:

— *Ser verdaderos discípulos de Cristo; en el mundo y para el mundo; es necesario para ello discernir los elementos positivos y los negativos*

— *Ser competentes en vuestro campo específico para ejercer, con vuestra presencia, el apostolado del testimonio y del compromiso que vuestra consagración y vida en la Iglesia os imponen.*

— *Cambiar el mundo desde dentro. Esta inserción se espera de vosotros como actitud interior sobre todo. Debéis consideraros parte del mundo, comprometidos a santificarlo con la aceptación plena de sus exigencias, derivadas de la autonomía legítima de las realidades del mundo, de sus valores y leyes”.*

Ya el Concilio, hablando de la autonomía de las realidades terrenas, había dicho: *“Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y que la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar paulatinamente, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios, y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras”*. (G. et Sp. núm. 36).

Sois, pues, el Evangelio puesto en la raíz misma de las realidades del mundo y de sus estructuras desde donde habéis de vivir y comunicar la santidad misma de Dios. Vuestra vocación y vuestro testimonio en este campo ha de ir configurando vuestra vida apostólica. Las comunidades de Iglesia, especialmente la parroquia, y los lugares donde ejercéis vuestra profesión, serán normalmente el espacio propio de vuestra acción apostólica.

Y como el apostolado secular no es un apostolado mudo, limitado a sólo testimonio, sino que se

debe dar también razón de la propia fe para que todos puedan conocer las motivaciones de vuestro actuar y puedan sentirse atraídos a la fe; vuestra acción apostólica deberá atender especialmente a la formación de la fe de todos aquellos a los que podéis llegar, de ahí que vuestra colaboración en actividades catequéticas y de promoción de la fe a cualquier nivel, no sólo son compatibles con vuestro carisma apostólico, sino que deben ser atendidas de manera especial, cualquiera que sea el campo de vuestra actividad apostólica, tanto en acciones eclesiales como sociales.

A ello está orientada toda tu vida consagrada. Toda ella, convertida en apostolado, debe ser una proclamación de que te has vinculado al Señor por la obediencia, de que has puesto tu seguridad en Él por la pobreza, y de que te has dedicado a construir la hermandad y la fraternidad entre todos los hombres por la castidad. Actuar consecuentemente en esta línea no es nada fácil, va a suponerte complicarte la vida, sobre todo cuando el ambiente en que te mueves no es un ambiente fácilmente permeable al Evangelio; y no lo suele ser ni el ambiente en el que no impera la justicia con hombres desengañados y desilusionados, ni el

ambiente en que una facilidad de vida desemboca en el consumismo y en la búsqueda del placer inmediato.

Si toda tarea apostólica es dura y difícil, lo es especialmente cuando uno ha de actuar con cierto aislamiento y un poco en solitario dentro de un ambiente difícil y, a veces, hostil. Cuando uno vive en comunidad, compartiendo la misma fe y los mismos criterios y afanes apostólicos, hay siempre una ayuda y un estímulo de unos a otros. Los fracasos y la sensación de ineficiencia de unos quedan compensados por los éxitos y por las acciones positivas de otros; se asumen como propias las acciones de los demás.

Normalmente estarás actuando en solitario en ambientes en que o no se comparte tu fe, o no se vive con la intensidad con que tú la estás viviendo. Al volver cada día a tu casa no te encontrarás con el ambiente relajante y estimulante con el que se encuentran quienes viven en comunidad. Tendrás una sensación de soledad y de cierto fracaso al no ver el fruto de tu trabajo y correrás el peligro de que se adueñe de ti un cierto sentido de frustración si no vives constantemente de cara al Señor, de quien has de recibir el ánimo y el consuelo que no encuentras en otra parte. Es Él quien

te ha de aumentar la fe y quien te ha de dar fortaleza y quien ha de purificar constantemente tu intención para seguir trabajando por su Iglesia cada día mejor.

No es preciso ser muy avisado para ver que en la actualidad hay en nuestros ambientes como un intento de eliminar de la vida pública todos los valores cristianos que inciden en la vida social. Estoy pensando, por ejemplo, en el campo de la enseñanza. Todos sabemos de tácticas que se van empleando para eliminar la formación y la educación cristiana en la escuela. Hay mucho juego sucio. Y, al mismo tiempo, hay también muchas cobardías por parte de educadores católicos que no se atreven a dar la cara y a asumir las propias responsabilidades. Hay quien, incluso, por resultarle más cómodo, se niega a impartir las clases de religión, y son cristianos. Aparte de algunas situaciones en que puede haber justificación para no impartirla, lo cierto es que las razones que se dan en la mayoría de los casos no son convincentes, por lo menos, no lo son dentro de una coherencia con la fe.

Y esto que te estoy diciendo sobre la enseñanza, se repite en otros ambientes distintos de la escuela como pueden ser centros sanitarios o centros de admi-

nistración pública o empresas de todo tipo, donde se dan actitudes por parte de cristianos que poco tienen que ver con su deber de testimoniar la fe en el ambiente en que viven o trabajan. Tu testimonio apostólico puede servir para despertar la conciencia de esos cristianos y para aunar testimonios y esfuerzos que, aparte de la eficacia que puedan tener en cuanto a alcanzar los objetivos que os propongáis, tienen la fuerza del deber cumplido en favor de los derechos de los demás.

También es preciso reconocer que no es fácil la actitud de quien actúa en grupos de decisión sabiendo de antemano que sus puntos de vista son automáticamente rechazados por votación cuando hay que decidir algo en un ambiente adverso. Es natural que muchos cristianos y miembros de Institutos Seculares sean reacios a participar en colegios profesionales, en sindicatos, en comités de empresa, sencillamente en cualquier colectivo en que, de entrada, saben que no van a ser bien vistos. Sin embargo, hay que estar presentes allí. Y hay que hablar con claridad. Entre otras razones, porque hay siempre gente de buena voluntad que están equivocadas o instrumentalizadas y puedes ayudarlas cuando sinceramente están buscando la justicia

y el bien común; y, sobre todo, porque el Espíritu está actuando en el corazón de cada hombre y tu presencia junto a los demás puede ser una mediación eficaz para la obra del Espíritu.

Precisamente en la actualidad, cuando las entidades de Iglesia están teniendo un rechazo desde instancias políticas por el partidismo de algunas leyes y actuaciones, los miembros de los Institutos tienen una gran tarea a realizar, tanto animando dichas entidades como introduciéndose en cualquier campo civil donde pueda ser positiva vuestra presencia. Incluso eligiendo aquellos campos más desatendidos, dando de lado conveniencias personales y renunciando a ventajas que podáis tener, bien sea por años de servicios, bien sea por la importancia del cargo que ocupáis.

Por otra parte, cristianos y no cristianos dan una gran importancia a las ventajas económicas y al prestigio de un cargo relevante, en función de lo cual está el ejercicio de su profesión. Esto no puede tomarse como modelo por quienes han consagrado su vida a todos los hombres en su acción apostólica secular. Habrás de estar dispuesta a renunciar a lo que sea para que tu acción apostólica pueda ser más eficaz.

Y así como los seculares salen de su pueblo, de su región y de su patria cuando, considerando todas las circunstancias, ven que les conviene salir porque el trabajo que les ofrecen es más remunerador que el que tienen en la actualidad, los consagrados en los Institutos Seculares, precisamente por ser consagrados, deben estar dispuestos a cambiar de domicilio y de cargo en función del bien que persigue el Instituto, y siempre que se vea el cambio como más conveniente para el servicio de la Iglesia y de los hombres. No hay que dar por supuesto que vuestra consagración no os va a pedir un cambio de este tipo. La dimensión virginal de la consagración os abre a horizontes de universalidad.

Y en línea con esta consagración, te has de plantear, y te lo planteo, si tu puesto de actividad apostólica no está en los países de misión. El hecho de que no hayas de decidir por tu cuenta el ir o el no ir, no quiere decir que no te prestes a ir si la dirección del Instituto lo cree conveniente para el Instituto y para el bien de la Iglesia.

Cuando tu actitud interior sea la plena disponibilidad y estés totalmente desprendida de ti y dispuesta a trabajar donde sea y en lo que sea; cuando estés dis-

puesta a que digan de ti lo que quieran; cuando lo único que te importe sea dar un testimonio auténtico de tu fe donde sea necesario, prescindiendo de la eficacia inmediata que dicho testimonio pueda tener... tu actitud crítica constructiva será muy positiva en cualquier ambiente donde estés desarrollando tu actividad porque tienes el respaldo del testimonio de tu vida. Tendrás entonces crédito y prestigio por tu trabajo bien realizado, por tu responsabilidad en el servicio a los demás, por el interés que demuestras hacia las personas, por la defensa de los derechos de los más débiles, por la valentía que supone dar la cara por ellos y por aceptar las complicaciones que siempre lleva consigo estar en favor de los pobres y de los humildes atropellados en sus derechos y en su dignidad.

COMPROMISO CRISTIANO

Hoy se habla mucho del compromiso, de personas comprometidas, de actitudes comprometidas... Hay como un aprecio especial de quienes son capaces de comprometerse por los demás. Pero nuestro compromiso, como todo lo nuestro, ha de ser un compromiso "cristiano". Pues uno puede estar comprometido con

un partido político, con una ideología o con su propia fe. En nuestro caso, se trata de estar comprometidos con una persona, con la persona de Jesucristo. Este es el distintivo de nuestro compromiso con los demás y con el mundo. Al estar comprometidos en la amistad con Jesús, estamos en disposición de comprometernos en el servicio a los hombres hasta las últimas consecuencias.

Si nuestro compromiso en favor de los hombres arranca de la vivencia de nuestra amistad con Jesús, de nuestra relación filial respecto del Padre y, como consecuencia, de la relación de fraternidad con todos los hombres, esta actitud es la fundamental y la que da sentido a cualquier actuación en favor de cualquiera que necesite de nosotros. Y, aunque en la actualidad parece que lo importante es la actividad comprometida social y política, lo que da fuerza y sentido a nuestra actividad apostólica es la adoración, la acción de gracias, la actitud reverencial de cara al Padre, la oración, la esperanza, la conversión. Todos esos valores que llamamos culto o espiritualidad sacramental. Y a partir de estos valores, todo el compromiso que se quiera; pero si el compromiso no parte de estos valores, no pode-

mos hablar de un compromiso cristiano. Precisamente es desde estos valores desde donde se puede colaborar en la liberación integral del hombre.

Claro está que nuestro mundo está cansado de palabras y de promesas, por eso está pidiendo hechos. Por eso es el testimonio de nuestras obras, que parten de nuestra relación personal con Jesús, lo que realmente ayuda a la liberación integral del hombre y lo que le dignifica. No nos podemos quedar a mitad camino ni pretender una eficacia en nuestra acción en favor de los hombres prescindiendo de lo que realmente da sentido y consistencia a nuestras actividades apostólicas, pues es Jesús quien actúa y salva y libera a través de nosotros. Y lo hace de una manera plena y radical.

El culto a Dios, si es en espíritu y en verdad, va indisolublemente unido al servicio gratuito ofrecido al hombre. No hay dicotomías. El culto a Dios sería falso si condujese a una evasión ante cualquier problema que tuviese cualquier hombre, ya que Cristo ha venido precisamente para solucionar los problemas del hombre. Y si la solución que Cristo nos ofrece ha consistido en el ofrecimiento de su vida para lograr que todos viviésemos la comunión de vida con Él, ¿cómo es

posible desconectar el culto a Dios del cumplimiento de la voluntad del Padre, que es precisamente esa comunión de vida con Él a través de Cristo? El servicio a los hombres es la expresión de la autenticidad del culto que tributamos a Dios.

Los cristianos, más que ir a una sociedad hemos de ser conscientes de que somos una parte de la sociedad que se ha vinculado a Cristo y, al ver que en Cristo es donde el hombre puede realizarse en plenitud, nos sentimos llamados a comunicar a los demás la experiencia que estamos viviendo. Sin imponer nada a nadie pero ayudándoles a que descubran en Cristo el camino de la auténtica liberación. El cristiano se interesa por el hombre precisamente por ser hombre y por ser consciente de que en Cristo, y únicamente en Él, puede cualquier hombre realizarse en plenitud.

Por eso el culto tributado a Dios tiene la primacía en toda la actividad del cristiano. Y esto no se tiene suficientemente en cuenta en muchos ambientes. Esa actitud cultural por la que todo el hombre y toda la actividad del hombre debe ordenarse al culto a Dios, ha de estar muy viva en el corazón de los cristianos. Pues, aunque pudiera parecer menos eficaz, purifica la inten-

ción del corazón y elimina toda una serie de actitudes individualistas que pueden desvirtuar cualquier acción por mucho que exteriormente se vea correcta y eficaz. El amor y la amistad con Jesús y el culto que, con Él, tributamos al Padre, nos empuja a comprometernos con los hombres, especialmente con los más desfavorecidos. Y eso, gratuitamente, sin esperar recompensas ni reconocimientos humanos, conscientes, además, de que seremos objeto de incomprensión como también lo fue Jesús.

El cristiano es un incomprendido porque no se valora la dimensión cultural que es la raíz de su compromiso. Y los cristianos no siempre evitan la tentación de querer bajar a la arena de las reivindicaciones sociopolíticas como diciendo: “*nosotros estamos tanto o más comprometidos que vosotros en la construcción de una nueva sociedad*”, pero si se desconectan de la fuente de su espiritualidad, se exponen a actuar sin la fuerza que les viene de Dios y sin la fuerza ni la eficacia de los demás por no emplear los medios de cualquier tipo que los otros emplean. Pueden, incluso, correr el peligro de perder su identidad cristiana. El cristiano debe ser consciente de que, aunque ni se vea ni se

reconozca, hace más y mejor por los hombres porque tiene en cuenta una serie de valores humanos que son fundamentales y que son los que le dan al hombre su auténtica grandeza y dignidad, y esos valores son los que le comprometen a una actuación eficaz y gratuita en favor de cualquier hombre.

Por otra parte, el cristiano no busca la eficacia de sus actuaciones en los grupos de fuerza o de presión o de influencia; es consciente de que la eficacia le viene de Dios y de la verdad. Excluye del horizonte de su vida el odio, la revancha y el uso de medios injustos; está dispuesto siempre a devolver bien por mal como también a iniciar acciones de reconciliación y de mediación.

Por eso busca más la coherencia con su fe que la eficacia inmediata. Sin ambigüedades y en una constante actitud de honradez y sinceridad. Siempre en actitud de escucha y dispuesto a dejarse interpelar por Dios y por los hermanos, tratando de ser poseído por la verdad y no de poseerla. Por eso vive la comunión eclesial y respeta y acepta los distintos carismas que el Espíritu ha distribuido. Es consciente de actuar como Iglesia y desde la Iglesia. Vive, aunque le cueste, la comunión eclesial.

EL COMPROMISO POLÍTICO

¿Y qué decir del compromiso político? También ahí tenéis un campo apostólico, ya que desde la acción política se puede contribuir extraordinariamente a un cambio positivo de la sociedad. Pablo VI en 1976 aplica a los Institutos Seculares unas palabras de la *Evangelii Nuntiandi* sobre el particular. Dice: “*Los Institutos Seculares deben escuchar como dirigida, sobre todo a ellos, la llamada de la Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi: «su tarea primera es el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas»*”. Juan Pablo II recordará estas mismas palabras en 1980.

Hay toda una serie de valores que los cristianos debemos promover, valores que podemos resumir como la defensa de los derechos y de las libertades de todos, como el derecho a la vida, a la educación, al trabajo, a la veracidad y objetividad de la información, a

la igualdad de oportunidades, a la vivencia y propagación de las propias creencias religiosas, al derecho de los padres para optar por el tipo de educación para sus hijos que esté más de acuerdo con sus creencias.

La libertad para poder llevar a cabo todos estos valores debe estar plasmada en las leyes y tutelada por la administración pública. Y esto es tarea de todos, es lo que podríamos llamar política con mayúsculas en la que todos los cristianos tenemos una tarea a realizar.

Pero estos objetivos tienen distintos modos de realizarse, de ser plasmados en la vida social. Los distintos grupos y partidos políticos son opciones distintas para llevarlos a la práctica, y esto es tarea propia de los seculares. Los miembros de Institutos Seculares deben afrontar esa responsabilidad si tienen cualidades y vocación para ello, con un claro testimonio de servicio a la sociedad y al bien común de la misma.

Lo que sucede es que, en no pocas ocasiones, la acción política no está muy bien vista porque se accede a ella buscando intereses personales, no un servicio a la sociedad. Es lamentable la impresión que causan determinados políticos que ven en la política una salida airoso para sus ambiciones personales. Y como en el

campo político partidista tienen el porvenir asegurado, hay una tendencia a politizarlo todo; aparte de que no pocas veces se dejan llevar por ideologías con la tendencia a la toma del poder desde el cual poder imponer su propia concepción de la vida y de la sociedad.

¿No te parece que una de las funciones importantes del seglar cristiano, tanto si pertenecen como si no a los Institutos Seculares, sería ofrecer un testimonio de que en política lo que se debe buscar es el bien común, prescindiendo de ventajas personales? Esto, junto con una eficacia en cuanto a llevar a cabo un buen programa de partido, puede contribuir en gran manera a que la sociedad funcione según el plan de Dios. Es una manera positiva de contribuir a que se vayan introduciendo en la sociedad los principios de libertad y de igualdad que deben regular su vida.

Es cierto que se puede poner como inconveniente el hecho de que los cristianos y los mismos miembros de Institutos Seculares pueden militar en grupos o partidos distintos. Pero esto es un inconveniente cuando la política se absolutiza. Pero la presencia de miembros de Institutos Seculares bien formados y bien dispuestos a trabajar por el bien común de la

sociedad puede contribuir en gran manera a relativizar la política. Porque, además, si los seculares cristianos como tales no pueden actuar en el campo de la política de partido es que este campo no es compatible con la actividad del cristiano como tal. Y la política de partido no está muy bien vista en determinados ambientes, precisamente, porque faltan en ella cristianos serios y responsables. Aunque debes tener muy presente que en este campo, como en otros, no hay que entrar porque sí; hay que prepararse debidamente, y si en cualquier campo se requiere una buena preparación, en éste se requiere de manera especial, tanto por las implicaciones de todo tipo que la política tiene con los otros campos y sectores de la vida social como por el peligro que conlleva de politizar incluso la concepción de la vida y de los valores cristianos, entre ellos, el de romper la comunión eclesial con los cristianos que militan en otros partidos distintos del propio.

El diálogo sincero con los dirigentes del Instituto te podrá ayudar a ir descubriendo si tu puesto está en el campo de la política activa de partido. Pero a lo que no puedes renunciar en tu acción apostólica, es a colaborar en distintas instituciones sociales de cualquier

nivel, que pueden contribuir positivamente al desarrollo y promoción de los derechos y libertades sociales.

LA CATEQUESIS

Te voy a indicar otro campo de actuación apostólica en el que indudablemente trabajas. Es el campo de la catequesis. La catequesis no es tarea exclusiva de sacerdotes ni de religiosos.

En esta tarea de Iglesia debemos tomar parte todos. Y no confundas la catequesis con la catequesis infantil ni con la catequesis organizada. Cuando estás ayudando a alguien, con tu ejemplo y con tu palabra, a ahondar en el misterio del Señor y a vivirlo con mayor intensidad, estás haciendo catequesis, lo mismo que si estás colaborando en la catequesis parroquial.

En la catequesis lo que hay que poner es mucha vida. No se trata de unas clases de teología, sino de ayudarnos mutuamente en la experiencia de la amistad con Jesús, de descubrir vitalmente su mensaje evangélico, de aplicárnoslo a nuestra vida concreta, de animarnos a responder positivamente a su llamada, a profundizar en nuestra comprensión de la fe. Se trata de recorrer nuestro propio camino iluminados por la fe de la Iglesia.

Es posible que en algunas ocasiones nuestra fe o la fe de cualquier otra persona, catequista o catequizando, no sea plenamente coincidente con la fe de la Iglesia. En estos casos hemos de tener muy presente que lo que nos salva no son las opiniones de unos ni de otros, sino la fe de la Iglesia; es ésta la fe que debemos vivir y ofrecer. Y si te encuentras con algún catequista que en cualquier cuestión esta ofreciendo una fe distinta de la de la Iglesia, al corregirle recuerda el tacto con que Aquila y Priscila corrigen a Apolo, llamándolo aparte y haciéndole ver que su predicación sobre el bautismo no estaba de acuerdo con la enseñanza de los apóstoles (Hech. 18, 22-28).

Apolo acepta la corrección que le hacen porque su actitud era de buena voluntad y lo único que pretendía era predicar el Evangelio de Jesús. Tu actitud, si te encuentras en una situación semejante, creo que debe ser la misma que te acabo de relatar: la corrección fraterna. Tanto el corregir a los hermanos como el dejarse corregir por ellos es signo de madurez cristiana y de buena voluntad. Porque si lo que predicamos son nuestras propias opiniones o las de cualquier otra persona, por mucho relieve o fama que tenga, no estamos

ofreciendo lo único que debemos ofrecer: la fe de la Iglesia.

FORMACIÓN

Una acción apostólica sería supone una adultez humana y cristiana. Cuando se trata de asumir las propias responsabilidades en situaciones que van cambiando día a día, no se puede estar actuando al dictado de nadie. No se trata sólo de ser buenas personas, sino de saber lo que uno lleva entre manos. Hay que tener criterios sólidos y firmes, debe saber discernir por sí mismo lo positivo y lo negativo que hay en cada situación concreta.

Y no es suficiente decir que ya somos adultos, porque eso lo solemos decir todos, hay que serlo realmente; porque a veces se alardea de adultez por quienes son perpetuos infantiles. La adultez requiere una gran dosis de formación, tanto para la vivencia de actitudes cristianas auténticas como para saber dar razón de nuestra fe, sobre todo, en estos momentos en que la gente se cuestiona muchas verdades de la fe y muchas de las actitudes morales que la Iglesia propone con claridad y valentía. Y en este campo hay muchas

desviaciones y falsas interpretaciones, hay también mucha ignorancia.

Podríamos estar hablando largo y tendido sobre la formación, pero sólo quiero indicarte dos aspectos de la misma: tu formación permanente; y tu formación eclesial. El mundo va cambiando a pasos agigantados y va planteando constantemente nuevas cuestiones y nuevos problemas. Y hay que estar al día para saber dar, en cada momento, razón de nuestra fe. Es claro que se requiere para ello una seria preparación y un estar al tanto de la problemática que se está debatiendo en cuestiones doctrinales y morales, teológicas y bíblicas. Se oyen muchos comentarios sobre todas estas cuestiones que denotan una falta de formación seria.

Hoy necesita la Iglesia seglares bien formados en todas estas cuestiones. Hay escuelas teológicas para seglares y hay seglares que asisten a facultades de teología. Y si antes, estos estudios estaban reservados a los sacerdotes, hoy están abiertos a todos y no pasaría nada si algunos miembros de Institutos Seculares sacasen alguna licenciatura en ciencias eclesiásticas o algo por el estilo, según las posibilidades de cada cual. Ya lo están haciendo muchos Institutos, pero creo que esto

debiera extenderse lo más posible. Lo cual repercutiría muy positivamente en la elevación del nivel de formación en todos los miembros del Instituto. Les daría otro tono. Y en esta formación no podemos tampoco quedarnos estancados, hay que tener bases sólidas, pero hay que seguir estando al día para no anquilosarnos. Hay que estar permanentemente abiertos a una formación más completa.

El segundo aspecto al que antes te aludía es tu formación eclesial. Hoy se habla mucho de la Iglesia, pero no siempre con ideas claras, más bien se emplean conceptos parciales sobre el ser de la Iglesia y, como sucede cuando se parcializa cualquier realidad, se la falsea. En el siguiente capítulo te voy a hablar un poco de la Iglesia o de la eclesialidad como actitud fundamental en tu ser y actuar apostólico.

CAPÍTULO VII: ECLESIALIDAD

No sabía si dedicar a este apartado un capítulo o poner estas reflexiones como conclusión del capítulo anterior. Me he decidido a ponerlo como un capítulo aparte, aunque sea muy breve, por la importancia que tiene en toda vida cristiana la dimensión de eclesialidad. No voy a desarrollar en él un pequeño tratado sobre la Iglesia, sino a proponerte algunas ideas que te puedan servir para tu reflexión sobre el estilo de tu actuar cristiano. No tengo más pretensiones. La Iglesia, ante todo, es un misterio: el misterio de la presencia salvífica de Dios en medio de nosotros. Por eso, en la constitución conciliar *Lumen Gentium*, en la que se nos ofrecen los rasgos de su identidad, se nos dice que “*la Iglesia es, en Cristo, como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano*” (L.G. 1). Y en el número 4 se nos dice: “*Así se manifiesta toda la Iglesia como*

una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

Entrar en el conocimiento de la unión con Dios y en la unidad de las tres divinas personas es entrar en el misterio de Dios. Y porque la Iglesia es un misterio, como todos los misterios, se describe más que se define. Por eso, la *Lumen Gentium* nos ofrece una serie de imágenes a través de las cuales se nos van presentando algunos aspectos parciales de la Iglesia que han de ser integrados en unidad para entrar, con respeto y humildad, en la interioridad del misterio.

Y así se nos habla de redil, grey, labrada o arada de Dios, vid, edificación de Dios, casa de Dios en la que habita su familia, tienda de Dios entre los hombres, templo santo, Jerusalén de arriba, esposa del cordero, cuerpo de Cristo, pueblo de Dios (L.G. número 7-9).

La definición cierra y limita los conceptos, la imagen siempre deja una puerta abierta hacia horizontes más amplios. Por eso los poetas entran más a fondo en los misterios que los científicos. Con la Iglesia sucede, pero con mayor profundidad, algo parecido a cuando uno intenta expresar, por ejemplo, en qué consiste la maternidad. Si, en vez de dar una definición, se

van describiendo algunos aspectos de la madre, como pueden ser la capacidad de sacrificio por el hijo, su donación gratuita, su disponibilidad para el servicio, su dedicación al bien del hijo, su disposición para perdonar y para acoger y para defender al hijo en cualquier circunstancia, y si, además, se proponen unos cuantos ejemplos de madres extraordinarias que han amado a sus hijos hasta extremos a los que sólo una madre puede llegar, habremos entrado en una comprensión de la maternidad de manera más perfecta que si nos limitamos a decir simplemente que “*madre es aquella que engendra un nuevo ser*”.

Como te he dicho antes, al hablar de la Iglesia hablamos de la presencia de Jesús en ella, al mismo tiempo que de nuestra presencia. En la Iglesia confluyen ambas presencias, por eso en la Iglesia está la obra de Jesús y nuestra propia obra, por eso hay en ella una dimensión espiritual e invisible, al mismo tiempo que otra visible y externa. Y por eso, nunca podemos hablar de dos iglesias distintas, sino de, una sola Iglesia, espiritual y visible al mismo tiempo.

En la actualidad, al hablar de la Iglesia, se insiste mucho en su dimensión humana y poco en la acción

de Jesús que es quien le da consistencia. Esta consideración meramente humana de la Iglesia nos lleva con frecuencia a dividirla en perfecta —la de nuestro grupo, la de los puros— y en imperfecta —la estructural, como la llaman, o jerárquica—. Ni hay distintas Iglesias, ni hay iglesias perfectas o imperfectas. Sólo hay una Iglesia necesitada constantemente de purificación y es Jesús quien la está purificando constantemente.

Por eso hay que proclamar muy insistentemente que la Iglesia es mucho más que los hombres que pertenecemos a ella. Ni nos predicamos a nosotros ni nos debemos considerar superiores a nadie. Es Jesús quien le da a la Iglesia su fuerza y santidad. Cuando hablo de la santidad de la iglesia y de su necesidad de purificación constante, me gusta compararla a un hospital. Está lleno de enfermos y, sin embargo, lo llamamos casa de salud. La Iglesia está llena de pecadores y la llamamos santa. El hospital es casa de salud, no porque haya enfermos en él, sino porque en él se recobra la salud, debido a los médicos que están actuando. La Iglesia es santa, no por los hombres que estamos en ella, sino porque Jesús, fuente de santidad, la está santificando.

Hay que insistir constantemente en la principalidad de Jesús. Sólo en la medida en que se considere a la Iglesia como la comunidad a la que Jesús va purificando continuamente porque siempre está necesitada de purificación, se la podrá mirar con el cariño y el aprecio con que la mira Jesús. A pesar de los defectos que podamos tener dirigentes y no dirigentes, Jesús la quiere como a la niña de sus ojos. Y si hemos sido llamados a formar parte de ella es porque somos pecadores y necesitados de purificación, desde el Papa hasta el último cristiano, no hemos sido llamados porque seamos dignos de pertenecer a ella.

Por otra parte, Jesús ha querido visibilizar su presencia en la Iglesia y la ha estructurado visiblemente. La Sagrada Escritura, el testimonio de los apóstoles, la Tradición doctrinal, la vida sacramental, el ministerio apostólico son realidades que configuran a la Iglesia y han de estar siempre en primer lugar porque Cristo la ha estructurado así. Por tanto, y en contra de lo que se piensa en determinados ambientes, has de tener muy en cuenta la necesidad que todos tenemos de recuperar esta dimensión institucional y estructural de la Iglesia.

Todo en ella es obra de Jesús. Y quien rechaza lo institucional —y hay muchas maneras de rechazarlo, desde actitudes de abierta oposición hasta la más fina crítica destructiva— está rechazando la obra de Jesús, ya que todos los elementos institucionales de la Iglesia son maneras de actuar Jesús a través de cada uno de nosotros.

Por ello, toda nuestra actividad y creatividad desconectadas de estas realidades institucionales, ni valen nada ni sirven para nada. Desconectados de la Iglesia somos como los sarmientos cortados. Tu fidelidad a la Iglesia ha de proclamar muy alto que, sin lo institucional, por mucha que sea nuestra capacidad de convocatoria y por muchas que sean nuestras cualidades y nuestra valía, no vamos a ninguna parte.

La primera consecuencia que se saca de esta consideración de la Iglesia es que, por ser Jesús quien actúa a través de cada uno de nosotros, ha de haber una toma de conciencia de la complementariedad de todos los que formamos parte de la misma. Y somos complementarios porque todos somos portadores de la misma vida de Jesús que se nos comunica de distintas maneras para bien nuestro y de todos los demás. No

se trata de la complementariedad de cualquier grupo humano, cuya fuerza se potencia por la unión de todos sus miembros y se enriquece por la suma de las cualidades de unos y de otros. Se trata de que la plenitud de Jesús se nos comunica a unos a través de otros y su obra la va realizando también a través de unos y de otros. Por eso tampoco nadie puede considerarse auto-suficiente, ni como individuo ni como grupo de Iglesia, ya que entre todos compartimos los distintos dones y carismas que cada uno hemos recibido para el bien de todos.

En este sentido, decía Pablo VI a los responsables de los Institutos Seculares: *“La Iglesia, a su manera, es, como Cristo, una plenitud tal, es una riqueza tal, que nadie por sí solo, ninguna institución por sí misma podrá nunca comprender ni expresar adecuadamente. Por tanto, también la realidad de la Iglesia y su misión pueden expresarse únicamente por completo en la pluralidad de los miembros”* (Sept. 1972).

Por tanto, en tu actuación apostólica has de sentirte miembro de la Iglesia, ya que es la fe y la vida de la Iglesia lo que transmites en tu acción eclesial. Y esta eclesialidad has de vivirla sin complejos ni temores; la

comuni3n con la Iglesia es expresi3n de la comuni3n con Jes3s. De ella recibimos la fe, en ella vivimos la vida de Jes3s, y desde ella proclamamos a todo el mundo la Buena Nueva.

AMOR A ESTA IGLESIA

Si la Iglesia es la obra de Jes3s, es l3gico que la queramos. Cierta que entre todos —y aqu3 entramos de lleno t3 y yo— estamos empa3ando la imagen de Jes3s que ella debe ofrecer siempre al mundo. Pero, precisamente por ello, Jes3s se ha desposado con la Iglesia, para purificarla y hacerla semejante a s3. Y es con ÉSTA Iglesia con la que se ha desposado, y es ÉSTA Iglesia a la que ama y por la que ha dado su vida, y es en ÉSTA Iglesia donde est3 actuando porque la quiere cada d3a m3s santa y m3s perfecta. No le gustan sus defectos, pero no la repudia. La ama y nos ama a cada uno de los que formamos parte de ella por mucho lastre que arrastremos con nosotros.

¿No te parece que es una incongruencia y una actitud un poco farisaica rechazar esta Iglesia porque vemos en ella a muchos pecadores, al fin y al cabo m3s o menos como nosotros? Claro que no nos gustan sus

defectos; tampoco le gustan a Jesús; tampoco le gustan a los demás los míos. Claro que debemos hacer lo que esté de nuestra parte para que no los haya; es lo que hizo Jesús: Él hizo lo que estuvo de su parte, que fue dar su vida por su Iglesia amándola hasta el fin. Y es esto lo que también debemos hacer nosotros. Y no vale la justificación que dan algunos para no amar a “esta” Iglesia, que es soñar con “otra” a la que se dice amar, pero que tiene el gran inconveniente de no existir en la realidad.

No es de recibo la actitud de quienes intentan un rechazo de la Iglesia con el pretexto de una adhesión a Jesús, algo así como presentando a la Iglesia como un obstáculo para la intimidad entre Jesús y nosotros. Esto sería como rechazar a la familia porque algunos de los hermanos viven al margen del clima familiar. Cuando la preocupación del padre es precisamente forjar su familia en el amor y en la unidad, no es correcto rechazar a la familia con el pretexto de que no atiende la invitación del padre, por mucho que dicha actitud de rechazo pretenda justificarse con un gran amor al padre. Este amor hay que expresarlo aceptando la familia que el padre acepta, amándola como el Padre le ama y

ayudándola a reencontrar la unidad que el Padre está deseando.

Ten en cuenta, además, lo mucho que has recibido de la gran familia de los hijos de Dios que es la Iglesia. Has recibido todo, no te creas nunca autosuficiente. Lo has recibido todo a través de los hermanos. Ciertamente que en ellos ha estado presente Jesús salvándote y salvándonos. ¿Cómo vas a ser capaz de negar tu cariño y tu comprensión a aquellos de quienes has recibido todo? Pero es que, además, lo estas recibiendo porque la comunidad que todos formamos sigue ayudándote en la actualidad.

Piensa en la Iglesia que has vivido a través de tus padres, a través de tu familia, de la pequeña catequesis parroquial, de algunos maestros que has tenido, de algunos familiares o de algunas amistades. Entre todos, y de una manera imperceptible, han ido configurando tu personalidad cristiana. Te han ido transmitiendo, con su estilo y a su manera, la fe de la Iglesia, la misma fe que ellos estaban tratando de vivir con mayor o menor perfección. Lo cierto es que, a través de unos y de otros —Iglesia de Cristo—, ha ido modelándose tu personalidad cristiana.

La Iglesia te está ofreciendo el apoyo de la fe porque es ella quien la clarifica y la propone con la autoridad recibida del Señor, ante todos los creyentes. Es la Iglesia la que te ofrece la fuerza de los sacramentos a través de los cuales Cristo sigue actuando la salvación. Te ofrece el testimonio de tantas vidas entregadas incondicionalmente al servicio de Dios y de los hombres. A través de la comunidad eclesial y de sus miembros puedes recobrar las fuerzas y el ánimo desgastado en tu lucha constante por el bien y por el amor. Te ofrece también el testimonio de los miembros de tu mismo Instituto y su inestimable ayuda, muchos de sus ejemplos y muchas de sus actitudes te habrán animado y estimulado y te habrán ayudado a no desfallecer. ¿No es verdad que es posible que pienses a veces que, sin la ayuda de este o de aquel otro miembro de tu Instituto ni serías como eres ni, quizá, seguirías en el Instituto?

La condición esencial para tu fidelidad a la Iglesia es sentir con ella o, si quieres, sentirte de verdad Iglesia. Este sentido de Iglesia, decía el Papa, debe estar “*presente en vosotros como una atmósfera interior*” (Encuentro internac. de I.S. Sept. 1970). Esto supone sufrir y gozar con ella, vibrar ante la problemá-

tica que tiene planteada y sintonizar con sus proyectos y con sus logros.

Este sentir con la Iglesia está en la raíz misma de tu pertenencia a cualquier comunidad eclesial. Tu pertenencia a tu Instituto y tu vinculación al mismo, son una concreción de tu pertenencia a la única Iglesia de Cristo; y tu consagración en tu Instituto es una consagración a la Iglesia. Es realmente preocupante el hecho de que miembros muy valiosos de la comunidad eclesial formen grupo aparte en su actividad apostólica. La unidad en la acción apostólica es fundamental para que la acción de la Iglesia tenga la fuerza y la garantía del testimonio dado en nombre de Jesús. La auténtica acción eclesial ha de estar abierta a toda la Iglesia. Las acciones aisladas y desconectadas, a la corta o a la larga, repercuten negativamente en la Iglesia. Es la triste realidad y la triste experiencia de muchos casos a través de la historia. Como también la acción apostólica en comunión eclesial, a pesar de dar muchas veces la impresión de inutilidad e ineficacia, es la que realmente ha dado frutos abundantes y, en ocasiones, muy duraderos.

Pero es que, además, las cuestiones sobre las que pensamos de manera distinta y con las que en oca-

siones nos estamos haciendo la vida imposible unos a otros, tienen muchísima menos importancia que el gran problema de la descristianización que nos viene de fuera. Y es urgente que, como Iglesia, o como gran familia, reaccionemos conjuntamente y nos dejemos de tantas cositas pequeñas que lo único que producen son insatisfacciones y roces entre nosotros aparte de la infidelidad que supone en cuanto al cumplimiento de nuestra propia misión dentro de la Iglesia.

La jerarquía tendrá la misión de ofrecer, en nombre de Cristo, la verdad del Evangelio, de administrar los sacramentos y de impulsar y fomentar la unidad en la caridad, todo en nombre de Cristo. Los religiosos deberán ser como avanzadilla que estimule al pueblo cristiano, puesto que tratan de vivir la radicalidad evangélica en el seguimiento de Cristo viviendo en comunidad. Los seculares tratarán de conseguir reorientar las realidades mismas del mundo haciendo que funcionen según el Evangelio, y aunque todos debemos ser luz y sal, en los religiosos se acentúa el deber de ser luz, mientras que en los Institutos Seculares, el deber de ser sal, es decir que quienes vivís la exigencias de la secularidad cristiana no os situáis fuera de las

realidades del mundo, sino que os encarnáis en ellas tratando de impregnarlas con el espíritu del Evangelio.

Y esta es tu misión como persona consagrada y dedicada a esta acción secular, acción complementaria con las demás acciones eclesiales. Por tanto, tu misión y la de todos los que formamos parte de la Iglesia es, aparte de desarrollar nuestro propio carisma en bien de todos, complementarnos, comprendernos, estimularnos y ayudamos. Es Jesús quien va construyendo su Iglesia a través de todos nosotros.

Las distintas instituciones de la Iglesia las podemos imaginar como las distintas ramas de un mismo árbol, no son como árboles distintos que forman un bosque con vida independiente unos respecto de otros. Hay un tronco común que es lo que podemos llamar lo institucional en la Iglesia. Las ramas tienen vida porque el tronco está vivo. No puede imaginarse una vida independiente del tronco. Por eso tu amor y aprecio por una rama de la Iglesia, como puede ser tu propio Instituto, no puedes desconectarlos de tu amor a la Iglesia.

La vida de la Iglesia es tu vida, y lo estructural es necesario para que ella viva y para que tú vivas. En

función de esta única Iglesia actuamos todos, sea cual sea el puesto que ocupemos en ella. Y uno de nuestros primeros deberes es contribuir a la construcción de la Iglesia desde nuestro propio puesto y desde nuestra responsabilidad. Decía Pablo VI en el encuentro internacional de Institutos Seculares: *“sois laicos que convertís la propia profesión cristiana en una energía constructiva dispuesta a sostener la misión y las estructuras de la Iglesia, las diocesanas, las parroquiales, de modo especial, las instituciones católicas y alentar la espiritualidad y la caridad”* (Sept. 1970).

Y si tienes en cuenta que tu pertenencia a un Instituto Secular está en función de tu dedicación apostólica, deberás abrirte a cualquier colaboración que se te pida y deberás realizar tu apostolado en unión con los miembros de tu Instituto aportando vuestro propio carisma y complementándolo con los demás carismas, pues todos han sido dados por el Señor para el bien de la única Iglesia. La medida de tu deseo de servir a la Iglesia vendrá marcada por tu disponibilidad a cualquier colaboración que se te pida o que puedas ofrecer. El sentido de Iglesia ha de estar muy presente en todas tus actuaciones apostólicas.

Es lo que viene a decir Pablo VI en un discurso a los responsables de los Institutos Seculares: *“No se podría concebir ni comprender un fenómeno eclesial al margen de la Iglesia. No os dejéis sorprender nunca, ni siquiera rozar por la tentación, hoy demasiado fácil, de que es posible una auténtica comunión con Cristo sin una real armonía con la comunidad eclesial regida por los legítimos pastores. Sería un engaño, una ilusión”* (Sept. 1972).

Te invito a reflexionar sobre el término “armonía” que emplea el Papa. Viene a significar algo así como una orquesta bien conjuntada, Cualquier instrumento es siempre una parte del conjunto. Entre todos se complementan y aparece la melodía; ésta no puede ser bien ejecutada sino en la medida en que cada uno de ellos esté en sintonía con los demás; todos se necesitan y entre todos se complementan; a veces habrá silencios o compases de acompañamiento o principalidad melódica. No importa; lo fundamental es que cada uno interprete bien su papel, sea el que sea. Es entonces cuando se logra la unidad.

Quiero, a este propósito, recordarte una frase del Concilio al hablar de la parroquia. Dice así: *“La*

parroquia presenta un modelo clarísimo del apostolado comunitario, reduciendo a la unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran e insertándolas en la Iglesia universal” (G.S. núm. 10). Ten esto muy en cuenta porque normalmente desarrollarás tu apostolado en el ámbito parroquial. Trabaja para que esta armonía empiece a ser una realidad en la parroquia.

En la misma ocasión dice el Papa: *“vuestras estructuras y actividades no deberán conducirnos nunca a una «bipolaridad» de posiciones, ni mucho menos a posiciones antitéticas con vuestros pastores”*. Y es que realmente la Iglesia ha de forjarse en la comunión. Y, a pesar de los fallos que podemos tener unos y otros, hay algo que todos debemos respetar y que no podemos romper de ninguna manera: la comunión. Cada uno somos portadores de unos dones o de unos carismas que hemos recibido del Señor para el bien de la Iglesia. Con la excusa de que se emplean mal, no podemos prescindir de ellos porque son dones del Señor para bien de la Iglesia y la Iglesia no se puede edificar sin ellos. Hay una insistencia en la comunión con los pastores precisamente por la importancia que tiene la mi-

sión apostólica, puesto que tiene, como función propia, garantizar y proponer la fe de la Iglesia, administrar los sacramentos y aunar la comunidad cristiana. Separarse de la jerarquía equivale a separarse de la unidad de la Iglesia.

De todos es conocida la radicalización de determinados grupos de Iglesia que en su actuación se aíslan y desconectan de otras realidades eclesiales y que están, incluso, en tensión constante con el ministerio jerárquico. Y no se trata de una tensión con éste obispo concreto o con un sacerdote o consiliario, sino que se trata de tensión con “los” obispos. Y esto es muy grave. Uno podrá tener sus diferencias con su obispo o con su consiliario, podrá llegarse a cierta tensión en las relaciones mutuas. No somos perfectos uno ni otros. El diálogo podrá clarificar muchas posturas de una y otra parte siempre que todos nos prestemos a tenerlo y estemos dispuestos a escuchar y a comprender. Pero lo que no es de recibo es, por ejemplo, lo que ha sucedido no pocas veces, como el hecho de suscribir alguna nota de protesta en nombre de determinado movimientos apostólicos, ante alguna decisión, incluso doctrinal de la jerarquía, refrendada por la suprema autoridad de la Iglesia.

La colaboración exige respetar nuestras propias competencias. De ahí que no se pueda prescindir del acompañamiento jerárquico. Y esto vale para los seculares y para los consiliarios y asesores. Porque si bien es cierto que cualquiera puede ser mucho más santo que los obispos, no lo es menos que nadie se ha santificado en contra de la jerarquía. Hay que reconocer que esta comunión en la corresponsabilidad ha sido causa de sufrimiento por parte de todos, de obispos y de seculares; y, metidos entre ambos, de los consiliarios. Porque aunque las radicalizaciones suelen tener como causa a consiliarios radicalizados, quiero destacar la fidelidad de quienes han aceptado la incomprensión de los militantes y de quienes no han podido tener un diálogo abierto con algunas jerarquías. Han sufrido mucho pero han colaborado muy eficazmente en la construcción de la Iglesia sin perder nunca de vista el sentido de comunión y respetando la competencia que cada uno tenemos en la Iglesia.

Cierto que la jerarquía, precisamente por la trascendencia que tiene el servicio que debemos prestar a la Iglesia, tiene una especial responsabilidad en cuanto a facilitar la comunión eclesial. Pero también es cierto

que no faltan quienes, aprovechando las limitaciones que tiene la jerarquía y los fallos de quienes han sido constituidos como pastores del pueblo de Dios, critican por sistema sus actuaciones. Y no quiero decir que no se deban criticar, ni mucho menos, pero una cosa es la crítica positiva que se hace con espíritu de caridad y por la corresponsabilidad que tenemos en la Iglesia y otra cosa es la crítica sistemática y negativa que lo único que produce es desmoralización y desconcierto.

La caridad en la corrección es lo lógico cuando se trata de corregir a un amigo o a un miembro de la propia familia. Todos, y también la jerarquía, necesitamos de comprensión y de cariño cuando se nos corrige. Corregir es ayudar a que se hagan las cosas bien; no consiste sólo en señalar los defectos, esto se puede hacer con caridad o con orgullo y altanería.

Por eso dice el Papa en el Encuentro internacional de los Institutos Seculares de 1970: *“Vosotros no os dedicáis a críticas corrosivas y ruines de esos defectos; ni los prestáis como un pretexto para alejaros o estar apartados con posturas de egoísmo o desdén; esos defectos os sirven de estímulo para una ayuda más humilde y filial, para un amor más acendrado”*.

Y es que, en muchos casos, las críticas que se hacen a la jerarquía dan la impresión de que la jerarquía es algo que estorba o algo que hay que sustituir por un liderazgo de personas de valía y con poder de convocatoria, aunque después se vea que no era tanto su valía ni su calidad humana y cristiana.

Que la autoridad en la Iglesia y en cualquier otra institución puede sobrepasar sus propias competencias, es algo que nadie pone en duda. Pero no por eso hay que rechazar la autoridad de cualquiera que tiene el deber de ejercerla. Cuando no se ejerce debidamente, hay que colaborar para que se ejerza bien. Y, en primer lugar, con la corrección fraterna. Lo cual supone estar con una disposición constante para comprender y para ayudar en el cumplimiento de las respectivas misiones. Este estilo evangélico es una de las principales exigencias que manifiestan la seriedad de la vivencia de la comunión jerárquica como expresión de la comunión eclesial.

CAPÍTULO VIII: ESPIRITUALIDAD

ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Nuestra espiritualidad cristiana arranca del Bautismo. Todas las espiritualidades dentro de la Iglesia son modalidades de la común espiritualidad cristiana en cuya base está la vivencia de los misterios fundamentales de nuestra fe. Hay que vivir la paternidad de Dios; hay que reconocer en Cristo al Señor; hay que abrirse al Espíritu santificador; hay que vivir la comunión eclesial como espacio donde se realiza la salvación. Y esta vivencia hay que testimoniarla en una vida en que la dimensión religiosa ocupe el primer lugar alrededor del cual giren todos los demás valores. Es urgente este testimonio a pesar del esfuerzo que requiere; es necesario reafirmar y recuperar la importancia de lo religioso, la importancia que Dios tiene en la vida del hombre. Hay que situarse correctamente ante Dios, centro de nuestra vida y hay que reorientar hacia Él todas las cosas.

Si vas integrando tu vida en tu fe, se irá reafirmando tu personalidad cristiana, lo cual supone reconocer la soberanía de Dios, confiarle tu vida, aceptar la revelación como manifestación de su designio sobre los hombres, esperar la salvación que Dios nos ofrece en Cristo, tener bien arraigada la conciencia de nuestra pequeñez y de nuestro pecado, y tener la convicción de que es Dios, y no nosotros, quien nos salva.

Desde esta visión de fe hemos de estar constantemente vueltos hacia Dios en actitud de adoración y de acción de gracias, conscientes de su inmenso cariño hacia nosotros. En la medida en que el punto de referencia en nuestra vida sea Dios y no nosotros, ni nos creeremos tan autosuficientes, ni nos complaceremos tanto en nuestras obras ni en nuestros proyectos ni en nuestras realizaciones. Nuestro punto de mira no está suficientemente orientado hacia el Señor, nos miramos mucho a nosotros, y lo peor es que nos miramos con demasiada complacencia.

Cuando nos situamos correctamente ante el Señor, sabemos mirarnos tal como somos en nuestro interior y sabemos mirar también hacia fuera porque Dios está en nosotros, en los demás, en las cosas y en los

acontecimientos. La presencia de Dios en todas partes es para nosotros una revelación, pues Dios nos habla desde dondequiera que esté. Esta visión de fe nos capacita para percibir su Palabra. Incluso desde nuestro pecado y desde nuestra pequeñez, como también desde el pecado y pequeñez de los demás.

En la configuración de nuestra personalidad cristiana se trata de tener una visión distinta y de actuar de acuerdo con esta nueva visión. Por eso en la espiritualidad cristiana, el único absoluto es el Señor. Lo demás se relativiza todo, incluso uno se relativiza a sí mismo. Hay que ir aprendiendo a mirar todo como lo mira el Señor. A medida que sepamos mirar como mira el Señor, nuestros sentimientos serán los suyos. Y así, por ejemplo, veremos en el pecado no una falta que hay que castigar, sino un defecto que hay que superar; en el pecador no veremos a alguien a quien hay que condenar, sino a un hermano a quien hay que acoger; en el prójimo no veremos a un rival con quien hay que luchar y al que hay que someter, sino a un hermano a quien hay que amar y servir. Y así podríamos ir enumerando todas las realidades de la vida viéndolas con esa visión nueva que nos da la fe.

Esta nueva visión de toda la realidad que debe configurar nuestra personalidad y espiritualidad cristianas tiene su raíz en la nueva vida que hemos adquirido en el bautismo, pero para que esta vida vaya adquiriendo consistencia, hay que vivirla, y hay que vivirla desde nuestra experiencia de amistad con Jesús, nervio y fuente de toda espiritualidad cristiana. Amistad que hay que vivir con la mayor intensidad posible. Jesús no se conforma con ser un amigo, quiere ser “el amigo”. Y como se ha dado por nosotros, no se conforma con cualquier cosa que le podamos ofrecer.

No se conforma con que le des tus cosas. Te quiere a ti y te quiere totalmente para Él. Te quiere sin fisuras ni resquicios por los que pueda escaparse alguna partecita de tu amor. Y esto mismo es lo que quiere de todos los cristianos. Sin embargo, es preciso reconocer que si no nos darnos por completo no es porque no lo amemos, es que no le amamos suficientemente; es que nos cuesta desprendernos de nosotros y de nuestras cosas; es que no nos atrevemos a afrontar las pruebas por las que pasa todo auténtico amor; es que no nos atrevemos a ser totalmente del Señor. Y, ciertamente, con las alas mojadas, no podemos volar.

Tenemos muchas adherencias que nos impiden emprender el vuelo, sobre todo, la adherencia que tenemos a nuestro amor propio, a nuestra comodidad, a nuestra autosuficiencia.

ORACIÓN

Lo primero que aparece en una conciencia cristiana debidamente estructurada es la necesidad ineludible de la oración. En ella nos abrimos a Dios y Dios se abre a nosotros. La oración nos va ayudando a profundizar en el conocimiento y en la conciencia de nuestra pequeñez y a ser conscientes de la plenitud del amor de Dios. Dios se nos va revelando y se nos va manifestando al mismo tiempo que nos va descubriendo nuestra propia realidad de pecadores, y al mismo tiempo que se produce esa doble manifestación, nos abrimos a la esperanza porque vamos descubriendo su amor y sus designios sobre nosotros. En la medida en que, por la oración, le vamos dando entrada en nuestra vida y le vamos dejando las manos libres para actuar, vamos recibiendo ánimos para afrontar, con moral de victoria, nuestras propias responsabilidades.

LA ORACIÓN DE JESÚS

Si tratamos de penetrar en la intimidad de Jesús, vemos en su interior como un “*sancta sanctorum*” al que nadie puede tener acceso. Su Padre lo llena por completo. Su Padre es su gran amor y su gran pasión. Su amor al Padre lo absorbe. En ese “*sancta sanctorum*” hay un vacío de todo lo humano, de todo personalismo, de todo interés, de todo apego, de toda voluntad propia. Allí sólo habita el Padre y sólo brilla su voluntad. Y no es que Jesús se retire allí de vez en cuando o con mucha frecuencia, se trata de un contacto permanente. “*Yo no estoy solo*” (Jn. 3, 16), dice en una ocasión.

El Padre no está como un objetivo al final de su camino, sino desde el principio. Toda su vida es una íntima relación filial con Él, un continuo estar pendiente de Él. Se le ve siempre haciendo referencia a Él con un cariño impresionante. Está con el Padre. Sus primeras palabras que aparecen en el Evangelio son: “*Pero ¿no sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas que son de mi Padre?*” (Lc. 2, 49). Las pronuncia en el momento en que sus padres le encuentran en el templo. Y sus últimas palabras son: “*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc. 23, 46). Es el momento de

su muerte en la cruz. Ni sabe vivir sin el Padre ni sabe hablar más que de Él.

Esta intimidad con su Padre se traduce en una oración constante, en una oración continua, nadie ha orado como Jesús. Su oración consiste en “estar” con el Padre. Esto era lo que daba plenitud a su vida. Su oración no era “para”; su oración no era un medio para conseguir algo determinado ni era el fruto de unas actuaciones. Su oración era el objetivo englobante de su vida, su plenitud.

Su oración era fundamentalmente de alabanza y de acción de gracias. Las peticiones que le hace están envueltas en un clima de confianza absoluta porque le está pidiendo precisamente lo que el Padre quiere concederle. Sabe que el Padre siempre le escucha. Su oración no es de arrepentimiento como la nuestra, tampoco pide perdón para Él, sino para nosotros. No es el hijo pródigo que somos todos. Está siempre identificado con el Padre y con su voluntad.

LA ORACIÓN DE LA IGLESIA

La Iglesia debe continuar en el mundo la misma obra y las mismas actitudes de Jesús. Debe, por tanto, hacer

suya la oración de Jesús. Por eso cuando los apóstoles le dicen al Señor que les enseñe a orar, les propone como oración su misma oración. El Padre nuestro es un trasvase a la Iglesia de la actitud filial de Jesús respecto del Padre.

Por ser hijos con el Hijo, llamamos a Dios, Padre. Esa paternidad es lo que da sentido y contenido a toda nuestra oración. Y ahí entra la alabanza, la adoración, la acción de gracias, la petición, todo.

No es el lugar para hacerte una exposición del Padre nuestro, pero fíjate y verás cómo esta oración no es más que la expresión de todos nuestros sentimientos de hijos respecto de nuestro Padre Dios. La filiación no es algo para mí solo, sino para todos los hombres. La filiación está vinculada a la fraternidad.

La santificación del nombre de Dios y la venida de su reino aparecen en primer término en la oración de los hijos de Dios. Son la expresión del primer deseo del hijo consciente de su filiación. Se trata de los mismos sentimientos de Jesús. Y para que esto sea una realidad vienen una serie de peticiones: la primera, que se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo.

Cumplir con la voluntad de Dios supone una actitud de desprenderse de cualesquiera seguridades que no sean ponerse confiadamente en sus manos.

Por eso se le pide el pan cotidiano y se le pide perdón, conscientes como somos de nuestra debilidad, y se le pide que no nos deje caer en la tentación y que nos libre del maligno. Todo ello es expresión de nuestra pequeñez, de nuestra debilidad y de nuestra confianza. Somos como hijos pequeños que se ponen confiadamente en manos de su Padre Dios. Esta oración, meditada, asumida, vivida, nos va introduciendo en el misterio de Jesús. Vale para nuestro quehacer cotidiano y vale para los momentos importantes de nuestra vida cuando, en ocasiones difíciles, hemos de decidirnos a cumplir con la voluntad de nuestro Padre Dios. Es la atmósfera que debe envolvernos siempre y que nos permite respirar como cristianos.

Cualquier oración que se hace en la Iglesia está impregnada de estos sentimientos, sea la oración litúrgica, sea la meditación o la contemplación, la recepción de los sacramentos o la actividad apostólica o social. También ésta ha de estar revestida del espíritu de la oración de Jesús.

La oración de la Virgen, modelo de la oración de la Iglesia.

En esta oración de la Iglesia destaca como modelo la Virgen. Su oración es una perfecta imitación de la oración de Jesús. Ella vive, hasta las últimas consecuencias, su filiación divina. Ella es testigo de la contemplación y de una vida consecuente con dicha contemplación, como es la alabanza, la adoración, la aceptación de la voluntad de Dios sobre ella, aunque alguna vez tenga que preguntarle a su Hijo, como El le preguntó a su Padre, ¿por qué?

Y porque es la primera discípula de Jesús, su oración es la más perfecta expresión del Padrenuestro, pero expresión en su vida, en sus palabras, en sus actitudes e intenciones. Toda su persona es un canto a la gloria del Señor: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor”*, *“su nombre es santo”*, *“su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”*. ¿No es esto la expresión de su alegría al sentirse hija de Dios y de la glorificación de su nombre al mismo tiempo que la proclamación de que su reinado de misericordia va extendiéndose por todo el mundo? Son éstos los tres puntos fundamentales del Padre nuestro.

Además, y esto es lo importante, esta oración la hace vida. Hay una perfecta sintonía entre lo que dice y lo que hace. En el silencio de su oración se encuentra sola ante Dios sin ninguna otra seguridad más que la seguridad de apoyarse sólo en Él. Su virginidad es silencio y soledad. Todo, incluso ella misma, calla ante la Palabra del Señor. Una vez preguntará el cómo; otra, el porqué; pero su voluntad está en perfecta sintonía con la voluntad de Dios que cumplirá, sobre todo con el silencio profundo al pie de la cruz de su Hijo.

La pregunta del cómo, la hace para saber a qué atenerse; pero cuando intercede por los demás, lo hace sencillamente exponiendo a su Hijo la necesidad de aquellos esposos de Caná sin insinuar siquiera cómo debe actuar su Hilo. No quiere marcarle pautas, expone la necesidad y acepta las pautas de obrar del Señor.

El “*fiat*” de su respuesta, “*fiat*” englobante de toda su vida, es una respuesta meditada y asumida en el silencio de la oración. Por la oración contemplaba los gestos y palabras de su Hijo, aunque no las entendiese perfectamente, porque la Palabra de Dios nunca la entendemos perfectamente. Y todas estas cosas las guardaba en su corazón.

Por último aparece reunida en oración con los apóstoles esperando el cumplimiento de la promesa de su Hijo de que nos enviaría el Espíritu Santo. Reunida con la Iglesia, dándole ánimo y esperanza. Esa actitud de la Virgen con los discípulos de Jesús es la más perfecta oración del Padre nuestro que jamás se ha hecho en la Historia: la alabanza, la adoración, la confianza, la acción de gracias y la petición de que se cumpla la voluntad del Padre. Es el modelo de la oración de la Iglesia.

Tu oración

Aunque lo que te pueda decir no sea más que una conclusión de la oración de Cristo y de la Virgen, modelo de la oración de la Iglesia, creo que vale la pena una reflexión sobre el particular.

No quiero presentarte tu oración como algo muy bueno y positivo que, junto con otras cosas, te permita el desarrollo de tu personalidad cristiana y consagrada, algo así como una medicina que se toma por las mañanas y que va produciendo su efecto benéfico durante toda la jornada. La oración como contemplación y escucha del Señor, no es algo necesario para tener

fuerzas y para actuar, sino algo necesario para ser. Por la oración es nuestra propia personalidad cristiana lo que se va fraguando.

Es lo que nos permite estrechar los lazos de amistad con el Señor para poder ser verdaderos amigos y dedicarle nuestra vida. Y cuanto más comprometida y difícil sea ésta y más fuerte el ritmo y el aire cristiano que le estemos imprimiendo, más necesario es el encuentro de amistad y de intimidad con el Señor. Nadie es capaz de portarse como amigo si no es verdaderamente amigo y no se siente amigo; y el amigo entra en la intimidad del amigo y le manifiesta su propia intimidad. Eso es precisamente la oración.

De ahí que una de las facetas de la oración sea precisamente la contemplación del Señor como amigo. Por eso necesitamos una oración continua, no sólo momentos aislados de nuestra vida, por muy fuerte que fuesen serían insuficientes. Estos momentos fuertes deben ayudarnos a tener durante toda nuestra vida una actitud ininterrumpida de oración, de manera que estemos continuamente pendientes del Señor y del cumplimiento de su voluntad en cada momento, y en cada situación determinada, hasta que esa actitud sea lo habitual en nosotros.

La oración no es para romper la autonomía de las realidades temporales ni para modificarla. Es para saberla interpretar a la luz de Dios y para darle sentido. Y como cada cosa y cada situación tienen muchas posibilidades de interpretación, por la oración tratamos de interpretarlas según el designio de Dios. Por eso es necesaria la contemplación del Señor y la actitud de escucha de lo que va queriendo en cada momento; contemplación y diálogo amistoso con el Señor serían las dos actitudes fundamentales para ello. Y esto requiere tiempo de especial dedicación.

Lo que llamamos gracia actual de Dios viene a ser precisamente una revelación de la amistad del Señor, y cuando una gran amistad se manifiesta con fuerza, es irresistible; tiene una fuerza impresionante en cuanto a la respuesta del amigo ante el amigo. Por eso, las personas de oración son capaces de las mayores empresas y no temen arriesgarse por el amigo

En cuanto a la escucha del Señor tiene un primer plano la Sagrada Escritura; ésta contiene la palabra de Dios. Pero con la peculiaridad de que no es una palabra válida sólo para el tiempo y las circunstancias en que fue pronunciada, se trata de una palabra actual

que es pronunciada para el creyente que se pone en contacto con ella. A mí me gusta aconsejar a los niños que lean el Evangelio como una carta que acaban de recibir de su amigo Jesús y no como un libro de historia. Esa palabra viva y actual va dando a nuestra vida y a las situaciones por las que vamos atravesando un nuevo sentido, el sentido que tienen para Dios.

Por otra parte, ten en cuenta que, a pesar de estos valores trascendentales, la palabra de Dios no es una palabra que cada uno puede interpretar a su aire. Dios es un amigo que habla a todos los amigos, aunque hable personalmente a cada uno de los amigos. Lo cual significa que lo que te dice a ti no puede estar en contradicción con lo que dice a los demás. A ti y a todos nos habla como miembros de su Iglesia, su palabra es una palabra dicha a su Iglesia, y a ti, como miembro de su Iglesia.

Normalmente uno interpreta lo que oye según lo que es por dentro. Y hay muchos particularismos y muchas interpretaciones personales de la única Palabra del Señor. Te insisto en que prestes atención a la enseñanza de la Iglesia para saber interpretar, a su luz, la Palabra del Señor que percibes en la oración. Si lo que

crees escuchar no está en sintonía con lo que escucha la Iglesia, ten la seguridad de que no estás escuchando al Señor; te estás escuchando a ti.

Para que tu escucha sea auténtica, aparte de la referencia al magisterio de la Iglesia, has de abrirte totalmente al Señor, sin estar a la defensiva y sin pretender justificar tus inhibiciones. El Evangelio o se admite como es o se deja. No importa que sea difícil lo que en él se nos propone. Es Dios quien nos hace posibles y asequibles las metas evangélicas. Dios te basta para ser fuerte y libre. No te empeñes en ser fuerte por tus propias fuerzas, ya sabes por experiencia que no lo eres; eres débil y seguirás siéndolo. Los grandes objetivos evangélicos se alcanzan más adorando que luchando con las propias fuerzas.

Para tu fortaleza y tu perseverancia no necesitas de nadie más. Y si necesitas de alguien, sólo lo necesitas en la medida en que te acerque a Dios, no en cuanto pueda ser para ti un sucedáneo. Y este buscar en otros lo que sólo podemos encontrar en Dios, nos puede pasar alguna vez, y es que, porque nos sentimos débiles, buscamos nuestra fortaleza en alguna persona que consideramos más fuerte que nosotros. Pero si nos

quedamos en alguien distinto del Señor, estamos desplazando el centro de gravedad. Tu centro de gravedad y el de las personas en quienes confías está sólo en Él. Si lo situas fuera, seguirás en tu misma incapacidad y debilidad.

CRUZ Y RESURRECCIÓN

La espiritualidad cristiana supone un ir siempre hacia adelante en cuanto a decidarnos a volcarnos completamente hacia el Señor y en cuanto a dejar atrás todo lo que nos puede impedir una mayor integración de nuestra vida en la suya. En nuestro caminar hacia Dios vamos siempre dejando cosas atrás. Sin embargo, estas cosas no están muertas y siguen tirando de nosotros. Toda nuestra experiencia anterior está viva en nosotros, por eso hay que reorientarla. Hay que integrar nuestro pasado en nuestra realidad actual y en nuestra referencia a Jesús. Y en esto consiste nuestra espiritualidad: no en hacer unas cosas determinadas, sino en un estilo nuevo de hacer lo que todos hacen.

Y como un estilo nuevo, esa manera de hacer las cosas, no es la manera que nos brota espontáneamente, es por lo que la cruz del Señor está siempre presente en

nuestra vida cristiana. Es la cruz de la fidelidad, de la comunión, del servicio gratuito hasta no tener tiempo más que para servir, hasta consagrar nuestra vida desinteresadamente a ello.

Por eso la cruz no hay que buscarla; hay que aceptarla. La cruz es la otra cara de la fidelidad al Señor y de la aceptación de su voluntad. El Señor nos lleva por la cruz del desprendimiento de todo lo que no sea Él. La cruz del vender todas nuestras cosas tiene sentido en cuanto que ello es necesario para adquirir el tesoro escondido. Y como el hombre es un ser social, la gran cruz es la gran soledad. El cristiano acepta la soledad en la medida en que siente la compañía de Dios, porque va siendo consciente de que sólo Dios basta.

Una visión cristiana de la cruz no puede tenerse sin una referencia a la amistad con el Señor. Podemos decir que el momento de la cruz es el momento más profundo de la visita de Jesús al alma. O es una preparación del alma para la visita del Señor o es la consecuencia de esta visita. Sin la cruz previa es imposible la visita porque pasa desapercibida; y sin la cruz aceptada después de la visita, queda ésta reducida a la ineficacia.

Y porque la cruz va siempre unida a la presencia del Señor junto a nosotros, a veces damos la impresión de tenerle miedo a Dios. Tenemos miedo de que nos tome la palabra, de que nos tome en serio, de que acepte nuestro ofrecimiento, y por eso rehuimos el hablar con Él seriamente; ni nos atrevemos a escucharle ni nos decidimos a seguirle. Nos va mejor seguirle un poco de lejos. Nos asusta arriesgarnos en su seguimiento.

Y, si no, ¿cómo se explica que, habiendo roto con los grandes impedimentos para seguirle, cosa que hemos hecho con nuestra consagración, no nos decidamos a romper con otras cosas que son pura consecuencia de la opción que hemos hecho por Él? Es por eso que nos exponemos a que nuestra vida se desenvuelva en la más absurda mediocridad a pesar de la altura impresionante de nuestra vocación y de nuestra consagración. A veces no pasamos de ser buenas personas cuando realmente estamos destinados a metas más altas.

Sólo cuando se acepta la cruz con seriedad aparece la auténtica esperanza cristiana. Quien no pone nada en juego no puede esperar nada. Sólo si nos arriesgamos seremos capaces de esperar. La gente no

espera porque no arriesga. Y la cruz consiste precisamente en arriesgar por el Señor. Si estamos satisfechos con lo que somos y con lo que tenemos, ¿qué podemos esperar?

Sería interesante que te planteases cuál es tu actitud ante la cruz que tienes ante ti y que no es ni la mía ni la de los demás: es la tuya. Podríamos decir que está hecha a tu medida. Piensa en todo aquello que te impide ser como debes ser y como Dios quiere que seas, en aquello de lo que no te atreves a desprenderte porque te vas a complicar demasiado la vida. Y tú sabes demasiado bien lo que es. Y ante esa cruz que tienes por delante y que has de aceptar si realmente quieres vivir tu fidelidad al Señor, puedes reaccionar como los apóstoles cuando Jesús les anunciaba la cruz por la que iba a pasar.

Los discípulos se escandalizan, se entristecen y no entienden nada. Estaban al margen. San Pedro intenta apartarle de la cruz y Jesús le contesta muy duramente llamándole Satanás. Pero lo triste es la actitud de los apóstoles cuando el tercer anuncio de su pasión según el relato de San Marcos 10, 33-37. En el momento en que les está diciendo que el Hijo del

Hombre será entregado, que le condenarán a muerte, que le escarnecerán, que le escupirán, que le azotarán y que le matarán; inmediatamente, y como continuación de la escena, Santiago y Juan le piden la gracia de sentarse uno a su derecha y otro a su izquierda. El momento más inoportuno para esa petición. Pero es que, sigue diciendo el evangelista: *“los otros diez, al oírlo, se disgustaron contra Santiago y Juan”*. Todos, completamente al margen de los sentimientos de Jesús al anunciarles su pasión.

Es posible que, también alguna vez, estés al margen de lo que pueda suponerte la cruz del Señor. Es posible que ante los grandes intereses del Señor estés pensando en tus problemitas, en tus cositas, sencillamente, en tus bobaditas. Es posible que estemos metidos en muchas tonterías cuando tenemos tantas cosas importantes por delante. Y tratamos de sacudirnos de encima la cruz y nos entristecemos por la cruz y no entendemos la cruz; sencillamente, como los apóstoles en el pasaje que te acabo de citar. Hay un dato a tener en cuenta que es el anuncio que el Señor hace de su resurrección siempre que habla de su pasión. Y es que cruz y resurrección van juntas.

Por eso los cristianos, portadores de la cruz, somos testigos de la Resurrección. La misma cruz es el testimonio de la resurrección. Ésta no está después de la cruz, sino en la misma cruz. Por eso el mismo hecho de la cruz llama la atención, por la carga de amor y de resurrección que lleva dentro, por eso es admirable e imitable. Porque lleva dentro la alegría y el gozo de amar y de servir. Esto es una proclamación de que la vida llevada con espíritu cristiano, tiene sentido.

Los cristianos somos optimistas, pero no de una manera superficial. El futuro se abre ante nosotros con horizontes nuevos; sabemos hacia dónde caminamos; nos sentimos constructores de un mundo nuevo y somos conscientes de que la Historia está caminando hacia la plenitud en que se va a cumplir el designio de Dios que ha constituido a Cristo como fundamento y como meta.

Por eso ni tenemos miedo del presente ni lo tenemos al futuro. También hoy escuchamos la frase evangélica, repetida tantas veces, “*no tengáis miedo*”. La oye la Virgen en la encarnación, “*no tengas miedo*”; la oyen los pastores en el nacimiento, “*no tengáis mie-*

do”; la dice Cristo a sus discípulos, “*no tengáis miedo, yo he vencido al mundo*”.

En este sentido, tienen un relieve especial las vidas y actitudes de tantos hermanos nuestros en la fe, unos de épocas distintas y otros que conviven con nosotros, cuyas vidas son un estímulo fuerte para nosotros. Vivieron o viven nuestros mismos problemas; estaban o están en nuestra misma situación; débiles como nosotros, con nuestras mismas tendencias e inclinaciones. Confiaron en el Señor y se pusieron manos a la obra y alcanzaron metas extraordinarias tanto en su perfección individual como en su tarea apostólica. Fueron fieles a su fe viviendo con autenticidad, hasta sus últimas consecuencias, su propia vocación.

Normalmente tuvieron una etapa en su vida en la que más o menos iban viviendo como tú o como yo, pero llegó un momento en que se decidieron a tomar en serio la llamada de Dios y empezaron a vivir de una manera distinta. Pudieron volverse atrás porque la vida era dura y exigente, pero no lo hicieron: su vida tenía sentido; se iban encontrando cada día más cerca del Señor y no volvieron la vista atrás.

¿No te parece que ya va siendo hora de que te decidas si todavía no te has decidido, a tomarte tu vida en serio, a seguir de verdad al Señor y a ocupar tu puesto en la Iglesia viviendo evangélicamente tu propia vocación?

ESPIRITUALIDAD SECULAR CONSAGRADA

Día a día has de ir redescubriendo y reafirmando tu vocación, viviéndola con toda la amplitud e intensidad con que debe vivirse cualquier vocación cristiana. Ello debe suponerte estar continuamente a la escucha de Dios para abrirte a nuevos horizontes y para ir consiguiendo nuevas metas y no quedarte en unas actitudes de rutina que te inhabilitarían de entrada, para llevar a cabo el proyecto de Dios sobre ti.

Tu espiritualidad secular es una de las variantes de la espiritualidad cristiana. Tiene una peculiaridad en la vivencia de nuestra fe. San Cirilo de Jerusalén dice en un pasaje que leemos en el oficio de lectura de la 7ª semana de Pascua: *“el agua desciende siempre de la misma forma y, sin embargo, produce efectos diferentes: unos en las palmeras, otros en las vides, todo*

en todas las cosas. De por sí el agua no tiene más que un modo de ser; por eso la lluvia no transforma su naturaleza propia para descender en modos distintos, sino que se acomoda a la naturaleza de los seres que la reciben y da a cada cosa lo que le corresponde". Y aplicando este ejemplo a la acción del Espíritu, sigue diciendo: "aunque no tenga más que un solo e idéntico modo de ser, el Espíritu, bajo el impulso de Dios y en nombre de Cristo, produce múltiples efectos".

La misma agua del Espíritu que es el principio vital de todas las espiritualidades, es lo que ha de revitalizar tu espiritualidad secular. Todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu y todos escuchamos la misma Palabra, y es el Espíritu quien nos va conduciendo y orientando en nuestro propio camino. Y tu camino de secularidad consiste en vivir en medio del mundo y de sus estructuras para, con el testimonio vivo y auténtico de una fuerte espiritualidad cristiana, hacer que todo vaya funcionando según el espíritu evangélico.

Ser presencia de Dios en medio del mundo te exige vivir en una tensión constante ya que no es precisamente el ambiente evangélico lo que se respira en

nuestra sociedad actual. Hay una presión constante sobre las pautas de vivir que, si no estamos al tanto, van como modelando nuestros hábitos de actuación y van influyendo en nuestra manera de pensar. Y como tu puesto como presencia está en medio de esa misma realidad, con la misión de cambiarla desde dentro, necesitas una auténtica adultez cristiana para ir decidiendo en cada momento lo que debes hacer y por qué lo debes hacer.

Tus decisiones y opciones deberán estar siempre en sintonía con la Iglesia, es decir, que habrás de vivir muy conscientemente la comunión eclesial, pero, al mismo tiempo, habrás de tener una gran personalidad cristiana para asumir tus propias responsabilidades sin caer en el infantilismo de estar consultando a cada paso qué es lo que debes hacer y cómo.

Has de ser también muy consciente de que los distintos estamentos de la Iglesia, aunque deban comprometerse en los mismos problemas que tú, puesto que todo problema del hombre nos atañe a todos, no podemos todos comprometernos de la misma manera. Ni te limites a comprometerte como los sacerdotes y los religiosos ni pretendas que se comprometan como

tú debes comprometerte. Cierto que hay que estar siempre en primera línea en la defensa de los derechos de cualquier persona, pero cierto también que hay que estar en el propio campo y actuar desde él.

Esta adultez en la vivencia de tu propia espiritualidad ha de abrirte a la colaboración sabiendo ver en los demás una actividad complementaria con la tuya. No se trata de calcar las distintas espiritualidades de la que podríamos llamar espiritualidad dominante, como antes era la espiritualidad de los religiosos y ahora puede ser la espiritualidad de los seculares. La misma incorrección hay en trasladar al campo de los religiosos la espiritualidad secular que trasladar a los seculares la espiritualidad religiosa. Cada uno hemos de vivir nuestra propia espiritualidad en complementariedad con las otras espiritualidades que hay en la Iglesia.

Tu espiritualidad secular tiene otra faceta que has de tener también muy en cuenta y que le viene del hecho de tu consagración. Decir que tu secularidad es consagrada, supone unas características que no son una simple etiqueta. Tu consagración te exige una plena dedicación y un fuerte compromiso en la reestructuración del mundo según el espíritu del Evangelio, pero

con una radicalidad evangélica y con una apertura a la universalidad.

Esta espiritualidad abierta, derivada de tu consagración, no te ata definitivamente a nada ni a nadie. Dentro de tu espiritualidad secular debes estar plenamente disponible para cualquier servicio allí donde sea más necesaria tu presencia y tu actuación. Nunca olvides que por tu consagración, te has vinculado especialmente a Cristo y a su obra, y que Cristo es para todos los hombres. Tu virginidad te abre a horizontes de universalidad, nunca le niegues al Señor lo que veas que te está pidiendo. Como ya te he dicho algunas veces, no se puede afrontar con altura este estilo de vida sin una fuerte dosis de vida interior, consciente de la presencia del Espíritu en ti y de que somos portadores de gracia y de redención para todos los hombres.

Sé muy consciente de que todo lo bueno que hay en el mundo es obra del Espíritu, por eso has de saber aceptar lo bueno, esté donde esté; has de esforzarte en percibir la presencia de Dios actuando en los hombres y en las cosas para colaborar con Él en la acción salvífica que está deseando realizar en cada hombre y en cada situación concreta. Desde esta perspectiva

has de saber valorar correctamente las realidades temporales sabiendo ver en ellas la relación que siempre existe entre lo natural y lo sobrenatural, sin dicotomías y viviendo en unidad tu vida personal, eclesial y apostólica.

Vale la pena para una actuación más eficaz en el campo apostólico que intentemos ver por dónde va caminando la historia para ir ofreciendo la respuesta adecuada desde nuestra fe, respuesta que hemos de beber en las limpias aguas del evangelio en actitud de comunión eclesial. Actuando así, podrás ser modelo para los demás cristianos en la medida en que perciban que es precisamente tu fe la que, hundiendo sus raíces en tu vida, no sólo no te aparta del compromiso en la construcción de un mundo nuevo, sino que te lo impone como un deber sagrado e ineludible. Y es también la misma fe cristiana lo que promueve la presencia del testimonio seglar cristiano en las instituciones civiles realizando tu actividad civil y tu profesión de manera que pueda servir como testimonio para todos.

Tu espiritualidad te llevará a armonizar las virtudes divinas y humanas. Cualquier actuación tuya en cualquier campo deberá apuntar al servicio al hombre.

Si eres médico no te conformarás con una correcta actuación técnico-profesional, porque lo que realmente tendrás ante ti será, no una enfermedad, sino un hombre que está enfermo. Si tu profesión es la docencia, tampoco te conformarás con unas clases correctamente impartidas ni con unas evaluaciones justas después de un período de enseñanza, sino que estarás pendiente de cómo puedes ayudar mejor a forjar la personalidad de los alumnos. Y esto mismo podemos decir de cualquiera que sea tu profesión; en el ejercicio de la misma no te limitarás al cumplimiento material de tus deberes, sino que tendrás en cuenta que estás colaborando con el Señor en la construcción de un mundo según sus designios; y recuerda que para el Señor, lo más importante son las personas.

Toda tu vida habrás de realizarla con espíritu de humildad y servicio, sin interés personal, consciente de que lo más importante es siempre el hombre que tienes junto a ti; y esto, que se vea. Pero que se vea porque sea verdad, que es distinto de hacerlo para que se vea. Habrás de cuidar también, de manera especial, toda una serie de virtudes hacia las cuales hay una acusada sensibilidad en la actualidad, como pueden ser la

justicia, la lealtad, la honestidad, la valentía, la decisión, el optimismo, la competencia en la profesión, el sentido de la responsabilidad en el cumplimiento de las misiones que se te encomienden, la mentalidad abierta, el espíritu acogedor, la aceptación de puntos de vista distintos a los tuyos; aparte de vivir intensamente las virtudes fundamentales cristianas como la fe, esperanza y caridad.

No voy a repetirte ahora lo que ya te he dicho al hablarte de la virginidad en cuanto a la intensidad de tu dedicación. Las personas consagradas hemos de tener la actitud de la esposa totalmente dedicada al esposo. Tu espiritualidad consistirá en vivir tu secularidad considerándote como lo que eres y tu actividad apostólica debes hacerla con el estilo propio de la esposa cuando trabaja para el esposo.

Esta situación tuya tiene una dimensión contemplativa en el sentido de que la esposa debe ver cómo toda la creación está apuntando hacia una meta que es precisamente su esposo. Toda ella es para la gloria del esposo. Pero como el hombre está afectado por el pecado, no la ve con ojos limpios y, en vez de cooperar para que toda ella sea una glorificación del

esposo, la está instrumentalizando para provecho suyo individual. Hay que darle de nuevo su sentido y en esto ha consistido la obra de Cristo.

El hombre es lo más querido por el esposo; por todos nosotros ha dado Él su vida. No puedes estar indiferente ante el hombre por quien Cristo ha dado su vida. Tu cariño y amor a los hombres ha de ser un reflejo del cariño y del amor que les tiene Jesús; y si Él nos sirvió gratuitamente a todos, tu vida ha de traducirse también en un servicio gratuito a cualquiera que pueda necesitar de ti.

Como la esposa está pendiente de su esposo, has de estar animando a todos los que trabajan y se sacrifican por Él; no puedes jugar a banderías y a grupitos cerrados cuando Cristo ha insistido tanto en la unidad que quiere que formen todos los que creen en Él. Y si, además, hay tanta gente que está trabajando gratuitamente por Él, tú no puedes trabajar esperando más recompensa que agradarle y complacerle. La total gratuidad ha de ser siempre el gran distintivo de tu realidad como es el distintivo de la esposa. No has de medir tus actuaciones por el provecho que puedes sacar de ellas o por la utilidad que te puedan reportar.

Tu actividad debe ser la expresión de que toda tu vida es un don gratuito ofrecido a Cristo. En ese regalo de tu vida has de volcar toda tu capacidad de amar y de sufrir sólo por Él y para Él.

Por último, recordarte que tanto en tu Instituto como en la comunidad eclesial no veas nunca un refugio, sino un clima en que el fermento que eres tú conserva y potencia su fuerza para poder fermentar a toda la masa. Toda nuestra actividad y toda nuestra vida está, como la de Jesús, al servicio del hombre contribuyendo a la reafirmación de todos sus valores. Pues todo el hombre está ordenado a Cristo para gloria de Dios Padre. “*Todo es vuestro; vosotros, de Cristo; y Cristo de Dios*” (1ª Cor. 3, 23).